



# CIEGA A CITAS

227 días para conseguir novio

**CAROLINA AGUIRRE**





Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

**<http://LeLibros.org/>**

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Lucía González, una treintañera con algunos kilos de más, que vive sola, gana poco y lleva una vida opaca, se entera en una cena familiar de que su hermana, Irina «la perfecta», se va a casar. Lo que empieza como un festejo se convierte en amargura cuando escucha, sin proponérselo, la apuesta que su madre hace con la hija menor: «Va a ir sola, gorda y vestida de negro al casamiento. Es más, si va con un novio, yo pago toda la fiesta». Muerta de rabia, Lucía decide en silencio desafiar esa apuesta. Tiene siete meses y medio para conseguir un novio «normal» y está dispuesta a hacer cualquier cosa para lograrlo. Cada cita es una oportunidad que no puede dejar pasar, y hará lo que sea, con tal de ganarle a su madre.

**L=LIBROS**

Carolina Aguirre

**Ciega a citas**

**227 días para conseguir novio**



# ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



  
epublibre

*Para M.*

**NOVIEMBRE**

## 1 de noviembre | La apuesta

Ayer tendría que haber matado a mi madre y a mi hermana, pero en vez de apuñalarlas me comí medio lemon pie y lloré.

Mi hermana menor, Irina, nos invitó a cenar a su casa para darnos una sorpresa: que se casaba en siete meses y medio. La noticia no sorprendió a nadie. Está de novia hace cuatro años y siempre supimos que su soltería iba a terminar antes de esa manera: con un novio impecable, una relación soñada y una boda perfecta.

Así que hicimos lo que había que hacer, festejar. Brindamos, comimos cosas ricas, discutimos un poco, miramos vestidos en una revista y diseñamos un menú imaginario tiradas en el sillón del living. Todo parecía ir relativamente bien (lo que es mucho en mi familia) hasta la hora del café, cuando yendo al baño me llevé la sorpresa de mi vida.

Mientras me estaba lavando las manos, escuché a lo lejos una conversación que todavía me cuesta asumir como real. Mi mamá le decía a mi hermana que esta boda iba a ser muy difícil para mí, porque yo era la mayor de las dos (tengo treinta años y ella veintisiete) y la que tenía que casarse primero. Que yo tenía el peor trabajo (soy periodista y gano una miseria, es cierto), que no tenía pareja (¿cómo sabe?), que estaba gorda (tengo unos doce kilos de más) y que mi vida no iba hacia ningún lado (cierto también). Pero eso no fue lo peor. Lo peor fue el final. Dijo que el casamiento iba a ser una doble tragedia, porque mi familia iba a sufrir tanto como yo al verme bailar sola y borracha mientras mi hermana menor se casaba con el amor de su vida.

Mi hermana, sin embargo, no estuvo de acuerdo. Le preguntó cómo sabía ella que yo iba a ir sola. «Quizás esté con alguien que no conocemos.» Pero mi mamá respondió enseguida que ella sabía que yo iba a ir sola por una razón muy simple: siempre iba sola a todos lados. Mi hermana le dijo que no. Mi mamá que sí. Mi hermana que no. Mi mamá que sí. Y la conversación fue subiendo de tono hasta que (lo escribo y no lo creo) mi mamá dijo que si yo no iba sola, deprimida y vestida de negro al casamiento (¿qué tiene el negro de malo?), ella pagaba toda la fiesta. Y pronunció la palabra «apuesta» varias veces. De hecho, cuando salí del baño se estaban dando la mano.



Para disimular, amagué que iba para el living, pero me quedé en el pasillito para seguir escuchando. Mi mamá puso condiciones: que no valía si llevaba un candidato prestado, es decir (cito textual), « compañeros de trabajo, amigos putos o cualquier persona que me hiciera el favor de acompañarme (*keyword*: favor)» . Que tenía que ser un novio en serio.

Después habló un rato largo sobre mí, pero por más que me esfuerzo no me puedo acordar qué dijo. Tengo una suerte de bloqueo. Las frases se me enredan como una hiedra venenosa en el cerebro. Sólo sé que me tuve que apoyar en la pared para no caerme al piso. Me sentí tan mal que después de escucharlas no hablé en toda la noche. No dije nada. No podía escuchar nada más que mi propia cabeza. Ni siquiera pude pedir que me alcanzaran el azúcar porque cada vez que intentaba hablar las palabras no me salían.

Todavía estupefacta, me senté de nuevo a la mesa y me comí tres porciones de lemon pie en cinco minutos, ante la mirada absorta de mi madre, que servía el té escandalizada por mi gula. Yo ni siquiera la miraba. No hacía nada más que comer. Sabía que tenía merengue en los labios y me lo dejé. Estaba catatónica y miraba la pared como un enfermo mental en un hospicio. Si en ese momento entraban ladrones, creo que ni siquiera hubiese corrido. Me hubiese quedado ahí, consumida por el miedo y el merengue, a dejarme morir.

## **4 de noviembre**

Hace dos días que no salgo de casa. No fui a trabajar, no me bañé, no atendí el teléfono ni el timbre. Ni siquiera fui al supermercado. Me alimenté con lo que encontré en la alacena: galletas de arroz gomosas y gelatina (siempre tengo galletas de arroz y gelatina porque todos los lunes intento empezar una dieta).

La frase de mi mamá se repite en mi cabeza como los raspadores de una cumbia: « Si tu hermana va con un novio a la fiesta, te la pago entera» . El tonito irónico y la risita del final serían la pandereta.

## **5 de noviembre**

¿Por qué no me dejan ser soltera en paz? ¿Soy yo la perdedora porque prefiero estar sola antes que estar con cualquiera? ¿O son las demás, que salen con cualquiera para no tener que estar solas?

Cada vez que una amiga me dice « tenés que conseguirte uno como Pablo, mi marido» , pienso para adentro: « ¡Tardo veinte minutos en encontrar a un chanta mediocre como el tuyo! ¡Estoy sola justamente por eso, porque espero algo mejor para mí! ¡Dejá de jactarte de tu pareja como si te hubieras sacado la lotería! ¡La calle está llena de tipos así! ¡No es ningún mérito tener uno con cama

adentro!».

Además, estar sola no es tan terrible. Al menos no adentro de mi departamento. Lo grave es afuera, en la calle, en las reuniones sociales, en los formularios. Yo no sufro tanto por estar sola (*keyword*: tanto) como sufro por la mirada de los otros sobre mi soledad.

Sin embargo, aunque sé que no tengo que demostrarle nada a nadie, aunque me parece una estupidez medir el éxito de una persona por su estado civil, aunque soy una mujer independiente, moderna y (aunque mi madre frunza el ceño) joven, no quiero ir sola al casamiento. No quiero soportar esas miradas. No quiero que me pregunten cómo una chica tan linda no tiene novio.

Llegar sola sería poner en evidencia que estoy sola porque las chicas como yo siempre están solas. Asumir que no es circunstancial, que no estoy entre una relación y otra, sino que estoy jodida, mal de la cabeza, que tengo problemas emocionales y que me voy a morir aplastada debajo de cinco gatos gordos que gritan, irritados, porque quieren más alimento balanceado. Ir sola es decirles que sí, que no puedo con mi destino. Ir sola es habilitarlos para que se codeen. Ir sola es darles permiso para que sientan compasión, para que me traten como a una leprosa o, peor todavía, para que intenten presentarme a un amigo. ¡Ir sola es confirmar que no tengo remedio!

Pero, por otro lado, ¿estoy dispuesta a invertir mi tiempo y a poner en juego mi autoestima para que otros dejen de hablar de algo que ni siquiera me importa? ¿Quiero ser así de vanidosa? ¿Quiero ser así de insegura? ¿Quiero ser así de neurótica?

Sí, quiero. Me da bronca que mi mamá haya apostado que iba a ir sola y deprimida al casamiento, que mi vida no esté en su mejor momento, y que encima sea así de obvio para los demás. Y no sé qué voy a hacer con esa bronca. Sólo sé una cosa: que mi mamá no va a determinar qué clase de persona soy. Que mi mamá no va a salirse con la suya otra vez. Que va pagar hasta el último canapé que mi novio y yo decidamos comer.

## 9 de noviembre

Hoy a la mañana mi mamá me mandó un *mail* (a primera vista casual) que me sacó de las casillas.

chicas no me van a creerr!!!! se casa tambien la hija de beba la del club y la hija de teresita... la mas chica... y ayer de casualidad me entero que tambien se casa julio el sobrino de los alvarez del colegio... y bueno la hija de rita... que ya sabiamos que es un csamiento humilde pero es un casamiento ...no? cuatro... y se casan

todos en julio. no vaquedar ni un soltero en argentina!!!!!!!!!!!!!!

Mama

Y antes de poder pensarlo, ya le estaba contestando una barbaridad (¡Susana perdóname!):

¡Sí! Increíble. ¡Quedé shockeada, te juro! Porque justo ayer me enteré que Mariana y Pablo, los dos hijos de Susana, se divorciaron. Los dos. Por fin Susana va a poder decir que tiene a todos sus hijos divorciados... Y se pone mejor: como el ex marido de Mariana no le pasa un peso y Mariana no le deja ver a los chicos, todos los fines de semana se arman unos escándalos tipo «Policías en Acción» en la puerta de lo de Susana. Pero vos ya lo debés saber, porque es tu amiga. ¿Te dijo si ella mantiene a todos? Yo creo que sí, porque Pablo acaba de tener un bebuto con la nueva, y no debe poder con las dos casas ¿No?

PD: Susana podría aprovechar y divorciarse también, total, sabe que el marido le mete los cuernos desde hace años! ¡Todos lo sabemos! (Y ahí serían 4 divorciados y podríamos decir oficialmente que Buenos Aires está llena de separados con problemitas. ¿O no?)

L.

## **11 de noviembre | Tengo 3 posibilidades: Rodrigo, Eduardo, Marcelo**

Tengo tres opciones fáciles y seguras para ganar la apuesta. La primera es Rodrigo, mi ex novio. La segunda es un compañero de trabajo, Marcelo Ugly, y la tercera es Eduardo, un contador aburrido con el que salí tres veces y al que nunca más le devolví una llamada.

Los tres son fáciles. Sólo tengo que llamarlos y están ahí. El único problema es que me duren doscientos cincuenta días. Nueve meses es mucho tiempo para salir con alguien que no te gusta. Hay que superar por lo menos cien citas, trescientos llamados telefónicos, cuatro cenas familiares, un cumpleaños, dos enfermedades y un fin de semana juntos en el mar. Pero tengo que hacerlo ahora. Si dejo pasar algunos meses y los llamo más adelante, corro el riesgo de que conozcan a otra persona. Y yo no puedo darme ese lujo.

Rodrigo es el más fácil, pero es el peor de los tres. En los últimos diez años cortamos y volvimos unas cinco veces. La última fue hace cuatro y fue la definitiva. Es, además, el único novio que le presenté a mi familia, que lo despreciaba por gritón, ordinario y prepotente. Rodrigo te hace pasar vergüenza a

donde vayas. Es metido, habla a los gritos en lugares públicos y hace preguntas desubicadas (es capaz de preguntarle a un desconocido cuánto gana y cuántas veces tiene sexo con su mujer), pero es fácil. Está ahí. Llama. Se muere por volver. Pero seamos sinceros. ¿A quién voy a impresionar con Rodrigo? Mi mamá es capaz de impugnar el resultado.

Marcelo Ugly, en cambio, es todo lo contrario. Es sensible, bueno, medio tonto. De esos que te preguntan si te sentís bien y si querés un té porque se van a hacer uno. Pero es muy feo, y además tiene pelo largo. Le dicen «Marcelo Ugly»; en realidad, su apellido no es «Ugly» sino algo parecido, pero lo llaman «Ugly» porque quiere decir «feo» en inglés y porque, justamente, lindo no es. Se viste mal: su estilo es entre *hippie* y desaliñado (usa bombachas de gaucho y remeras con estampas indígenas). Además escucha música bajonera como folklore o tangos. Cuando me lo imagino en un recital de Horacio Guarani, borracho, babéandose y cantando, me quiero pegar un tiro. Sinceramente no me veo comiendo humitas en una peña; en una peña no me veo haciendo nada más que tratando de escapar.

Eduardo, el tercero, es el más presentable, pero es mucho más grande que yo. Tiene cuarenta y dos años, es contador (aburrido, aburrido, aburrido) y, como si fuera poco, es pelado y se viste de traje. Por otro lado, tiene un par de cosas buenas: sabe comer, sabe beber y viajó mucho. Y otras malas: es insoportablemente presumido, obsesivo y amarrete. Desde hace diez años, él y su mucama Ninfa se organizan como si fuesen un matrimonio. Él le da el menú semanal detallado, le explica cómo planchar las camisas y cómo acomodar la alacena, y Ninfa hace todo tal cual él le pide.

Ninguno es para mí, ya sé. Pero es todo lo que tengo. Y no van a esperarme toda la vida, porque aunque nadie me crea, afuera, en la calle, en los boliches, en los restaurantes, hay miles de mujeres en sus treinta, ansiosas por llevarlos de la mano a una fiesta.

## **12 de noviembre | Voy a salir con Marcelo**

Después de mucho pensarlo, creo que lo mejor es probar con Marcelo. Es mucho más fácil cortarle el pelo a un hombre, que lograr que deje de gritar o contar las monedas de la propina. Después de todo, todos los hombres son un desastre hasta que una mujer los hace de nuevo. Voy a recauchutarlo un poco (cambiarle los pantalones, sacudirle el folklore y, si se puede, cortarle el pelo) y en julio lo llevo al casamiento.

Estoy convencida. Tanto, que ya di el primer paso. Aprovechando que siempre me invita a salir con el resto de los solteros de la oficina, le mandé un *mail* casual pero muy claro:

Hola, soy yo, Lucía. Estaba pensando que por un motivo u otro nunca fui a tomar nada con ustedes... Y como vos siempre me preguntás por qué no voy y yo siempre te digo que no puedo, pensaba que quizás podíamos hacer algo otro día. Vos y yo, digo. Avisame si querés.

Un beso.

L.

### **13 de noviembre**

Dijo que sí. Salimos mañana.

### **14 de noviembre**

Mi jefa le puso «El club de los solteros» a un grupo de compañeros que siempre están solos. Incluso cuando están en pareja (de vez en cuando salen con alguien), siguen organizando salidas todos juntos. No me imagino actitud más perdedora que ésa. Es como si supieran que de todos modos ninguna relación les va a funcionar, y por las dudas no quieren perder su lugar en la mesa del restaurante de abajo o en los miércoles de bowling.

Algunos me caen bien. El gordo Piñata, por ejemplo, es muy tierno; sesea y parece un chico. Graciela, en cambio, es una señora de cincuenta y tantos años que vive con su madre. Es un poco la tía de todo el mundo y está obsesionada con la moral, las buenas costumbres y lo que es fino y lo que no. Gisela, la recepcionista, también es del grupo (en realidad no se llama Gisela; yo le digo Gisela Buche porque es una versión desmejorada y más petisa de Gisele Bundchen, la modelo brasileira). Es muy linda y siempre tiene propuestas para salir, pero como «quiere concentrarse en su carrera» está tan sola como ellos. Y por último yo, que soy el blanco ideal de sus invitaciones porque intuyen que tampoco tengo pareja.

—Che, Lucía —me dijo Marcelo—, mañana, el grupo de los que estamos solos de acá vamos al bar de enfrente a tomar algo. Deberías venir, va a estar bueno.

Cada vez que me invitan, me dan y me doy tanta pena, que quedo deprimida hasta el día siguiente. Además, la última vez nos escuchó Matías, un redactor nuevo, perfecto, precioso, con el que tengo fantasías licenciosas y vergonzantes casi todos los días.

Si mañana me va bien con Marcelo, quizá mate dos pájaros de un tiro. Consigo novio para el casamiento de mi hermana y me ahorro las preguntas del

club de los solteros al menos por nueve meses. No es poco.

## **14 de noviembre, noche**

Recién vuelvo de mi cita con Marcelo Ugly. No me fue ni bien ni mal. Simplemente no me fue.

Me pasó a buscar, mal vestido y puntual, a las ocho. Primero fuimos al cine y después a comer, pero ambas experiencias fueron olvidables. Hablamos casi dos horas de temas aburridos y comunes, hasta que me cansé, le dije que me tenía que levantar temprano y me tomé en taxi. Creo que bostecé varias veces pero no se dio cuenta. Él estaba muy emocionado con la salida, pero yo me veo venir varios problemas.

El primero es que Marcelo es indigenista. Todo lo que viene de la tierra o de los indios le parece una maravilla. Incluso superior a cualquier tecnología actual: el barro le resulta un material noble y aromático, los ranchos una belleza autóctona y la lana de llama, un pedazo de nube en la tierra. Éste es (o va a ser) un problema fundamental entre nosotros, porque yo soy todo lo opuesto. A mí me gustan los aviones, los hoteles, la comida chatarra, el brit pop, la computadora y el diseño minimalista. De sólo pensar en ponerme unas chancletas de paja, me muero. Siento como si me inocularan mal de Chagas por la planta de los pies. Mientras yo sueño vivir en un piso veinte con vista a la avenida 9 de Julio, él quiere instalarse en Tilcara o en las sierras cordobesas y poner un hotel. Planea cosechar sus propias verduras, volverse macrobiótico y dejar de ver televisión. Juro que cuando habló de la abstinencia televisiva me bajó la presión. Me imaginé que no veía más «El aprendiz» y quise morirme ahí mismo.

El broche de oro fue cuando llegamos al café. Él pidió un té con miel y yo un capuchino con cuatro sobres de edulcorante. Pero ni siquiera notó el contrapunto. Estaba demasiado emocionado con la cita.

Por otro lado, como bien dije antes, le gustan el folklore y la comida argentina (me llevó a un restaurante a comer tamales y humitas). Le encantan la literatura latinoamericana, el realismo mágico, viajar a Machu Picchu y los carnavales del Litoral. Creo que incluso en algún momento empezó a hablar de ir a una peña. Yo no conozco a nadie que tenga trabajo y vaya a peñas. Ahí van todos los estudiantes de Bellas Artes que subsisten pidiendo unas monedas «para la birra» en las fiestas de su facultad.

En cuanto a su aspecto, que sea feo es lo de menos. Necesita arreglos de otro orden. El pelo, cortarlo. Los suéteres que usa (con capucha y dos tiritas), tirarlos. Los *jeans*, que son cortos y, presumo, de tiro alto, desaparecer. La billetera tejida, evaporarse. Y por último, la pulserita roja que tiene atada en la muñeca debe ser arrancada de inmediato (estas pulseritas se pueden tener sólo hasta los veinte años y en localidades balnearias, cuando te bajás del micro en Retiro te las tenés

que cortar).

Me temo que me espera un gran trabajo por delante. Nueve meses de revoques, de correcciones, de imperativos disimulados detrás de tiernas sugerencias. En muchos sentidos, voy a tener que hacer una exterminación total. Pero quién sabe. Quizá debajo de todo ese yute, Marcelo sea el amor de mi vida.

## **15 de noviembre | Marcelo cree que es mi novio**

Hoy Marcelo Ugly me miró toda la tarde con cara de romance clandestino desde su escritorio. Yo debería haberle devuelto las miradas, o aunque sea una sonrisa tibia, pero me daba vergüenza que alguien nos viera.

Por otro lado, me llevé una gran sorpresa. Marcelo no es tan relajado como parecía, porque cada cinco minutos me preguntaba por Messenger: «¿En qué andás?». Y si no contestaba, me llamaba al interno para ver si estaba en mi escritorio o no.

Este tipo de acoso o, para ser menos dramática, de supervisión, lo puede realizar únicamente un novio. O un marido, claro. Es decir, alguien que goce de derecho sobre tu atención y que esté habilitado para exigir una cierta velocidad de respuesta. Y Marcelo Ugly no tiene ese derecho. Una persona normal sabría eso. Pero él no, y me molesta muchísimo. Pero no quiero decirselo porque lo va a tomar mal y va a transformar mi observación en una conversación de pareja que no quiero tener.

Por lo pronto, el sábado tiene «una sorpresa para mí»: eso dijo. «Algo de lo que hablamos el otro día.» Yo sólo espero que la sorpresa no sea contarles a todos sus amigos que estamos saliendo. Por lo pronto, nos encontramos a las doce, en mi casa.

## **16 de noviembre**

Ayer fui con mi mamá y mi hermana a conocer a una *wedding planner*. Al parecer, ya no se estila más hacer las cosas uno mismo. Ahora hay que contratar a alguien que oficie de mediador entre la novia y el florista. Alguien que decodifique lo que quiere la pareja y lo transforme en mesa dulce y servilletas.

Me quedé impresionada con la cantidad de chupasangres que viven de esto. Equipos de seis personas debaten con total seriedad si una torta helada de maracujá puede constituir una torta de bodas «sin que el invitado se sienta defraudado en su expectativa gastronómica de comensal experimentado» o si las carnes rojas en verano son, a nivel filosófico y culinario, una suerte de contradicción.

Yo entiendo que los detalles de cualquier fiesta son importantes para el

anfitrión. Presumo necesario elegir las flores o el color de los manteles. Debe ser espantoso pagar cincuenta mil pesos por un casamiento color verde agua y centros de mesa con gladiolos y claveles. ¿Pero es necesario usar cuatro días para explicarle a mi hermana que las papitas noisette no se hacen en casamientos buenos desde el año 92 y que si quiere papas deberán ser papas rotas o « en croûte » de especias? Es el menú y todos van a comer, es verdad. ¿Pero definir el tono de un casamiento a partir de la guarnición de papas no es llevarlo demasiado lejos? ¿Hay que usar máximas tan idiotas como que « el menú es la columna vertebral de la fiesta » o « no existe el demasiado para el día más importante de tu vida » ?

Además, que haya empresas que viven del alquiler de sillones es la prueba inequívoca de que todo el mundo usa los mismos. ¿Entonces qué es lo original, lo novedoso, lo moderno de esta empresa? ¡Si sólo cambian el concepto de papa y el color de manteles, pero la fiesta es siempre la misma! ¡Incluso nos sentamos en el mismo sillón!

Por otro lado, ahora se estila darles diferentes funciones a las amigas más cercanas y familiares. Es un detalle lúdico, no operativo. No sé qué me va a tocar a mí. Espero que no sea nada humillante, nada en un escenario, nada con fuego y nada relacionado con la despedida de soltera.

## **19 de noviembre**

Ojalá alguna vez me pueda olvidar de este fin de semana. Pero no creo. Como el miedo, va a volver en pesadillas disfrazado de otra cosa.

El sábado a las doce del mediodía Marcelo me tocó el timbre. Bajé de malhumor porque odio el sol, especialmente al mediodía. En la puerta de mi edificio estaba estacionado su auto con el baúl lleno de bagayos y bolsitas de supermercado llenas de porquerías. Y mientras yo rezaba para que se abriera una grieta en el piso para esconderme, él revolvía sus petates buscando quién sabe qué.

Miré rápidamente el asiento del acompañante y había un paquete de panadería y, arriba de la guantera, un termo y un mate de cuero repujado. Sentí miedo, ese miedo raro que provoca lo desconocido. Reculé. Di unos pasos hacia el palier para meterme adentro, pero me atajó con cara de pícaro. Sentí lo mismo que cuando el monstruo me alcanza en sueños.

Marcelo sonrió y me mostró una fotocopia horripilante y sucia. Una especie de folleto casero que decía « Camping Las Margaritas ». La palabra « *camping* » me sacudió la visión y perdí el equilibrio. Como cuando le das un golpe al televisor y hace líneas en la imagen. Sé que dijo cosas como « alejarse », « aire puro », « de lo que hablamos el otro día ». ¡O sea que este tarado creía que a mí me había parecido encantadora su fantasía tilcareña! ¡Debería haber dicho algo!



¡Todo esto me pasó por callarme y sonreír durante toda la noche!

No sé cómo, pero una hora después yo estaba en el asiento delantero, comiendo un vigilante, con cara de culo. Lo único que pensaba era cómo hacerlo volver. El fin de semana se me venía encima, como un *flash forward* potencial. Me imaginaba haciendo pis en pastizales llenos de culebras, metida en una carpa con olor a calzón, comiendo de una olla y tomando mate cocido. Mi malhumor era increíble. Lo odiaba profundamente por necio. Tanto, que le contesté con monosílabos hasta que quiso poner un cassette (*keyword*: cassette) y me opuse. No sé de qué era, porque lo alejé con la bombilla del mate a modo de palo, como si fuese un perro muerto.

Cuando íbamos en camino, fantaseé con desmayarlo, tirarlo en el asiento trasero y volvernos a mi casa. Pero no pude. No por él, que se merecía explotar contra el pavimento, sino por mí. Si hacía o decía algo, probablemente la próxima escena sería conmigo sola, comiendo isla flotante llena de papel picado en la fiesta de casamiento de mi hermana.

Para contenerme, me autoflagelé con lo que yo presumía iba a ser la fiesta: me imaginé a mi mamá dándole un billetito clandestino a mi primo para que me sacara a bailar, visualicé el aparato amigo de mi hermana con el que me sentarían en la fiesta (buscando engancharme con un tipo que ninguna otra quiso), me vi conversando con mis tías gordas sobre la mesa de quesos y el surtido de canapés. Y decidí que entre las dos experiencias, el *camping* era «la menos peor».

Con todas esas imágenes y tres vigilantes atorados de angustia en la garganta, llegué a Las Margaritas a las cinco de la tarde. Si las casas embrujadas existen, les juro que éste era el patio trasero. Había tranquera, directivas talladas en tablas de quebracho y una huerta saqueada por alimañas. No me pregunten dónde quedaba. Sé que había un río y, al lado, una suerte de pocilga con heladeritas de telgopor y un montón de gente riéndose con los dientes verdes de yerba mate. Era como viajar en el tiempo. Como meterme un domingo en el televisor, cuando dan las películas de Tiburón, Delfín y Mojarrita.

Me puse muy mal. Estas cosas son típicamente mías. Bien maníacas. ¿Qué hacía yo ahí con ese tipo? ¿Era necesario llegar tan lejos? ¿De verdad me iba a quedar cociendo arroz en una olla como un gaucho del 1800? ¿Iba a juntar madera? ¿Iba a hacer pis en un árbol? ¿Iba a armar la carpa, por amor de Dios? Me daban ganas de confesarle todo. De decirle que mi mamá había hecho una apuesta, poniendo en duda mi honor y mi estado civil, y que tenía que ayudarme por caridad, y llevarme a casa de vuelta a ver tele y pedir empanadas por teléfono como personas normales. Hasta pensé en arrodillarme y hablarle al cielo para que empezara a diluviar.

Cuando sentí que me ponía a llorar, le pregunté en dónde estaba el baño y me fui corriendo. Él se fue a hacer trámites (aparentemente tenés que pagar para

entrar al lugar) y yo me senté en el inodoro, trabé la puerta con las piernas flexionadas y lloré. Lloré lágrimas gruesas, pesadas, llenas de agua. Lloré como hacia años que no lloraba. Lloré mucho. Lloré como cuando dejé a Rodrigo para siempre y pasé mi primer fin de semana sola. Lloré porque odiaba estar ahí, lejos de mis cosas, de mi vida, de mí. Y me propuse llegar al domingo, como fuera, y después replantearme todo. Pero el domingo fue peor todavía. Mucho peor.

Salí del baño del *camping* con cara de mala cita y una sola idea: aguantar hasta el otro día a la mañana y decirle a Marcelo que me sentía mal y que me quería ir. Si tenía dos dedos de frente, iba a desarmar esa toldería e íbamos a volver a la civilización.

Cuando llegué a nuestro lugar, Marcelo armaba la carpa solo. No sé si notó mi amargura o se dio cuenta de que una cita en un *camping* era una porquería, pero no tuve que mover un dedo. Me senté al lado mientras él hacía todo, y le contesté con ironías. Más tarde fuimos al bar, y entre la televisión, una milanesa recalentada y unas revistas viejas, me volví a sentir una persona por un ratito. Pero cuando terminamos de cenar, Marcelo se quiso ir a la carpa. Y yo no. Yo parecía uno de esos chicos que van a jugar a lo de un amigo y cuando tienen que volver a su casa no quieren irse.

Tomamos varios cafés hasta que cerró el bar. Nos volvimos en la oscuridad, usando una linterna. Cuando llegué a la carpa me desplomé, creo que del cansancio y del miedo de que Marcelo me quisiera tocar. A mí no me iba a tocar un pelo. Lo supe esa misma mañana, cuando lo vi revolviendo el baúl del auto con esa riñonera en la cintura. No me iba a tocar nadie que usara riñonera. Nunca.

Pero mis intentos por dormir fueron inútiles. No pude pegar un ojo hasta el otro día, porque a la una de la mañana empecé a escuchar unos ruidos extraños. Algo así como el ulular de un bicho impreciso; un ruido animal que nunca había escuchado en mi vida. Era como el graznido de un pájaro raro: uiu uiuy uuuui uiui uuuui, al que se le sumaba el silbido filoso del viento. Sentí un miedo incómodo, solitario. El ruido se hizo más fuerte. Me abracé a la almohada, esperando que Marcelo lo escuchara y se levantara a ver qué era, pero como no se movía, decidí despertarlo yo. Toqué su lado de la carpa, cuidadosa, y sentí el piso frío e irregular. No estaba. El miedo se duplicó, se triplicó. La noche se hizo sólo miedo. Traté de quedarme quieta, esperando que volviera, pero el ruido era cada vez más claro. Uuu uiuiuy uiu uiui uuuui. Creí que me iba a morir de un infarto. El corazón me latía con fuerza, y cuando estaba por largarme a llorar usando las lágrimas de reserva, el ruido desapareció.

Esperé así, apretujando la bolsa de dormir entre las uñas más de diez minutos. El idiota de Marcelo seguía sin aparecer y empecé a tener miedo de que le hubiera pasado algo. Hasta sentí culpa. Después de todo, me había llevado a ese

lugar pensando que era una buena idea. No lo hizo por maldad, lo hizo por tarado, pobrecito. Decidí, entonces, ir a buscarlo. Abrí la carpa, decidida, con valentía inusual, inesperada, pero no pude salir. Me choqué de frente con el susto de mi vida. Como un mosquito reventándose contra el parabrisas de un auto, frente a mí, el retrasado mental de Marcelo se reía con una linterna en el mentón, iluminándole la cara, y hacía: uiu uuuui uiuuui uiui.

Lo último que me acuerdo son mis gritos. Los de miedo, los de enojo, los de angustia. No sé cómo pasó, pero se me escapó: « ¡Mogólico de mierda! ». El resto es previsible. Regresamos a las ocho de la mañana, sin dirigirnos la palabra en todo el viaje.

## **20 de noviembre**

Desde el domingo que Marcelo y yo no nos volvimos a hablar. Para completar la escena, yo, además, lo ignoro. Hago como si no existiera. Él, en cambio, merodea mi escritorio con ojos de perro confundido a la espera de un gesto de complicidad. Ahora mismo, por ejemplo, si yo lo miro, baja la cabeza y simula una concentración acartonada, ficticia, que sólo pone en evidencia que hasta hace diez segundos me observaba, meloso, desde atrás del monitor.

Pero más allá de eso todo venía bien. Hasta hoy. Hoy pasó algo.

Cuando volví de almorzar me encontré un muñeco espantoso en el escritorio. Un engendro de masa coloreada con sombrerito a lunares y zapatitos de plástico con un cartel que decía: « ¡Empecemos de nuevo! ». Mi reacción fue la de quien encuentra una rata muerta sobre sus papeles. La misma. Lo corrí con un lápiz, sin tocarlo, hasta la esquina del escritorio, y seguí trabajando.

A lo lejos, Marcelo esperaba con los ojos vidriosos un momento emotivo entre los dos. Creo que incluso me guiñó un ojo, canchero. Lamento no haberle revoleado esa cagada de plastilina. Me hubiese gustado ver si podía hacer otro guiño con el muñeco reventado en la nariz. Mi jefa me hubiese aplaudido y levantado en el aire como una campeona. Seguro.

## **21 de noviembre**

Me siento como cuando sacás el « pierde todo » en la perinola o vas a la cárcel en el « Estanciero ». Tengo que volver a empezar de cero mi búsqueda. Si me preguntan hoy, siento que ni en veinte años voy a lograr deshacer las palabras de mi mamá. Que soy una solterona en trámite, que, como los héroes de las tragedias, no va a poder torcer su destino fatal.

Como si fuera poco, hoy tuve reunión con el comité organizador de saladitos. O sea, Irina, mi mamá y yo. Mi mamá me preguntó en qué mesa quería ir yo, si

en la de ella, en la de papá, o con « chicos y chicas de mi edad ». Y eso quiere decir una sola cosa: que no saben en dónde ubicarme porque soy soltera. En realidad, lo que mi mamá intentaba preguntarme es qué rol prefería ocupar. Si prefería ser una solterona consumada (sentada con mis padres a los treinta años) o si todavía quería insistir en buscar pareja.

Esta pregunta, lejos de deprimirme, me dio más fuerza. Decidí que voy a llegar hasta las últimas consecuencias, pero intentando preservar mi integridad. Voy a procurarme un candidato seguro, un candidato que a primera vista sea convincente. Voy a llamar a Eduardo, el contador.

Debería haber arrancado con él directamente. Es educado y serio. No me puede hacer quedar mal. Salvo por unos detalles, no es un mal partido. Es un poco aburrido. Y obsesivo. Por ejemplo, tiene una fijación con la cantidad de tiempo que habla por teléfono: nunca se pasa de los treinta minutos. Y además, es maniaco de la limpieza. Y un tacaño.

De hecho, la última vez que fuimos a comer afuera, hizo algo que nunca me había pasado en la vida. Todas las veces que salimos, Eduardo revisó todo el menú, línea por línea. Luego interrogó de manera pausada y loca al pobre camarero. Le preguntó por los ingredientes, los métodos de cocción, las cantidades, más en carácter de bromatólogo que de sibarita. ¿Los tomates del concassé son frescos? ¿Las hojas verdes son orgánicas? ¿Los camarones están crudos o cocidos? La pesca del día no será siempre merluza, ¿verdad? Pero ese detalle siempre me pareció gracioso, un rasgo de extravagancia más que un peligro.

Pero la última vez que salimos (*keyword*: última), cuando el mozo trajo la cuenta, Eduardo hizo otra cosa más. Primero, se dedicó a examinarla unos cinco minutos, y después, en vez de darle la tarjeta al mozo, la dejó sobre la mesa. Eran ciento cuarenta y dos pesos con cincuenta centavos. Entonces hizo un cálculo mental, sacó la billetera y, como un caballero, pagó. Puso un billete de cincuenta pesos y dijo « cincuenta... », sacó diez más y dijo « sesenta... », sacó otros diez y dijo « setennnta... » y luego sacó monedas de su bolsillo, puso un peso « setenta y uuuuno » y siguió buscando, buscando, buscando, tocándose los bolsillos, hasta que chistó, dejó cincuenta centavos más y me dijo: « No tengo de veinticinco ».

Y eso fue todo. Ese día me quedé sin novio de nuevo.

## **22 de noviembre**

Hoy nos juntamos por última vez con mi mamá y mi hermana para definir los detalles de la fiesta. Y digo por última vez porque no voy más. Que se arreglen entre ellas. Aunque si lo pienso bien, y a se estaban arreglando sin mí. Es más, cuando llegué, me sorprendieron con un montón de ideas increíbles. En

especial una, que todavía me parece irreal.

—Y para vos, para vos habíamos pensado algo especial, porque sos la hermana —arrancó mi mamá.

—¿Yo? Yo prefiero no hacer nada.

—No seas tonta, mi vida. Sos la hermana. Esta fiesta es importante para toda la familia.

—¿No es nada con shows, no?

—No, no. Los shows son para gente que toma y se ríe. Pero sí vamos a tener un kínder para que los chicos no molesten. Y va a haber una maestra jardinera y vos.

—¿Qué?

—Claro, no para que los sigas por todos lados ni para que trabajes. Para eso está ella. Pero para organizar juegos, actividades, bailes estás vos. Lo lindo, no lo feo. Si uno se hace caca no lo cambiás vos. Lo cambia... ¿ella? ¿O la madre? Irina, si un nene se hace caca, ¿quién lo cambia? En el casamiento de Susana...

—¿Organizar bailes? Mamá, yo no bailo, no juego, apenas si me río. ¿Se volvieron locas?

—Pero te encantan los chicos...

—Váyanse a la mierda las dos.

## 23 de noviembre

Hoy salí con Eduardo el contador.

¡¿Por qué?!

## 24 de noviembre

Ayer fui a cenar con Eduardo. Y digo «cenar» y no «salir», porque fue sólo una cena. A las once de la noche estaba de vuelta en casa. El encuentro (para llamarlo de alguna forma) duró sólo dos horas y terminó malísimamente mal, pero por las razones más raras del mundo. Tan raras que no tuve que pagar la mitad de la comida.

**1. El interrogatorio.** Como siempre, antes de pedir, Eduardo interpeló al mozo durante veinte minutos. Le preguntó sobre la procedencia de la rúcula (al parecer, la de invernadero tiene hoja pequeña y tierna pero no tiene gusto a nada) y si los mariscos habían sido congelados crudos o cocidos (cocidos se ponen gomosos). Este proceso demoró un poco más de lo habitual porque el salón era ruidoso y además el mozo era inexperto y haragán.

**2. La revolución.** Pero no éramos los únicos que se quejaban de la atención

del mozo. Todos los comensales lo llamaban porque se había olvidado el limón, una Coca-Cola, o había llevado un plato equivocado. Un señor tuvo que llevar su bife hasta el pasaplatos de la cocina y pedir que se lo volvieran a poner en la parrilla. Parecía más un bingo que un restaurante. Todos se paraban, chistaban, levantaban la mano y comparaban con las otras mesas anécdotas increíbles sobre la ineficiencia del personal. Pero ninguno se quejaba tanto como Eduardo, que estaba a punto de llorar, desbordado de impotencia, porque la ensalada no tenía tomates « confit » como el mozo le había prometido.

**3. La batalla.** Un rato después, algunos comensales se fueron resignando y otros consiguieron su comida. Fue entonces, cuando el caos se aplacó, que noté que el mozo hacía siempre el mismo recorrido: un triángulo entre otra mesa, la nuestra y la cocina. Otra mesa con otra pareja, otros problemas y, lo que es peor, otro Eduardo que levantaba la mano tan histérico como el mío.

Apenas los dos Eduardos se vieron, perdieron el control. Sin decirse nada, se retaron a un duelo de mañosos desenfundando el brazo en alto como si fuese un revólver. Daban cabezazos, silbaban, chistaban, hacían la ola. Cualquier monería era válida para llamar antes al agitado camarero y evitar que el otro pidiera primero.

**4. Los disparos.** Hasta este momento la guerra no tenía víctimas graves. Las únicas heridas éramos la pareja del doble y yo, que comíamos en silencio intentando calmar a nuestros héroes hasta el siguiente *round* de chiflidos. Pero en un momento, Eduardo sintió que el mozo no respetaba el orden cronológico de los llamados y se puso loco en serio. Mientras el mozo conversaba con el doble, que señalaba un balde de hielo vacío, Eduardo se paró y gritó con su vozarrón: « ¡Yo había levantado la mano antes! » .

**5. La invasión.** Los ojos del doble se inyectaron como las rutas coloradas de los mapas. Se miraron fijo unos segundos y luego se escuchó una ametralladora de agresiones estruendosa y confusa: « Callate, pelado » , « Vení para acá que yo te llamé primero » , « No se puede llamar tanto al mozo si pedís ese vino barato » , « ¿Qué dijiste? » .

La gente nos miraba como cuando se llevan preso a un delincuente con la campera en la cabeza. Mientras el encargado se acercaba, en cámara lenta, con ambas cuentas en bandejas de cuero, yo dejé de escuchar. Lo último que recuerdo fue a Eduardo diciendo « nos vamos » y la cuenta (con su respectiva bandeja) volando por el aire, cumpliendo la profecía del barrilete y salvando a la panera de su destino volador.

Así que a las once estaba de vuelta en casa. Sola de nuevo.

## 25 de noviembre | Los domingos para las solteras

Los domingos son el cáncer de las solteras. La mayoría de nosotras nos encerramos en un departamento oscuro, vestidas con un pijama mugriento de cuando teníamos doce años, y nos quedamos viendo televisión berreta, charlando por teléfono con una amiga, perdiendo el tiempo en la computadora y comiendo basura engordante con gaseosa tibia y sin gas.

Podríamos hacer miles de cosas más lindas y escapar de ese agujero negro: ir a comer un rico brunch al jardín de un bistró en Palermo, ir a revolver ferias de antigüedades, nadar en la pileta de una amiga, o ir al Malba a ver una exposición y a tomar un té. Pero no vamos. O al menos no los domingos. Los domingos preferimos encerrarnos a sentir autocompasión y a autoflagelarnos porque no tenemos pareja. Es nuestro *hobby* secreto.

Recientemente, sin embargo, sumé una nueva actividad dominguera. Ahora, aparte de pasear en pijama por la casa, me evado desarrollando hipótesis sobre mi vida amorosa. Pienso, por ejemplo, por qué me tocan tipos como Eduardo y no como Matías (el nuevo de la oficina). Pienso que los tipos como Matías no salen con chicas que pijamean y miran repeticiones de *Charmed*, y por un rato garabateo listas en un cuadernito viejo inventariando todos los cambios que voy a hacer en el futuro: voy a estar siempre depilada, voy a hacerme un baño de crema cada quince días, voy a empezar el gimnasio y alguna clase de arte y, ante todo, voy a salir todos los fines de semana sin excepción.

Pero un rato después, mientras combato la somnolencia del último alfajor triple que me comí, pienso que yo soy así, que no me gusta salir a la calle, y que quien se enamore de mí tendrá que aceptarme de esta manera.

En ese momento, además, entro en un episodio de espejismos idiotas. Pienso que Matías se me declara, que tenemos sexo en la escalera de emergencia de la oficina, que me canta una serenata o que deja a su novia actual (que es malísima y ahoga gatitos) porque no puede vivir sin mí.

Claro que todo esto no tiene ni un detalle real. Matías no habla con nadie. O en realidad habla con cualquiera, pero nadie sabe nada de él. Así que todo, incluida la novia que ahoga gatitos, es parte de mi imaginación. Me gusta pensar que es un hombre hosco y torturado, que alguien le rompió el corazón hace cinco años y nunca más pudo volver a enamorarse. Que a las mujeres hermosas pero tontas las esquivó, asqueado, por su estupidez y vulgaridad de gallinas gritonas. Que su mejor amigo es su perro, que tiene un nombre cool como Ajax. Que lee mucho para no tener que relacionarse con nadie y que si bien no detesta a la gente, prefiere la soledad.

Me lo imagino así. Perfecto. Con un toque de Rick de *Casablanca* y una pizca

de *El paciente inglés*. El otro día, además, me animé y me lo probé. Él estaba parado en el teléfono, al lado de una pared espejada, y yo me puse al lado, con el brazo escondido detrás de su cintura, como si tuviésemos los codos entrelazados ¿Y saben qué? Me quedaba perfecto.

## **28 de noviembre**

Como ayer estaba apurada por llegar a casa, me volví en subte y me llevé varias sorpresas. La primera es que abajo no se puede respirar. La segunda es que el subte es elástico: siempre entra más gente. Y la tercera es que Matías perfecto se lo toma todos los días. Es eso, o yo aluciné toda una conversación con él a causa de la asfixia y el calor que hacía ahí abajo.

Eso es, en parte, una desgracia para mis domingos de solterona, porque ahora sé muchas cosas de Matías y ya no voy a poder fantasear. Sé que estuvo de novio diez años (¡desde los diecinueve a los veintinueve años, con la misma chica!) y que se separó hace dos años y medio. Sé que es profesor de «expresión oral y escrita» en una universidad privada (me muero, los profesores me gustan más que los médicos y los jugadores de fútbol), que vive solo y tiene una perra que se llama Rita, porque es una cocker y es pelirroja como Rita Hayworth. También sé que huele rico, a papel nuevo, y que, por suerte, quiere vivir siempre en Capital Federal.

Él, por su parte, ahora sabe todos los chismes de la oficina, el historial amoroso de mi jefa y qué hay que hacer para conseguir que vengan a llenar la máquina de café. De mi vida, poco y nada, porque casi todo me da vergüenza y contesto con evasivas. Sabe que vivo sola en Almagro, que desde los doce estoy enamorada de Frank Sinatra y que me gustan las comedias románticas de la época dorada de Hollywood. Especialmente las de Katherine Hepburn y Spencer Tracy.

Quisiera decir que después hablamos de *jazz* y cocina fusión, pero no es cierto. Nos dedicamos a reírnos de Gisela Buche y sus aspiraciones de cantante, de Marcelo y su mate, y de cómo sesea Piñata cuando se pone nervioso.

## **29 de noviembre**

En la editorial en la que trabajo publicamos cerca de diez revistas, pero cada uno está en un proyecto distinto. El mío, por ejemplo, ocupa dos pisos. Arriba está la gente de diseño y redacción, y abajo el área comercial que nuclea pago a proveedores, marketing y ventas. Los de arriba (que somos el sector creativo), le decimos «el infierno» al otro piso. Y ellos, sin ofenderse, nos dicen «los *hippies* de arriba» con cierto desprecio.



Yo estoy hace un año trabajando ahí, pero no conozco a todo el mundo porque no soy muy sociable. No debo haber hablado con más de diez personas en todo este tiempo. De Gisela sólo sé que quiere ser cantante y que llegó a la mitad de uno de esos *reality shows* que buscan solistas y que no puede pensar en otra cosa. A menudo canta en el mostrador de entrada como si nadie la escuchara y todos nos morimos de risa.

Marcelo Ugly es diseñador. Matías perfecto, otros dos y yo somos redactores. Hay un fotógrafo tontísimo al que detesto, una gatita provocativa que lo sigue a todos lados, y dos pasantes que sacan fotocopias, pautan alguna entrevista o buscan información en Internet. Abajo, además, están Graciela (la asistente de mi jefa), Piñata (el gordito que sesea) y Silvani (que hace marketing o algo parecido), entre otros.

Al mediodía, algunos salen a comer al bar de abajo y otros almuerzan en el comedor. Los que son solteros, además, juegan juntos al bowling o van a tomar algo a la salida de la oficina.

Yo en general voy a comer algo por ahí, pero hoy me quedé porque Gisela Buche se puso a cantar como un ruiseñor en la cocina. Apparently, Matías le dijo que si no había quedado en *Popstars* era porque cantaba mal, y Gisela enloqueció y nos obligó a escuchar su tema.

Quisiera poder decirles que cantó como una urraca o como un ángel, pero es lo de menos para alguien que, como yo, vio las monerías que hacía con la boca y las cejas. Hay una serie de gestos de cantante berreta que se deben enseñar en algún instituto o video casero, porque ya los he visto en intérpretes horribles que van a programas de cable a hacer un cover o en fiestas vulgares de fin de año de algunas empresas.

Pero lo que al principio me causó tanta gracia, luego me dio pena. Era como esas viejas locas que se desnudan en el patio del geriátrico. Hubiese querido abrazarla y ahorrarle semejante humillación. Su canto era tan feo, tan artificial, que con cada falsete se iba poniendo más fea, como si el papelón se llevara con él su belleza, sus rasgos finos, su pelo sedoso de publicidad. Era como ver una media dada vuelta, que de un lado es blanca, suave, mullida, y del otro es un bollo de hilachas y pelusas grises del lavarropas.

Matías y yo tuvimos que terminar de reírnos en la escalera con los fumadores, porque nuestras carcajadas parecían alaridos. No dije nada. No quise parecer sentimental, pero me dio mucha pena verla en su peor versión, delante de todos esos buitres de oficina.

**DICIEMBRE**

Faltan 197 días

## **2 de diciembre | Sólo se me pegan los idiotas**

Hace un mes que mi mamá apostó que iba a ir al casamiento sola, y por ahora tiene razón. En estos treinta días no sólo no pude conseguir un acompañante, sino que ni siquiera pude experimentar una velada agradable. Tengo un maleficio: soy invisible para los hombres normales. Estoy condenada a que se fijen en mí sólo los idiotas, los desagradables, los grotescos, los chiflados, los esquizofrénicos voluntarios. Ni siquiera me dan bola los psicópatas y abusadores, que deberían hacerse un festín con una insegura como yo. Ni eso. Soy como un negocio que sólo trabaja payasos, y nada de otra línea de hombres.

En una época salí con un tipo que sí o sí tenía que volver a las once de la noche a su casa para darle de comer a su gata. Otro año, salí con uno que le hablaba al auto. Le decía, cariñoso como un domador de caballos: «Hoy vamos a lo de mamá, más tarde nos volvemos, descansamos dos horitas y vamos a un cumpleaños». Otra vez salí con uno que compraba todo usado por Internet (hasta las sábanas) y me daba asco ir a su casa porque todo me parecía transpirado y pegajoso. Y hace más tiempo todavía, salí con un profesor que tenía un perro salchicha que se sentaba entre nosotros a ver la tele y me mordía la mano si quería correrlo para acercarme a su dueño.

Ni una persona normal o común. Para éstos soy siempre la otra, la amiga, la que dejan para volver con su ex novia, la que ven los domingos a la tarde, el parche, la que hace de enfermera cuando les rompen el corazón, la segunda, el romance de verano. Pero nunca soy el amor de sus vidas. Nunca.

Yo no soy fea, no soy estúpida, no tengo ninguna tara insalvable. Apenas soy neurótica e insegura. Pero por alguna razón termino siempre enamorada de algún infeliz que me trata mal, o de un infeliz que apenas puede con su propia vida.

Y por eso sé que nunca va a pasar nada entre Matías y yo. Y no porque él sea inalcanzable, encantador o demasiado buenmozo, sino porque a mí esas cosas no me pasan.

Cuando voy a una fiesta, por ejemplo, nunca soy la que alguien está esperando. Cuando conozco a un hombre divino con mis amigas, para nombrar otro caso, nunca me lo quedo yo. Jamás soy la que tiene un vecino soltero que le

golpea la puerta con un vino. Tampoco soy la que viaja sola a París, se enamora y se queda un mes paseando y comiendo *baguettes*. Yo soy siempre la actriz de reparto, la protagonista de una comedia de humor negro, la amiga graciosa de la novia, la hermana del galán, la que se tropieza cruzando una avenida. Siempre hago la línea de comedia de la película.

El sábado es la fiesta de fin de año de la empresa. Y voy a ir sola, a pesar de que este año por primera vez se puede ir con pareja. Otra vez voy a ser la que se vuelca el vino en el vestido, la que muere aplastada por una bola disco o la que se electrocuta en el baño de mujeres. Todas, menos la Cenicienta.

### **3 de diciembre | No tengo candidato**

Ayer revolví todas las agendas viejas, toda la libreta de direcciones del correo electrónico, todos los *mails* que recibí en el último año. Nada. No hay nada. Nadie más a quien pueda invitar a salir. Mis amigas dicen que busque en Internet, pero a mí me da miedo. No, miedo no. Rechazo. En Internet están todos los tullidos, los traumatizados, los onanistas, los horribles y los casados. Sobre todo, los casados. Lo único que se me ocurre es pedirle a Marisa, una amiga de mi hermana, que me presente a ese famoso candidato que me ofrece desde hace meses. Quizá pueda aprovechar su cumpleaños (creo que cumple este mes) para conocerlo, porque las citas a ciegas son arenas movedizas. Y más cuando tu amiga te jura que el candidato es muy divertido y un gran tipo para convencerte.

Al final, siempre pasa lo mismo. La cita es un desastre y tu amiga se enoja, te acusa de exquisita y te dice lo que siempre pensó de vos: que te vas a morir soltera.

### **4 de diciembre**

Hoy a las nueve de la mañana, mientras desayunaba, me llegó un mensaje de texto de un número desconocido. Decía:

**ESTOY ENFERMO. ¿VOY O NO VOY?**

Traté de hacer memoria, busqué el número en mi casilla de *mail*, en los papelitos de mi cartera, en mi memoria de tía solterona, pero no pude identificarlo. Paranoica, le pregunté quién era, sin saludar ni contestar la pregunta. Y adivinen qué:

**ME SIENTO MAL. TENGO MIEDO DE FALTAR Y QUE GISELA**

## CANTE. ¿VOY IGUAL?

Como soy una maricona modosita, le dije todo lo correcto:

### FIJATE SI TE SENTÍS BIEN, MIRÁ SI TENÉS UNA RECAÍDA

Pero pensaba « venívenívenívenívenívení » . Me imaginé la oficina sin nadie para mirar y me deprimí. Iba a tener que soportar a todos esos tontos comiendo medialunas berretas, olfateando milanesas rancias y charlando a los gritos sobre « Gran Hermano» , y quise faltar yo también. Pero tomé coraje y le escribí:

### BUENO, VENÍ IGUAL

Y acá estoy, esperando.

## 5 de diciembre

Ayer mi madre me llama muy emocionada y me dice lo siguiente: « Lulú, ¿viste ese muchacho que salió en la tele? ¡Pesaba cuatrocientos kilos! Y se hizo un bypass gástrico y ahora está estupendo. Bajó como doscientos kilos y ya puede caminar (*keyword*: doscientos). ¿Por qué no averiguás si el método es muy invasivo y cómo es el posoperatorio?» .

Y no le pude contestar. Me quedé dura. Yo sé que todos los lunes intento empezar la dieta y que todos los miércoles la termino abrazada a una caja de *pizza*, pero yo en este momento tengo once kilos de más, no trescientos veinte. Debería haberle cortado el teléfono, pero no me salió. Me quedé ahí, temblando de ira como un perro furioso detrás de un portón de madera.

## 6 de diciembre

Estuve casi media hora buscando la forma de preguntarle a Matías si iba a ir a la fiesta de la empresa. No sé para qué, si nunca me va a dar bola. Pero soy curiosa. Y masoquista, por supuesto.

Al principio me daba miedo que me preguntara por qué quería saber si iba, o que me dijera que iba a ir con su novia. Pero después pasó algo y el miedo se fue. Ahora tengo vergüenza. Contundente y exagerada vergüenza de quien se sabe enamorada en secreto.

Hace un rato, Matías vino hasta mi escritorio para hablar, pero cuando llegó no pudo decir nada. Se quedó mirando mi taza de café sin saber qué decir. Mi

taza no es una taza. Es un cuenco monstruosamente inmenso de tres cuartos litros, que aloja adentro un ecosistema y debe ser edulcorado con manguera. Es cómodo para un adicto al café y nunca me sentí intimidada por su volumen colosal. Hasta ese momento, en el que por primera vez me di cuenta de que era una cerda.

—¡Genial! ¡Ahora sabés que tomo café con leche en balde como una chancha!

—Sí, qué onda... es un poco grande eso, ¿no? ¿Qué tiene, como un litro?

—No sé. ¿Diez galones?

—Che, te iba a preguntar... Viste que... —arranqué, hasta que me interrumpió una voz conocida.

—Mate tenés que tomar...

Marcelo Ugly se acercó con su termo y se instaló en la conversación.

—Yo no tomo mate... —dijo Matías— porque es feo, pero además porque me parece un quilombo al pedo cebarlo cuarenta veces y pasarlo.

—¿Cómo? —Marcelo no entendía.

Yo suspiraba y le pedía al cielo que se fuera: Andate andate andate andate andate. ¡Llevate ya mismo ese cascajo lleno de yerba de mi escritorio! ¡Volá! ¡Desaparecé! ¡Estoy hablando con otra persona! ¡Metiche! ¡Esto no es uno de tus fogones! ¡No queremos tocar la guitarra ni contar historias! ¡Evaporate!

—Nooooooooooooo, es rico el mate, che.

—No, Marcelo, es un asco. Es un juntadero de microbios —le dije tratando de terminar la conversación.

—¡No! —volvió a decir Marcelo, acomodándose—. Mirá, te cuento algo...

¡Hijo de una gran puta no te acomodes! ¡Son las cinco de la tarde y no le voy a poder preguntar nada por tu culpa! ¡Qué carajo me importan las propiedades curativas del mate! ¡Me querés cagar la vida, eso querés! Me querés dejar soltera porque no quise ir con vos a hilar polainas a Tilcara... Aaaaaaay... Andate ya mismo de mi escritorio.

—Entonces los gauchos, cuando era tarde...

Callate. Callate. Callate. No me interesan tus historias de campo, gallinas mugrientas y mate al amanecer. No me interesa nada que no esté asfaltado o venga en tetra brik. Andá comer asado con cuero y dejame vivir.

—Ya entendimos, Marcelo. Pero en esta mesa tomamos café, así que si querés traete tu cafecito, pero dejá de hablar del mate como si fueras una promotora de tiempos compartidos.

—Bueno.

—¿Bueno qué?

—El cafecito. Ya vengo.

¡No! ¡Pesado de mierda! ¡Era un chiste! ¡Dejame vivir!

## 7 de diicebmre

[illegible]

sentíamos en la mesa con marcelo, nina y ora chica, matias. marcelo hablo toda a noche de cosas queria que se calle ysefuera parasempre total. gisela buchen fue fucsia brillante jajajajajkakakaj y parecia pasion tropical bailando no canto ningun tema della, odoi la cumbia ojala se muera ya mismo. se tiro encima de matias para baliar, pero el no baila y ella le decia ay dale un tema amargo y matias haicia que noon la cabeza que niquierabailar nienpedo jajajajajjapobre...no~~?

un moemto cuando yisela se puo mas mas pesada nos roabmos un vino y fuimos afuera al patio chiquito por esos estabamos boarchos pero hice ua cosa malisima; me comi el postre de matais tambien. los dos. mio y el suyo, el se reia pero fue myy grave porque me comi llos dos que eran un eladocon tortas. y boarr'c ha me parecio bien comermen dos postres. ahora va a pensar que soy un godra morbida fuera de control. le pusinos pelusa del postre a marcelo y se comio igual.

ay y dijo en unmoemnto: no sabia yo que tenias pelo tan largo proque sienmpre lo tenes atado cin un lapis y me toco el pelo un poco ¿eso es raaaaaaaaro, o no? no tocasel pelo de cualquier no? fue asi como un momentoe rariisimo con silencio raro, no se, raro. no? no se en realidad. despues vino mi jefay no se mas.

primero me baje en micasa y quise saludar a matias y le di un cabazazo sinquerer como cuadno haces mejila con mejila y no das ekbeso en el aire y me iba a bajar chauchau y me dijo noooo dame un beso bien esono es un besoo. y le di. en el chacheche eh pero es raro /nooooooooooooooooooooooooooooo""ehj?

cauuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu  
cauuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu  
cauuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu  
uuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu ol  
holamati

**8 de diciembre**

Hoy a la mañana, después de la fiesta me despertó el celular. Tenía un mensaje de texto nuevo:

## ¿A VOS TAMBIÉN TE DA VUELTAS EL TECHO?

Y a los dos minutos otro más:

ME SIENTO MUY MAL. NO ME ACUERDO DE NADA

Y ahí fue cuando le mentí, un poco graciosa, un poco enojada:

NI IDEA. YO NO FUI A LA FIESTA. ¿LA PASARON BIEN?

Y entendió.

QUÉ GRACIOSA

Y en parte es cierto. Porque yo las cosas me las acuerdo así:

**Hace 10 horas.** Me desplomo sobre la cama, vestida, maquillada y con zapatos.

**Hace 10 horas y 30 minutos.** Estacionamos en la puerta de casa. El taxista se da vuelta. Aparte de los bigotes de las orejas, tiene pelos en la nariz. Parece una medusa. Lloramos de risa. Nos quedamos unos segundos larguísimos en silencio. Le digo que me voy. Asiente con la cabeza. Le doy un beso mal dado, en el aire, y le pego con el hueso de mi mejilla. Me dice que eso no es un beso. Que le dé un beso bien. Me río. Se ríe. Le doy un beso en la mejilla. Se ríe de nuevo. Me bajo.

**Hace 10 horas y 40 minutos.** El taxista tiene unos pelos enormes en las orejas, como bigotes de gato. No podemos parar de reír. « Te pago veinte pesos si le arrancás un pelo de un tirón », me dice Matías. « Si me das cien, lo hago. » « No lo hacés. » « Sí lo hago. » « No. » « Sí. » Matías saca cien pesos y me los da. Extiendo la mano hasta la oreja del taxista, convencidísima, pero me ataja, asustado, cuando estoy a punto de agarrarle un pelo.

—¡Estás loca! ¡Lo ibas a hacer!

—¡Son cien pesos! ¿Vos sabés lo que gano yo?

**Hace 11 horas.** Me despierto dormida sobre el saco de Matías. Le digo que espero no ganarme la rifa porque no puedo subir la escalera del escenario. Me avisa que la rifa pasó hace dos horas. Llamamos un taxi.

**Hace 14 horas.** Matías juega haciendo bollitos con la etiqueta de las botellas.



Yo giro la botella en el piso y la miro, perdida. Matías me pregunta si quiero que llamemos a Marcelo y a Gisela y juguemos a la botellita. No me causa gracia.

**Hace 17 horas.** Borrachísima, revelo que una vez me comí una caja de chocolates y terminé en el hospital. Sigo con la vez que lloré porque se me derretieron unos bombones en el baúl del auto (lo conté muy angustiada).

**Hace 17 horas y 30 minutos.** Matías me dice que tengo el pelo largo, que no parece porque siempre lo tengo atado con un lápiz. Me marca por dónde me llega el pelo tocándome la mitad de la espalda.

—¿Por qué te lo atás? Es más lindo así —me dice.

**Hace 18 horas.** Matías vuelve con otra botella de vino. Nos quedamos callados un rato largo. No le preguntes «¿en qué pensás?» . No le preguntes «¿en qué pensás?» . No le preguntes «¿en qué pensás?» . ¡Ouch!

**Hace 19 horas.** Absolutamente borrachos, nos tiramos en el piso a tomar y a hacernos preguntas tontas. Nos quedamos sin vino.

**Hace 20 horas.** Huimos a un patio al lado de los baños a tomar vino a escondidas. Los dos estamos bastante entonados. Yo estoy peor. Él argumenta que viene de otra cena y que tomó cerveza. Me pongo celosa, me lo imagino cenando con una novia y la odio. Le pongo la cara de Cameron Díaz (siempre uso a Cameron Díaz para ilustrar chicas que odio sin conocer).

**Hace 20 horas y 5 minutos.** Matías se roba dos botellas de vino de la cocina.

**Hace 20 horas y 10 minutos.** Lloriqueo porque tengo sed. Matías se ofrece a conseguirme Coca-Cola. Me trae Coca-Cola común y le digo que no quiero porque engorda. Cierro la boca como si fuese una compuerta de amianto. Se ríe. Me ofrece vino, porque según él engorda menos.

**Hace 20 horas y 30 minutos.** Matías me pregunta si también quiero el postre de Gisela, que total está bailando y seguro es anoréxica. Le digo que sí. Me como los dos volcanes de chocolate y los dos helados. Delante suyo. Uno atrás de otro. Creo que también chupé el azúcar impalpable del plato (ahora, mientras lo tipeo, me arrepiento tanto tanto).

**Hace 21 horas y 10 minutos.** Gisela se vuelve loca al ver a Matías y empieza a bailar alrededor. Lo agarra de la mano y le pide que bailen «un tema, nada más» . Me hago una apuesta a mí misma: si Matías se levanta y se baila un tema, no es para mí. Pero no se movió del asiento.

**Hace 21 horas y 30 minutos.** Llega Matías. Ya no tengo maquillaje, arrastro todas las consonantes y le revoleé cuarenta papas noisette y un zapato a Marcelo para hacerlo callar.

**Hace 21 horas y 45 minutos.** Matías me manda un mensaje de texto. No encuentra el salón. Lo llamo. Es la primera vez que lo llamo. Tiene linda voz por el teléfono. Me pregunta si por casualidad no estoy medio borracha. Le digo que sí, que si viese a Marcelo haciendo torres de papas noisette con las sobras de la cena, él estaría borracho también. Me dice que no me emborrache sin él, que lo espere. Me muero de amor.

**Hace 22 horas.** Matías no llega. Me tomo media botella de vino por la ansiedad. Diez minutos después y ya estoy patinando consonantes.

**Hace 22 horas y 55 minutos.** Camino hacia Matías y Gisela para interrumpirlos. Pero para sorpresa mía, no es Matías. Es Marcelo con su nuevo corte de pelo. Además, está vestido con un *jean*, una camisa blanca y un saco marrón lindo. Debe haber ido a esos programas de televisión en los que te cambian el look, si no, no me explico qué pasó.

**Hace 23 horas.** Veo a Matías a lo lejos, charlando con Gisela. ¿Qué hace hablando con ella? ¿De qué pueden hablar? ¿Que hable con Marcelo!

## **9 de diciembre | Las cenas de parejas**

Ayer fui al cumpleaños de Marisa, una amiga de mi hermana que está embarazada de siete meses, y me pasó lo peor que le puede pasar a una mujer soltera durante una cena. Sólo había parejas. No hay nada que odie más que las cenas de parejas. O sí. Las cenas de parejas con una soltera. Particularmente cuando esa soltera soy yo.

No importa lo amena que sea la gente o lo emocionante de la ocasión, siempre hay una incomodidad en el aire, una compasión disuelta en elogios absurdos, que me hace sentir fuera de lugar.

¿Tan difícil es invitar un par más de solteros para matizar las conversaciones? ¿No se dan cuenta, los casados, que a nosotras no nos interesa hacer chistes acerca de hombres que no limpian o debatir sobre lo difícil que es conseguir una mucama de confianza? ¡Inviten solteros! ¡Prometo no hablarles! Sólo quiero que estén ahí, como una minoría tolerada por el resto, ocupando el quince por ciento de las sillas del living. ¿Es mucho pedir que lo consideren? ¿O será que les gusta hacernos sentir fuera de lugar?

A las mujeres, presumo, les debe servir para desahogar la bronca de una

rutina levemente esclavizante. Hablan de sus problemas durante horas seguidas (toallas en el piso, suegra jodida, demasiado fútbol el fin de semana), pero después notan que yo ni siquiera tengo con quién pelearme por las toallas y se sienten mejor consigo mismas.

A ellos, por su parte, también les sirve que haya una soltera inofensiva. Porque cada vez que ven una veinteañera gatuna y desprejuiciada, los hombres casados piensan en todo lo que se están perdiendo. Pero cuando me ven a mí, que soy más parecida a sus esposas que a una vedette, se dan cuenta de que no se están perdiendo nada y se quedan tranquilos.

La única que la pasa mal soy yo. Ellos ni siquiera se plantean cómo me hacen sentir a mí esas cenas. Cómo me aburren. Cómo que me indigna que ellas me miren como si tuviese cáncer terminal. Cómo me extraña que hablen de sí mismas como si hubieran nacido casadas. Cómo me exaspera que me traten como si yo fuese de una casta inferior.

Anoche, por ejemplo, hubo varios momentos en los que quise llorar o sacar una escopeta. La primera vez fue en el medio de una conversación sobre el supermercado. Marisa aclaró que iba a una verdulería más lejos, porque las mismas berenjenas que compraba a nueve pesos en el supermercado, ahí estaban cuatro. Y yo dije que yo llegaba tan cansada de trabajar que las terminaba pagando nueve por falta de tiempo. Pero ella no pudo con su genio:

—Claro, en tu caso no tiene sentido. Para vos solita es una berenjenita, un tomatito... ¿Qué vas a ahorrar? ¡Nada! Pero cuando tenés una familia, y más con lo que come Juan, no te queda opción.

Y desde ese momento no pude contenerme más.

—No, no te creas, yo como mucha verdura, pero cuando llego de trabajar estoy aniquilada. Mi trabajo te desgasta mentalmente y al final del día te juro que no podés pensar si las berenjenas cuestan tres pesos más. Además está la cuestión del tiempo. Pensá que vos tenés todo el día para ir y venir con los tomates, porque llevás a tu nena al jardín y nada más, pero yo no puedo.

Ella no se quedó quieta. Media hora después recibí un mensaje de Marcelo en el celular, diciendo que tenía que hablar conmigo. Y Marisa, que es una chismosa serial, una celestina venenosa y barrial, una viborita encubierta, me empezó a preguntar, burlona, quién era Marcelo.

—¿Aaaaay, con quién hablaaaaaaa? ¿Es alguien que yo conozca? ¿Es un novio? ¡Era hora! ¡Era hora!

Recé mucho para que la silla se le diera vuelta y quedara panza arriba, inmovilizada como una tortuga indefensa, pero no pasó y me tuve que conformar con decirle que la terminara, que estaba haciendo un papelón.

Otro gran momento fue cuando me preguntaron por el casamiento de mi hermana. No entendía qué era lo que podía interesarles de una fiesta a la que nadie iba a asistir. Pero rápidamente entendí. La fiesta de mi hermana era la

ocasión para hablar de sus antiguos festejos. Un momento único para rememorar semejante gastadero de dinero absurdo. Una ocasión para desempolvar ese sacón de cincuenta mil pesos que se pusieron una sola noche y colgaron del placard.

Así que cada una empezó a contar cómo había sido su fiesta de bodas como si fuese la entrega de los premios Oscar. Contaron si fueron en auto, mateo o limusina. Si el vestido era « campestre » o « de princesa ». Si se gastaron todo en bebidas, en flores o en la luna de miel. Cuál había sido su filosofía casamenteril: ¿la fiesta es un poco de todos o hago lo que quiero porque es mi fiesta? Y otras grandes incógnitas sobre los casamientos que deberían recopilar en un libro llamado « Como me gasté cuarenta mil pesos en saladitos para primos que no soporto y todavía no conozco Europa ».

Yo, por mi parte, dije que jamás me iba a gastar dos viajes a Europa en canapés para mi abuela. Y una me tocó el hombro, sonriendo compasiva, y me dijo:

—Eso decís ahora, vas a ver cuando te toque.

El final de la noche es siempre idéntico y me devuelve a mi casa hecha un trapo de piso. Yo me quiero tomar un taxi y alguna pareja insiste en llevarme. ¡Si nos queda de paso! ¡Para qué vas a gastar en un taxi! ¡Si no nos cuesta nada! ¡Con el frío que hace! Lo que ignoran es que ir sola en el asiento de atrás, mientras ellos van sentados adelante como una pareja, poniendo los cd que grabaron juntos, agarrándose la mano, charlando de que el domingo tienen que ir al cumpleaños del padre de ella, te hace sentir de nuevo, más que nunca, la hermana menor que sacaron de paseo por obligación.

## **10 de diciembre**

Hoy fue el cumpleaños de Gisela Buche y le compraron una torta horrible (una de esas que tienen copos de crema plástica y guindas de gelatina), una tarjeta de felicitación y un set de espuma de baño, jabón y sales muy berreta, del que pagué una doceava parte.

Odio los cumpleaños de oficina. No hay experiencia más deprimente. Cuando yo esté a cargo de una redacción no voy a dejar que nadie festeje. ¿Cómo ponerse a trabajar luego de agradecer un regalo impreciso, de comer una porción de torta rancia con gaseosa caliente y de cantar un « Feliz cumpleaños » remolón y desafinado hasta la jaqueca?

Intolerable. Al menos para mí. Así que aproveché ese circo para llevar unas fotos a otro piso, al menos hasta que todos terminaran de arañarse por un pedazo de torta de supermercado.

Cuando volví, en mi escritorio había una sorpresa: alguien había tenido la gentileza de guardarme torta. A mí y a otra persona. Pregunté quién se había

dejado su torta y como nadie la reclamó, la llevé a la heladera, pero Matías me interceptó en el pasillo.

—¿Es tuya? —le pregunté, descolocada.

—No, son las dos para vos. Les dije que a vos te gustaba así, de a dos.

—No es nada gracioso —dije mientras mi cara se inflamaba de ira.

—Sí es.

—Creeme que no.

## **10 de diciembre, más tarde**

Hoy a la tarde, Matías vino hasta mi escritorio para tratar de arreglar las cosas.

—No te enojés, por favor. Vos... sos preciosa para mí. Fue un chiste, pensé que estábamos más allá de estas susceptibilidades femeninas. Pensé que te ibas a matar de risa. A un amigo le hubiese hecho el mismo chiste y ahora él estaría pensando otro para hacerme a mí. ¿Qué puedo hacer para que me perdones? ¿Querés un alfajor de la paz?

—¡Estúpido! ¡Estabas así de cerca de que te perdone!

—¡Perdón! ¡No lo pude evitar! ¡Volvé! ¡Otra oportunidad!

## **12 de diciembre**

Matías y yo no nos dirigimos la palabra desde ayer a la tarde. Me dijo que ya me había pedido perdón y que no pensaba suplicarme toda la vida que lo disculpara. Y como no le contesté nada, usó el caballito de batalla de todos los hombres. Me dijo «histérica».

Aparentemente, la histérica soy yo. Él me pide un beso y después pierde la memoria, y la histérica soy yo. Él dice que soy preciosa y al día siguiente que soy como un amigo, y la histérica soy yo. Él me espera todos los días a la salida del trabajo para tomarse el subte conmigo pero me hace chistes ofensivos, y la histérica, por supuesto, soy yo.

Y eso no es nada. Lo más grave de todo es que estoy tan acostumbrada a la histeria que ni siquiera me di cuenta de lo que pasaba hasta este momento. Pero me cansé. Estoy harta de que Matías entrene su coquetería y se masajee el ego a costa mía.

Decidí rendirme como el comandante cobarde de mi pelotón, con una banderita blanca hecha de trapo, ante el enemigo. Es más, ya llamé al general del otro bando y le dije que me rendía. Que ganaron, que voy a traicionar mis ideales y unirme a su ejército para siempre, porque estoy profundamente cansada de estar del otro lado.

Y eso hice. Llamé.

—Hola, ¿Marisa? ¿Cómo estás? Soy Lucía, la hermana de Irina, nos vimos en la cena el otro día... Sí, exacto. Yo estaba pensando... ¿Viste que me dijiste que tenías un amigo de Juan para presentarme? Sí, eso. Sí. ¿Creés que podríamos...? Ajá. Bueno. Dale. No te entusiasmes tanto. Genial, entonces espero tu llamado. Sí, viernes, sábado. Yo puedo. Estoy soltera. Sí, solterísima. Bueno, tanto como apuro... Sí, treinta. Ok, con apuro, como vos digas.

## 13 de diciembre

Ayer a la tarde, Marcelo vino a mi escritorio con cara de perro mojado otra vez. Ni levanté la vista, porque sabía que quería hablar conmigo pero no tengo ganas de escucharlo. No me interesa nada de lo que tenga para decirme. Por lo que a mí respecta, entre nosotros nunca pasó nada y no hay nada que discutir. Sin embargo, él no piensa lo mismo.

—¿Che, te dijeron que mañana vamos al bar a tomar algo? Todos los solteros vamos a festejar el cumpleaños de Graciela y de otros dos que cumplen este mes. Te avisaba porque capaz...

Pero fui tajante.

—No, no puedo.

—Pero mirá que vamos como a las nueve porque algunos vamos a comer ahí. Nos quedaremos hasta las seis, así que podés ir antes, o después.

—No puedo. Voy a salir.

—Ah... ok

Se alejó de mi escritorio, con paso cansado, pero después de unos minutos volvió, con el ceño fruncido.

—Yo quería hablar con vos, hoy si puede ser... Hay algo que te quiero decir hace unos cuantos días, que quedó pendiente.

—No puedo.

—Bueno, el lunes quizás.

—No creo.

## 15 de diciembre | El loquito del celular

Ayer tuve la segunda peor cita del mundo. La primera sería, por supuesto, la que tuvo lugar en el campamento con Marcelo Ugly. Podría jurar que en la de Eduardo y el doble la pasé mejor, pero no estoy segura.

Willy, el amigo de Marisa, me tocó timbre a las diez y veinte de la noche. O sea, media hora tarde. Como yo soy impuntual, que se demore no me interesa demasiado. Sin embargo, hubo otra cosa que sí me sacó de las casillas. Apenas

llegó a casa, tocó timbre, esperó dos o tres minutos y empezó a cagarme a bocinazos, impaciente como un adolescente. Algunos eran tan largos y punzantes que por momentos pensé que se le había trabado la bocina. Pero la bocina estaba bien, lo que tenía trabado era el cerebro.

A pesar de todo, cuando me subí al auto vi a un hombre normal. No era feo, tenía dos ojos, diez dedos y una sola nariz, y a primera vista parecía normal. Pero esa impresión errática y apurada duró poquísimo. Nada, en realidad. Apenas nos sentamos a cenar, arrancó con un monólogo insoportable sobre su amigo «fachero fachero que se levanta todas las minas» y sobre el amor de su vida: su celular.

Evidentemente, Willy pertenece a esa nueva clase de hombres que apareció justo después del corralito, que viven hechizados por los avances estridentes de la telefonía celular. Antes de esa fecha, con el dólar a un peso, estos imbéciles se entretenían tuneando el auto. Estaban todo el día hablando de su catramina como si fuese una limusina y comparándose con otros hombres para ver quién tenía el estéreo más caro o el aire acondicionado más potente. Pero desde que con diez mil pesos ya nadie se compra un cochecito digno, tuvieron que trasladar su obsesión devaluada de pito corto a la telefonía móvil.

Más allá del gusto personal, todos tienen siempre el aparato más cambalachero y repugnante del universo, y están todo el día tocándolo, probando ringtones, ingresando contactos, seteando alarmas, sacando fotos y haciendo ajustes de volumen innecesarios. Y Willy no es la excepción. A grandes rasgos, tiene todos los síntomas de los loquitos del celular, aunque de vez en cuando matiza hablando de su auto.

No bien nos sentamos, Willy empezó con que su celular «tenía de todo». «Tírame una función cualquiera», repetía como si estuviese programado, y a pesar de que le supliqué varias veces que obviáramos la demostración, insistió tanto que dije «agenda».

Me miró entusiasmadísimo y con cara de vendedor en colectivos repitió: «¿Agenda? ¡Por supuesto!» . Y empezó a mostrarme una cantidad increíble de inutilidades que hacía el artefacto ese. Una por una, como si me lo quisiera vender.

—¿Alarma? Por supuesto. ¿Diccionario? Por supuesto. ¿E-mail? ¡Claro! ¿Browser? Tírame una página, tírame una página. ¿Yahoo? ¿Querés que ponga Yahoo? No, si hace todo. Es una computadora. Igual. Igualita. Tiene de todo. Es el mejor en el mercado. Cuesta dos lucas, pero te digo que es una computadora.

Cuando me dejó en casa, con la cabeza zumbando, no tuvo mejor idea que pedirme mi número de teléfono para llamarme y arreglar para vernos de nuevo.

—Viste, al final vas a entrar en mi celular. No cualquiera, chiquita, pero todo llega. ¿Te digo? Me caiste bien, creo que la vamos a pasar bárbaro nosotros. Y yo rara vez me equivoco.

Le di mi celular, por supuesto. Y registré el suyo para estar segura de que voy a reconocer su número para no atenderlo nunca. Él, por su parte, agradeció mi gesto. Al parecer, el celular de una persona es lo más íntimo que uno pueda dar. O eso dice Willy.

## **17 de diciembre**

Matías está más enojado que de costumbre conmigo. Ni siquiera me habla y no sé por qué. Traté de mandarle un mensaje pero se desconectó. Fui hasta su escritorio, le pregunté si tenía un par de minutos y volvió a negarse. Y finalmente me lo dijo sin anestesia. «No quiero hablar con vos.»

Lo que no entiendo es por qué. ¿No era yo la enojada?

## **17 de diciembre, más tarde**

Tirito de la bronca como una olla en el fuego. Si me dejo llevar, si me olvido que puedo ir a la cárcel, creo que soy capaz de matar a Marcelo. De disfrutar su asesinato como si fuese una actividad recreativa. Sé que mucha gente lo vería como un acto de justicia, o que al menos me disculparía por el incidente.

Desde el sábado que Matías no me habla. Me ignora deliberadamente. Ni siquiera me sostiene la mirada. Cada vez que nos cruzamos baja la cabeza y sigue de largo. Así, de repente.

Traté de escribirle pero no me respondió. Fui a su escritorio a proponerle una tregua, pero apenas me vio llegar se levantó y se fue. A la salida del trabajo no me esperó para tomar juntos el subte, pero lo encontré en la escalera, bajando huido y de malhumor. Y me dio tanta bronca que me esquivara de manera tan torpe que no tuve mejor idea que gritarle histérico desde mi intempestivo escalón. Y al parecer, mi grito le cayó muy mal, porque me vomitó los motivos de su indiferencia como un volcán que expulsa lava antes de una erupción.

Escuchar todo eso fue una sorpresa. No lo había visto venir, no me lo imaginé. Yo pensé que era histeria, o estupidez, a lo sumo apatía. Pero nunca me imaginé algo así. Creo que nunca me había pasado algo parecido.

Lo primero que Matías me dijo fue «mentirosa». Y agregó que si él se hubiese enterado antes de cómo era yo, jamás en la vida me hubiese llamado. Que él ya tuvo relaciones complicadas, dolorosas, retorcidas, y que a esta edad no quiere saber más nada. Que él tiene treinta y dos años, y que las locas como yo le dejaron de gustar a los veintinueve. Que pensó que esto era diferente, para mí y para él. Y que se siente un estúpido. Que le hice perder el tiempo, quedar como un idiota delante mío y de los demás. Que él buscaba algo normal, tranquilo y lindo. Que no quiere saber nada más conmigo. Ni siquiera hablar.



Les juro que hasta ese momento no entendía nada. Quise ser cautelosa, pero estaba tan descolocada que quizá fui algo bruta. En vez de preguntarle qué le pasaba o ponerme a llorar, le pregunté si estaba drogado. Y se puso más loco todavía.

—Y encima con Marcelo... Porque eso no lo entiendo. ¿Cómo podés salir con Marcelo?

Me quedé estupefacta y mareada, como si me hubiesen encandilado con una linterna.

—Porque vos te reís de Marcelo, te burlás de las cosas que hace... O sea, hablabas mal de él y después pasaban un fin de semana juntos... ¿Dormís con él el domingo y el lunes me histeriqueás a mí? ¿Qué problema tenés?

—¿Qué?

—No me interesan las relaciones de a tres, ni de a cuatro, y no me interesan las locas como vos. Casate con el idiota ese y listo.

Traté de explicarle que no era la novia de Marcelo, trastabillando por la sorpresa y la indignación. Se me caían las lágrimas de bronca. Pero todos mis balbuceos fueron en vano. Me preguntó algunas cosas en las que no podía mentir: si había salido con Marcelo, si habíamos pasado un fin de semana juntos y por qué.

Me tuve que quedar callada. No pude explicarle ninguna de las tres, porque las dos primeras me avergüenzan profundamente, pero también porque la tercera es la peor de todas. Se pueden superar la palabra «infidelidad» y la palabra «mentira», pero «apuesta» no tiene retorno. «Apuesta» es la peor de las afrentas.

## **17 de diciembre, más tarde todavía**

Estuve como veinte horas esperando el momento oportuno para agarrar a Marcelo de la solapa, pero quería que Matías no me viera, así que tuve que esperar hasta el mediodía.

Mi plan era simple. Lo iba a empujar por la ventana e iba a quedarme comiendo pochoclo mientras miraba cómo lo pisaba un auto. Pero bueno, no pudo ser. En el momento de hacerlo pensé en la dureza de la rutina carcelaria y me arrepentí.

Lo primero que le dije a Marcelo Ugly fue que nosotros dos no fuimos ni somos nada. Ni siquiera amigos. Que no tuvimos ningún tipo de relación, que salimos dos veces y que fue un error. Un error enorme y sin sentido. Y después me quedé callada para ver qué decía (porque si contestaba que yo tenía razón era un hijo de puta, pero si decía que éramos marido y mujer realmente estaba loco).

—Mirá, ése es tu punto de vista, y o no pienso lo mismo. Yo creo que algo hay,

pero no puedo convencerte de nada...

Le expliqué que era un hecho real y concreto y no estaba sujeto a opiniones. Que yo podía decir que era la reina de España, la hija de Perón o Michael Jackson, pero que a pesar de mi autodeterminación yo seguía siendo Lucía. Pero no se enojó. Se empezó a reír y me dijo que Matías no era para mí, y que a la larga yo lo iba a entender a la fuerza.

Me dio tanta bronca que me empezaron a temblar los labios y los ojos se me llenaron de lágrimas. Le dije cosas feas. Que jamás me iba a gustar, que no saldría con él aun si fuese el último hombre del mundo. Que estaba harta de sus intentos, de sus advertencias, de sus conversaciones pendientes. Que no quería hablar con él y que le exigía bajo amenaza de muerte que fuera a decirle a Matías que nosotros no teníamos nada que ver. Pero me dijo que no.

—Yo no le dije nada. Apenas si hablamos. Si se enteró, no fue por mí —me aclaró, relajado.

—¿Ah, no? ¿Y quién le dijo?

—Es una buena pregunta que debería hacerle a él.

## 18 de diciembre

Al final, mi madre y mi hermana decidieron prescindir de la wedding planner y organizar la boda ellas mismas (*keyword*: mi madre y mi hermana, no yo). Y a pesar de que yo jamás acordé ayudarlas, me suelen invitar a sus reuniones para hablar de saladitos y ramos de novia. Yo trato de ir lo menos posible, pero la verdad es que no puedo desaparecer todos los fines de semana. Si faltó a tres reuniones seguidas, mi hermana se pone a llorar y dice que no la quiero, y mi madre me acusa de egoísta.

Sin embargo, lo que más me molesta no es la consabida estupidez y frivolidad que implica organizar una boda, sino las intervenciones de mi mamá. Hoy, sin ir más lejos, escuché lo siguiente:

—A mí me parece que sacarse una foto en cada mesa es una exageración y una antigüedad. Hay miles de álbumes de fotos arruinados por esa costumbre. Porque por cada pariente bien vestido tenés diez feos. No. Saquemos sólo fotos con la familia más cercana y con los que queden bien.

—¿Los que queden bien? Pero mamá, no es un casting de modelos —dije.

—Es el único recuerdo que va a tener tu hermana de su fiesta de casamiento y nadie con dientes de oro, dedos de pezuña o chancletas de gordo se la va a arruinar.

Todavía no me repongo.

## 19 de diciembre

Hoy, mientras almorzaba una ensalada en el comedor de la oficina, leía una revista estúpida y pensaba en que a la salida tenía que pasar por el supermercado, Marcelo se sentó a comer al lado mío como si nunca me hubiera peleado con él.

Subí la vista, lo miré con desprecio, arrastré mi bandeja a la otra esquina y me moví sigilosamente, tratando de que nadie nos viera. Pero Marcelo no aceptó el desprecio y arrastró su paquete hasta donde estaba yo nuevamente.

Sentí tanta impotencia que agarré mis cosas y me cambié de mesa. Pero antes de que pudiera acomodarme, lo vi levantarse para venir a mi lugar. No tuve más opción que agarrar mi ensalada, dispararla violentamente al tacho de basura e irme de la cocina dando un portazo. Fue tanto el movimiento que la gente empezó a levantar la vista. En realidad, creo que me vio todo el mundo. Incluido Matías, que comía con el fotógrafo en otra mesa.

## **20 de diciembre**

Hoy almorcé en el comedor otra vez, pero para evitar visitas incómodas, esta vez elegí una mesa llena de gente.

A los dos o tres minutos, como si lo hubiera planeado, entró Marcelo. Sin embargo, como vio que no había lugar, se sentó a comer en la mesada de la cocina. Sentí un alivio esperanzador. Hasta me felicité por mi capacidad para prever conflictos. Me sentí adulta y equilibrada. Pero me duró poco, como siempre. Los dos idiotas que estaban al lado mío se levantaron para volver a trabajar y no bien Marcelo los vio, agarró su bolsa y vino corriendo a sentarse al lado mío.

En ese momento el tiempo se hizo más lento. Yo sólo escuchaba los pasos de Marcelo y el crujido de su bolsa de cartón. Estaba en una encrucijada. Si me levantaba y dejaba atrás mi ensalada intacta, me iba a morir de hambre y a la tarde iba a caer en brazos de un alfajor seductor. Pero si me quedaba sentada y concentrada en mi comida, Marcelo se iba a sentar al lado mío, pegando su muslo contra mi muslo, su codo contra mi codo, su aire contra mi aire.

Nunca llegué a tomar la decisión. Debo haber tenido una cara realmente penosa, porque dos pasos antes de que Marcelo aterrizara en mi mesa, Matías se levantó y ocupó el lugar tan temido. Y no sólo eso. Miró a Marcelo con expresión catatónica, le dijo que el lugar estaba ocupado y señaló otra mesa con el mentón.

Aunque no me habló durante todo el almuerzo, sentarse conmigo fue una buena señal. O bien se dio cuenta, por mi cara, que odio a Marcelo. O me creyó la vez número mil que dije que no habíamos tenido nada que ver. O simplemente sintió pena. Como sea, estuvo bien.

## 21 de diciembre

Son las tres y media y acabo de llegar a casa. Vine temprano por una razón de lo más sencilla: me suspendieron. Mi jefa me agarró de los hombros, y falsificando un abrazo maternal, me dijo que yo no estaba bien y me mandó a casa por un par de días. Y creo que tenía razón. Yo bien no estoy.

Pero la historia no empezó en ese momento, sino mucho más temprano.

A causa del paro de transportes, había colas de una cuadra para todos los colectivos. La gente se agolpaba en las esquinas como si estuvieran en un recital. Los taxis también estaban ocupados. Debo haber tardado noventa minutos en conseguir uno, y encima el chofer estaba de peor humor que yo. Noventa. Hubiera tardado menos en ir caminando o en patineta.

Previsiblemente, el calor y la demora me destrozaron el temperamento, y cuando llegué a la oficina no era más que un cuerpo sudado y nervioso dispuesto a matar al primer imprudente que se interpusiera entre él y el enojo.

Lo primero que me llamó la atención fue que Marcelo no tenía su ropa puesta. No estaba desnudo, por supuesto, pero estaba vestido de otra persona. Su remera era moderna, no decía «Machu Picchu» ni «Poder coya»; tenía una estampa abstracta parecida a la Vía Láctea bastante linda. En realidad, si lo pienso bien, estaba vestido de Matías.

No sé si yo lo miré demasiado o si el calor lo había afectado a él también, pero quince minutos después vino a mi escritorio para decirme, por enésima vez, que teníamos que hablar. Le dije que no quería hablar con él, pero se puso insistente y dijo que era importante porque estaban involucrados Matías y él. Tanto insistió que me empecé a poner nerviosa. La gente nos miraba y empecé a insultarlo entre dientes. Pero él no se amedrentó. Al contrario. Se instaló, como una estatua de bronce, al lado de mi escritorio.

Esta situación, el calor y el malhumor nos empujó directamente al contacto físico. Yo lo empujaba delicadamente y él se empacaba en el mismo lugar. Yo trataba de correrlo y él de no ser corrido, y así nos peleamos hasta que me dio un ultimátum y mi paciencia estalló como un plato contra la pared.

—No me muevo de acá hasta que hablemos —me dijo Marcelo, mientras se sentaba en mi silla.

Normalmente yo me hubiese puesto a llorar de la impotencia. Su ultimátum era una declaración de violencia y de superioridad física. Era un acto machista. Al sentarse, sólo me dejaba dos opciones, moverlo o hablar con él, sabiendo que yo no podía moverlo de ninguna manera.

Ese abuso implícito me volvió loca de inmediato (no por él, sino porque desprecio a todos los hombres que se imponen por la fuerza) y me obligó a levantar la voz. Le grité que era insoportable, que no teníamos nada que ver, que no tenía nada en la cabeza. Y después le tiré medio café con leche en la remera. Y no media taza cualquiera, sino *mi* taza, la que aloja tres galones de café

adentro.

Marcelo se paró, separando la remera caliente de su cuerpo, aterrado, mientras mi jefa me llamaba, estupefacta, desde la puerta de su oficina. Pensé que me iba a despedir, pero sólo me suspendió. Le dije que Marcelo se había puesto demasiado insistente conmigo y que perdí el control, y me dijo que hasta el jueves no vuelva.

## **21 de diciembre, a la noche**

Marcelo me mandó un *mail*. No sé si lo escribió él por propia voluntad o lo obligó mi jefa. La verdad es que no me interesa. Básicamente me pide perdón y me dice que no me va a volver a hablar, pero que siempre me acuerde de que yo le pedí que no lo hiciera.

## **22 de diciembre | Me piden ser madrina (¡!¿?)**

Anoche fui (engañada) a un cumpleaños. Y digo engañada porque creí que iba a una reunión de adultos y me encontré con que era el baby shower de Marisa.

Estaban los personajes de siempre: mi hermana y su futuro esposo, Marisa con Juan, algunas parejas anónimas y un par de amigos solteros que incluían a Willy, el loquito del celular. Por suerte para mí, toda la reunión giró en torno al bebé y eso me evitó estar cerca de los hombres, que conversaban acerca de negocios imaginarios y mujeres hermosas en otro lugar de la casa.

En el rincón de las mujeres, en cambio, el diálogo giraba exclusivamente alrededor del futuro retoño. No sé si era el calor o el vino, pero ninguna madre parecía poder guardarse sus consejos. Le criticaron a Marisa la elección del obstetra y de la clínica, su aversión por los calmantes, e incluso el nombre del bebé. Con una sonrisa de lo más amable le dijeron que «Violeta» era como ponerle «Marrón claro», que «Aurora» era nombre de vieja senil y que si no conseguía un jardín de infantes antes de parir, su hijo iba a ser analfabeto.

Mientras tanto, yo me entretenía mirando las puertas y pensando cómo hacer para escapar temprano y evitar que la noche terminara conmigo en el palco de las solteras (el asiento trasero del auto de una pareja). Pero mientras nadaba en mi propio limbo, me sorprendió un beso ruidoso en el cachete. Y otro. Y otro. Y otro más. Palmaditas y besos se agolpaban alrededor de mi cuerpo sin explicación aparente.

Las mujeres eran tan efusivas que me costó entender qué pasaba entre tanto murmullo. Los hombres, en cambio, seguían echados en el sillón, con las panzas exultantes de pechuga rellena y vino tinto, sonriendo de costado, hablando de

secretarias en minifalda y emprendimientos mediocres sobre franquicias extranjeras.

Recién cuando el entusiasmo bajó a un nivel aceptable, supe que Laurita había dicho que quería que Willy, el loquito del celular, y yo fuésemos padrinos de su hija. De más está decir que me fue imposible rechazar la oferta. Ya me habían felicitado y no podía devolver los besos.

No hay nada peor para una treintañera célibe que ser tía o madrina. El título de «madrina» refuerza el grado de soltería. Cada vez que me invocan con ese nombre, me veo más sola, más gorda, más vieja y más soltera frente al espejo de la vida.

## **23 de diciembre | No voy a ser madrina**

Hoy cuando volví de la casa de mi mamá, tenía tres mensajes de Willy preguntando por el regalo, la ceremonia y otros menesteres típicos de padrinos entusiasmados. Me sentí tan agobiada por la situación, que decidí no prolongar la confusión por más tiempo y llamé a Marisa para explicarle que si bien me sentía halagada por su propuesta, ella se estaba equivocando: tenía que elegir a alguien más cercano, a una amiga de toda la vida, que además no fuese tan radicalmente atea como yo.

Pensé que se iba a ofender, pero no hizo ninguna escenita. Me dijo que estaba bien y me dio una explicación rarísima e hiriente, como todos sus comentarios.

—¿Sabés lo que pasa? Cuando una es mamá ya no puede pensar en lo que quiere una... No sé como explicarte, pero es como que tu hijo está primero, tenés que pensar en lo mejor para él. Y mis amigas están casadas, y la gente casada tiene sus hijos y sus problemas. Mi mejor amiga es la hermana de Juan, pero ahora tiene tres chicos, entonces yo aprendí que siempre hay que elegir a una amiga soltera, porque tiene tiempo para ese chico, que va a cuidar como suyo porque no tiene otro. ¿Entendés? Y encima si vos empezás a salir con Willy, al ser los dos padrinos es más difícil que se borren. A mí no me importaría que se casen, está todo bien, porque sé que van a estar...

## **24 de diciembre | Navidad en la oficina**

Después de San Valentín, la Navidad es el día más deprimente del año. En realidad, cualquier fecha que incluya velas doradas o gente disfrazada con trajes de colores es deprimente. Las oficinas, lejos de ser un refugio, toman lo peor de la ciudad. En vez de imitar el feriado, el champagne y los turrone, se empeñan en copiar los rituales más torpes y redundantes: las lucecitas intermitentes, los adornos de plástico coreano y el juego del amigo invisible.

Como si fuera poco, los jefes nos someten a ese ritual de brindis con sidra barata y pan dulce sin fruta que todos olvidan encima de computadoras y mesas ajenas. No entiendo qué buscan. ¿Que nos sintamos en un ambiente familiar? ¿Que sociabilicemos? ¿Que nos creamos que son sensibles? ¡Si es tan obvio que todos odiamos a todos! ¡No hay oficina sin chismes y camarillas! Pero ¿qué se puede esperar de gente que te hace trabajar medio día el 24 de diciembre sabiendo que no vas a hacer absolutamente nada?

Lo importante es que con el pretexto burlón de que yo siempre como dos postres, Matías me trajo el suyo. ¿Cómo tengo que interpretar eso? ¿Amor? ¿Amistad? ¿Caridad? ¿Reconciliación? ¿Pena?

## 25 de diciembre

Mi Nochebuena fue, como todos los años, una pesadilla.

**21:30.** Llegué a lo de mi mamá. Había unas quince personas, más o menos. Mucha comida, mucha sonrisa falsa, mucha cortesía exagerada.

—¿Tomás vino, querida?

—No, mamá. Estoy a dieta.

—¿En Navidad?

—Sí, mamá, en Navidad.

—¿Pero no podés hacer una excepción?

—No, ya hice excepciones toda mi vida, mamá.

—¿Pero una copita que te va a hacer?

—Nadie toma una copita, mamá.

—¿Pero esa dieta funciona, cuánto bajaste, a ver...?

—No sé mamá, no me pesé.

—¿Entonces qué clase de dieta es ésa, que no te deja tomar ni vino y no bajás nada?

**21:45.** Mi madre, como siempre, acaparó la conversación toda la noche:

—Silvia me odia desde que éramos chicas porque yo me casé con tu padre y ella con Ernesto. Después se volvió borracha. Antes no era así. Fue después de que descubrió que su marido era un pobre tipo que jamás iba a tener un peso...

**23:00.** Para esa hora, mi madre ya estaba borracha y junto con mi abuela (que está senil) empezaron a contar un montón de cosas privadas. Casi todas arrancaban con la frase «tu padre» y tenían un alto contenido erótico. Con mi hermana, aterradas, pusimos música para no tener que escuchar sus anécdotas sensuales, pero tanto se esforzaron que algunas confesiones se filtraron entre tema y tema.

**24:00.** Mi abuela me preguntó por qué no tenía novio a las nueve y media, diez menos diez, diez y cuarto, diez y veinte, once, once y diez y a las doce en punto, en el medio del brindis. La última vez fue, sin duda, la mejor:

—No brindé con tu novio, querida.

—No tengo novio, abuela.

—Ah, claro, vos no tenés, es la otra la que tiene.

**0:10.** Mis primos, tíos, madre, hermana, cuñado, abuela, conocidos, amigos recién divorciados de mi madre que no tienen con quién pasar Navidad me ofrecieron turrón, almendras, pan dulce, garrapiñadas, confites, higos y chocolate al menos dos veces cada uno. Y a pesar de que en cada ocasión dije que no, no pararon de estirar su manito pecadora hacia mi plato hasta que por fin mezclaron vino con ensalada de frutas y cayeron desmayados en el sillón.

**0:30.** Abrimos los regalos. Tengo un voucher para hacerme limpieza de cutis y masajes, una cartera, una remera, un collar horrible, unas chatitas espantosas y el libro del nuevo horóscopo chino porque según mi prima « éste es nuestro año » . (Mi prima es soltera. Yo sé que sueno paranoica pero estoy segura de que venía por ese lado.)

**0:45.** Me encuentro un mensaje de Willy, el loquito del celular, en el que me dice « madrina » . Se ve que nadie le avisó que ya no somos familia. Pero no me sorprendió, ya se enterará en el bautismo, cuando otra mujer le sostenga la cabeza al bebé. La sorpresa vino más tarde, cuando todos se calmaron y pude levantar los mensajes. Había dos declaraciones de borrachos equivocados que saludaban a una tal Perla, uno de una prima que quería hablar con mi abuela, dos de mis amigas y uno de Matías.

—Ehm, hola, soy yo (*keywords*: soy yo), quería saber qué hacías... Nada, yo acá... Quería saber qué estabas haciendo. Nada, me aburro... Nada, quería decir feliz navidad o algo... No sé. ¿Llamo de nuevo? ¿Vas a salir? Yo iba a ir a la fiesta de una gente, pero al final era el 31, no hoy. Tiene lógica... ¿No? Bueno, me aburro con mi tía... y mi abuela, ehm... Llamame para desearme felices fiestas o algo. O si saliste nos vemos el miércoles. Chau.

**1:00.** Estuve casi cuarenta minutos rumiando, obsesiva, millones de motivos para no llamarlo. Me autoflagelé pensando que quería hablar conmigo por aburrimiento o porque estaba borracho y no sabía a quién llamar. Llegué a pensar que se había equivocado de número pero que al darse cuenta no tuvo más motivo que grabar un mensaje para disimular su patético error de borrachín.

**1:20.** Recién a la una y veinte de la madrugada, cuando vi a mi prima volcada y deprimida en una banqueta comiendo sobras de vitel thoné, reconocí que tenía



el deber moral de llamarlo. Que si no lo hacía, yo iba a ser la única culpable de mi destino de solterona. Así que junté coraje, me encerré en el escritorio de mi papá y disqué. Al principio, a causa de la timidez y los rastros de la última pelea, la conversación arrancó fría como un auto parado, pero después de un rato, volvimos a la naturalidad de siempre. Hicimos un juego telefónico al que le pusimos de nombre «Ganale a ésta», que era más o menos así: vos decías «Ganale a ésta» y luego contabas una cosa terrible, grotesca o vergonzante que hubiera hecho tu familia. Por ejemplo:

—Ganale a ésta: mi abuela, que tiene ochenta y dos años, golpeó la mesa porque no había más vino y mi tío tuvo que ir a comprar unas botellitas a un kiosco que vendía petardos clandestinos.

Contamos como diez cada uno, pero Matías ganó ampliamente con una sobre la tacañería de su mamá. Al parecer, le regalaron un perfume a su madre y unas sobrinas le pidieron que les pusiera un poquito en el cuello, pero en vez de tirarles dos o tres chorritos para dejarlas contentas, les acercó el perfume e imitó el sonido del pulverizador con la boca «tssssssssssss, tssssssssssssssss» para no desperdiciarlo.

**11:00.** Me desperté recién al otro día, vestida y babeada en el cuarto de servicio, con el sonido de un mensaje de texto de Matías en mi celular:

NO ME OBLIGUES A PASAR EL 25 CON MI FAMILIA.

Y le contesté enseguida.

¿QUÉ TENÉS PARA OFRECER? TIENE QUE SER MEJOR QUE FLOTAR EN PILETA CON PRIMA REGORDETA Y PERRO HISTÉRICO DE MI ABUELA.

CLARO, SI A ELLA NO LA LLEVAN DE CAMPING NO VA.

TE ESTÁS PASANDO...

## **26 de diciembre | Matías perfecto**

El 25 de diciembre es la fecha más rara del mundo para salir con un hombre. Todo tiene olor a mayonesa y la gente está verde de fruta fermentada y hepatalgina, los negocios cierran y la calle desierta pone en evidencia los rincones más viejos y sucios de la ciudad.

Sólo por ese motivo podría decir que salir con Matías no fue gran cosa. Porque era un día horrible para salir. Con él o con cualquiera.

Tomamos té de yuyos digestivos en el único bar que había abierto, uno de

esos boliches de gallegos con mozos antiguos y escaleras con baranda dorada. Nada del otro mundo. Pero al menos fue formalmente una salida. Estuvimos juntos. No en el subte o en el trabajo por obligación. Juntos porque sí. Juntos por estar juntos.

Estuvimos alrededor de cuatro horas recostados en los bancos del bar hablando de cualquier cosa. Parecíamos dos pacientes en divanes enfrentados. Hablamos de lo difícil que fue para él cortar con su ex novia y, ya que estaba, aprovechó para deslizar una suerte de disculpa camuflada argumentando que por algún motivo que desconoce, todas sus relaciones terminaban así, con un intruso que sale de la nada para arruinarlo todo.

—No siempre tiene que ser así —le dije, tratando de venderme bien.

—Siempre es así, no sé por qué —respondió tajante.

También hablamos de mi abuela y de su obsesión con los novios, de mi mamá y su obsesión con los novios, y de mis amigas casadas, que están obsesionadas con poner de novios a los demás. Y mientras tomábamos té de hierbas y yo monologaba acerca de cuánto habían cambiado mis amistades con sus matrimonios y sus hijos, como si nada, como si fuésemos chicos tímidos que se miran en la escuela, Matías me dio la mano, tibia e insegura, por debajo de la mesa.

No puedo precisar muchos detalles. Sólo puedo decir que me preguntó si quería más té, que nos reímos, que le dije que no, que pagamos, que nos fuimos, que nos dimos unos besos en la puerta y que vinimos a mi casa con la excusa de seguir tomando té. Lo demás no tiene palabras. O no las sé poner yo.

Sin embargo, hay una parte de la que sí puedo hablar. A la noche, cuando ya estábamos en casa muy entretenidos, besándonos en mi sillón, mi madre me llamó al celular y me pregunto dónde estaba. Y bastó que le dijera «en casa», para que me tocara el timbre. Como había dejado los regalos en su casa y estaban cerca, se le había ocurrido dejármelos de camino a una cena.

Mi madre debe haber olido algo raro porque, por primera vez, no la dejé pasar al departamento y porque todavía tenía puesta la ropa de la cena del 24. Yo soy famosa por ponerme pijama y pantuflas apenas cruzo la puerta. Y ella lo sabe muy bien porque me vive molestando con ese hábito que ella considera «de gente dejada».

Tantas veces trató de entrar, tanto se rió de mis nervios, tanto estiró el cuello de goma para espiar y tanto dijo que tenía que usar el baño, que finalmente Matías se paró y la saludó con timidez desde atrás de la mesa ratona.

La cara de mi mamá fue algo que jamás voy a olvidar, porque fue la misma que puso Lex Luthor cuando vio que Superman estaba vivo. Una mezcla de terror y de asombro al mismo tiempo.

Me costó mucho remontar la noche luego de la intrusión de mi madre. Las cosas se pusieron incómodas. Previsiblemente, fui el blanco de burlas durante

una hora rara y empinada en la que todos los chistes giraron alrededor de mi madre. Pero por suerte, repito, más tarde remontó.

## **27 de diciembre**

Ayer, Matías y yo dormimos en casa y nos olvidamos de poner el despertador. En consecuencia, llegamos a la oficina de malhumor, todos despeinados, medio sucios y dormidos. Como era de prever, Marcelo se dio cuenta y me miró todo el día con expresión de madre decepcionada. Y aunque sé que tenía la obligación moral de no prestarle atención, no pude evitar hacerle unas sonrisas exageradas de caricatura vengativa.

No entiendo por qué se empeña en reprobar lo que hago, cuando es clarísimo que jamás va a pasar nada entre nosotros. ¿No sería más digno que me ignore? ¿O que se compre una novia en Europa del Este, o una muñeca inflable, y la lleve a las salidas del grupo de solteros de la oficina?

El día terminó con Matías diciendo «te llamo» desde el subte. Odio esa frase. Todas la odiamos. Nunca se sabe cuándo es en serio y cuándo no. No importa la experiencia ni los detalles contextuales, un «te llamo» es siempre el mismo misterio.

Por ejemplo, ahora son las doce y no llamó.

Volví. Es la una. No llamó. ¿Y si no llama más? Me voy a dormir.

**1:30.** Acaba de llamar y viene para casa.

**1:47.** Vino. Acaba de tocar el timbre.

## **28 de diciembre**

Mi madre me llamó varias veces. Me dejó cinco mensajes preguntando quién era el chico que había visto en casa (me encanta que la gente mayor siga dejando mensajes como solía hacerlo en los contestadores viejos, que se escuchaban en un altavoz).

—¿Estás por ahí? Luluuuuuuuuuuuuuuuuuuuu, soy mamá... ¿Quién era ese chico tan mono? A tu mamá le tenés que contar. ¡Atendé!

—¿Estás? Soy mamá, quiero saber, tengo derecho, soy tu madre, me preocupo, llamame.

—Soy yo. Ya sé que escuchaste los mensajes porque antes no tenías más

lugar en la casilla. ¿Es puto? ¿Es eso? Es puto. ¿Siempre son putos? Es que ahora todos son putos; no sos vos, vos no le hiciste nada.

—Bueno. Era yo: mamá. Llamame.

—¿Estás y no querés hablar o no estás y no me escuchaste? Sólo decime eso.

## **29 de diciembre**

Antes de ayer Matías me propuso repetir la experiencia del veinticinco y pasar juntos fin de año. Vamos a ir a una fiesta de una amiga suya, en Pilar. Le dije que sí, exultante. Pero mientras hablábamos, Marcelo me hacía que «no» con la cabeza. ¿Quiere que lo mate? Quiere que lo mate.

## **31 de diciembre | ¡Fin de año!**

Me voy a la fiesta. Me puse un vestido que se me sube un poco, pero que me queda bien. Espero no quedarme desnuda mientras bailo. O no. Total, yo no bailo.

**ENERO**

Faltan 166 días

## 1 de enero

Me acabo de despertar. El sol derrite las ventanas y el edificio está mudo. En el piso de mi cuarto hay ropa tirada, en la mesa de luz descansa una tira de aspirinas saqueada, y en mi cama hay dos piernas, dos pies y dos manos que no son míos. Ni míos ni de Matías, en realidad. Al lado mío hay un cuerpo que ayer no estaba.

La noche del 31, Matías me pasó a buscar temprano, porque la fiesta quedaba lejos, pasando Pilar. Ni siquiera sé en dónde era, porque por momentos sólo se veía la ruta y un campo infinito lleno de nada. Me acuerdo de que cuando llegamos estaba anocheciendo, pero ya había muchísima gente, adentro y afuera. Algunos incluso ya estaban borrachos, nadando vestidos, cargoseando solteras apetecibles, o riéndose a carcajadas con su grupo de amigos.

A pesar de la cantidad de gente, apenas entramos, la dueña de casa nos vino a recibir. Tuvimos una breve conversación y nos presentó a su novio. Matías, en cambio, me presentó como Lucía y no aclaró qué tipo de relación nos unía. Ella, que estaba muy atenta, se dio cuenta enseguida y preguntó (directamente, como si lo supiera) cuánto tiempo hacía que estábamos juntos. Matías se apuró a aclarar que sólo salíamos desde hacía una semana y yo sonreí. Después siguieron hablando, pero yo no pude prestar atención porque me distraje con otra cosa. A lo lejos, entre toda la gente, como una aparición fantasmal, Marcelo paseaba con un trago en la mano. Marcelo. *Mi* Marcelo. Marcelo Ugly.

Me quedé dura durante algunos minutos como si hubiera visto un muerto. En silencio, dudosa, toqué el brazo de Matías y señalé la silueta de Marcelo que circulaba impune entre la concurrencia. Ante mi estupor y posterior reclamo, Matías se mató de risa y dijo que él no sabía que podía estar, pero que no era raro porque cantaba en un coro con la dueña de casa. Puse cara de horror inmediatamente y le reclamé que debería haberme advertido. Muy suelto de cuerpo me dijo que lo había hecho, que me había dicho varias veces que una amiga suya conocía a Marcelo.

Previsiblemente, cuando me quedé sola (Matías se demoró más de veinte minutos buscando tragos), Marcelo vino a hablarme. Me dijo que esperaba que no me molestara que él estuviera ahí, que era muy amigo de la dueña de casa.

Le dije que no, que no me importaba. Que se divierta mucho y que tenga feliz año, y le sonreí. Quizás era cierto. Quizás era muy amigo de la dueña. Quizás eso había querido advertirme todo este tiempo.

A las diez de la noche, Matías y yo estábamos tan borrachos como todo el mundo. Tomamos todo lo que había dando vueltas. Todo. La tentación era irresistible porque había varias barras y en cada una preparaban algo distinto. A medida que la noche avanzaba, las imágenes se volvían más borrosas, más raras, más imprecisas. Como si me hubiera ido quedando dormida de a poquito y hubiera ido perdiendo contacto con la realidad hasta caer en un sueño profundo.

Para colmo de males, tuve la pésima idea de ponerme ese laberintico vestido gris de modal, en capas irregulares, que sólo me quedaba bien cuando estaba parada y quieta. Apenas empezaba a caminar se desarmaba como una casa de naipes y me dejaba en bombacha en el medio de la fiesta. Así que mientras Matías iba a buscar tragos o Coca-Cola para mí, yo me iba corriendo al baño a acomodarme esa pieza de ingeniería textil imposible de llevar con dignidad.

Matías, por su parte, aprovechaba mis huidas al baño para ir a saludar conocidos y charlar con amigos que no veía hacía mucho tiempo. De a ratos era imposible encontrarlo porque había demasiada gente y los celulares o no tenían señal o devolvían los mensajes de texto veinte minutos después. Así que cada vez que se iba, perdía veinte minutos esperándolo, veinte buscándolo de nuevo, y otros veinte tratando de recuperar el buen humor.

Y fue en una de esas tantas veces que lo fui a buscar que lo vi a lo lejos, borroso de caipirinha, discutiendo con la dueña de casa. Él le agarraba el brazo y le gritaba en voz baja, y ella se reía, desparramada. Y no sé bien qué fue: si de verdad existe la intuición femenina o si es experiencia acumulada, pero esa escena me hizo acordar de lo que me había contado sobre su ex novia.

Cuando Matías volvió, no aguanté más de dos minutos antes de preguntarle quién era la dueña de casa en realidad. Y le advertí que no mintiera, que yo misma, con estos dos ojos imprecisos de borracha, lo había visto discutiendo acaloradamente con esa chica.

Así que, un poco por hartazgo, un poco por obligación, me dijo la verdad. Era su ex.

La noticia me cayó como un piano en la cabeza. ¿Qué clase de hombre te lleva a la casa de su ex novia en la cita número cinco? ¿Y qué clase de persona ni siquiera te avisa que estuvo diez años con la persona que está charlando con vos? ¿Seré, paradójicamente, una apuesta? ¿El contraataque de un despechado? ¿Acaso él no había dicho que su ex novia era una persona rara y complicada que había que tener bien lejos? ¿Entonces? ¿Si había que tenerla lejos que hacíamos nosotros ahí?

Un día normal, este pensamiento hubiera crecido en mi cabeza como una enredadera. Pero estábamos tan borrachos que ni siquiera podía seguirle el hilo a

mi ritual de autoflagelación. Ni siquiera me acuerdo qué pensaba en ese momento. Sólo me acuerdo de pequeñas escenas sueltas, sin plasticola.

Me acuerdo de que estuvimos tirados en el pasto, mirando la noche, mudos, durante mucho tiempo. Que él hacía chistes sobre cómo íbamos a volver en ese estado. Decía que íbamos a tener que suplicarle a Marcelo que nos llevara o pedir monedas para tomarnos el colectivo 15 y abandonar el auto en la ruta. Me acuerdo también de que estábamos en un sillón y una chica nos hablaba, nos acariciaba las manos y nos decía que éramos muy lindos. Me acuerdo de que hablamos con ella durante mucho tiempo y que le pusimos «la mimosa» de sobrenombre.

Me acuerdo también de brindar a las doce, de darme muchos besos en el jardín y de sentir un olor muy feo, y después darnos cuenta de que había un vómito enorme al lado nuestro. También me acuerdo de ver a Marcelo dando vueltas, como si me vigilara, como si estuviese esperando algo, por los arbustos, entre los sillones del living, detrás de las puertas. Me acuerdo de que Matías se burlaba porque el vestido se me subía demasiado y yo no me daba cuenta, y él tenía que bajármelo de un tirón para que no me quedara desnuda en el medio de la fiesta. Y me acuerdo, por último, de su ex novia, la dueña de casa, peleándose con su pareja a los gritos, en un pasillo. Me acuerdo (qué tonta) cuánto alivio sentí al confirmar que era una histérica como decía Matías.

Y después no me acuerdo de nada más. Me desperté dos horas más tarde, dormida en un sillón. Lo primero que vi al abrir los ojos fue a Marcelo, sentado con indiferencia, a dos butacas de distancia. Lo miré y la situación me pareció tan rara que sentí un poco de miedo. Así que me levanté rapidísimo, me bajé el vestido como pude, y me fui a buscar a Matías. No quería quedarme cerca de Marcelo por nada del mundo.

Busqué a Matías durante veinte minutos hasta que me cansé. No estaba en el jardín, ni en la pileta, ni en las barras, ni en la cocina. Lo llamé al celular pero no había señal. Aproveché entonces para ir al baño otra vez. Me encontré con la mimosa (la chica que nos acariciaba el brazo en el sillón) y conversamos en la fila. Yo tenía el vestido mal puesto y parecía una prostituta acabada buscando a alguien en un hospital lleno de soldados desmayados. Estaba despeinada, tenía el maquillaje corrido y la piel brillante, los ojos rojos de perro enfermo y las rodillas verdes de estar tirada en el pasto.

Me moría por tomar agua, por ir al baño, por lavarme las manos y la cara y por recogerme el pelo. Con la mimosa esperamos más de diez minutos en la puerta del baño: fueran quienes fuesen los que estaban adentro, ni salían ni nos dejaban entrar. Así que me propuso ir a buscar otro al piso de arriba para no seguir esperando.

La mimosa me señaló el baño y entramos juntas. O al menos tratamos. Y digo «tratamos» porque si bien abrimos la puerta, las dos nos quedamos ahí



nomás. A pesar de que yo estaba consumida y mareada, jamás me imaginé lo que iba a encontrarme adentro. Nunca. Siempre pensé que esa noche Marcelo me iba a acuchillar y me iba a tirar en una zanja porque me parecía a su madre. O que me iba a pelear con Matías por alguna estupidez. O que se me iban a romper el taco y el celular. Es decir, todas las desgracias que me pasan a mí en las fiestas. Pero no eso. Eso inauguraba una nueva dimensión en mis tragedias cotidianas. Eso era un imprevisto serio. Eso era el fin.

Me di cuenta de que pasaba algo extraordinario por la cara de la mimosa, que estaba blanca como la pared, e inmediatamente entendí. Matías estaba enroscado como una víbora al cuerpo de su ex novia, besándola apasionadamente. Cuando me vio se agarró la cara y la soltó. Supongo que esperaba que lo matara. Yo también esperaba lo mismo, pero no pude hacer nada. Sóloirme corriendo por el pasillo.

Yo siempre había creído que en un momento como ése iba a empujar, a insultar, a tirar hacia todos lados lo que estuviera cerca mío. Pero cuando el momento te llega es muy distinto. Parada ahí, frente a esa escenita privada, te sentís tan patética, tan diminuta, tan tonta, que lo único que querés es no agrandar ese sentimiento. Querés empequeñecerlo, desaparecerlo, volverlo pasado o mentira.

Supongo que por eso me fui. Quería sacarme esa imagen de la cabeza como si me despegara masa de los dedos, como si me sacara y tirara un abrigo caluroso al piso, como si fuese un reptil que muda su camisa en primavera. Quería huir de ese baño, de esa casa y de esa semana entera. Quería huir de mí.

Cuando bajé, me di cuenta de que mi profecía se había cumplido. Estaba encallada a cientos de kilómetros de casa, sola, con un teléfono celular sin señal y con un billete de cien pesos en la cartera que no servía para nada en una ruta desierta. No podíairme y al mismo tiempo sentía que no podía quedarme ni un minuto más ahí.

Me saqué las sandalias y salí descalza por un camino de tierra. Afuera empezaba a amanecer pero todavía estaba oscuro. Traté de caminar dos pasos, pero era difícil: la calle de tierra estaba llena de cascotes, piedritas, vidrios y yuyos. Me puse a llorar de impotencia. Ni siquiera podíairme de la fiesta. Estaba presa, obligada a mirar cómo me humillaban delante de todo el mundo. Pero cuando pensé que ya no podía caer más bajo se me ocurrió una solución. La peor solución del mundo.

—Yo sé que esto es mucho pedir. Y sé que no me lo merezco y todo lo que vos digas. Todo. Soy todo lo que se te ocurra... —quise seguir pero Marcelo me interrumpió.

—Los viste...

Y no pude contestarle nada, por la sorpresa o por la vergüenza. Sentía que un telón se levantaba delante de mí y que todos me miraban desde el otro lado.

—Uf, yo sabía que esto iba a pasar. Te dije, pero no escuchaste.

—¿Cuándo me dijiste?

—Es que lo que decís debajo del agua no se escucha. Y yo estaba nadando abajo de un café con leche. Quizá si me hubieses tirado un submarino...

Marcelo me trajo a casa en silencio. Creo que su auto era el único en la autopista. El día se aclaraba junto con la borrachera, y cuando mi cabeza se puso en marcha empezó a dar vueltas alrededor de Matías. Me quedé callada hasta San Isidro, pero después no aguanté más. Él no dijo nada, pero yo le hice algunas preguntas.

Nunca me había sentido tan estúpida. Vanidosamente estúpida. Inocentemente estúpida. Ciegamente estúpida. Me acordé de mi bronca cuando creí que él le había dicho a Matías que habíamos salido. Me acordé que había pensado que era por despecho o amor no correspondido. Me acordé de mi hartazgo por su insistencia para hablar. De cómo acomodé las cosas en mi cabeza para no ver todo lo obvio. De no haber preguntado nunca quién era el amigo en común que tenían y de todo lo que había hablado Matías sobre las relaciones de a tres, las peleas con su ex novia, los intrusos y demás señales que califiqué en mi cabeza de superchería psicoanalítica. Y me dio tanta, tanta vergüenza no haber atado cabos antes.

Cuando llegué a mi casa, me largué a llorar. Pero no por Matías. Por mí. Porque todavía no podía creer que yo misma me hubiera decepcionado de esta manera.

Levanté los mensajes del celular, que por fin tenía señal. Tenía saludos de mi madre preguntándome si más tarde iba a pasar, preguntándome quién era Matías (¡qué puntería, mamá!), de mis amigas, de Rodrigo, mi ex, y varios de Matías, tan previsibles, tan mentirosos y tan estúpidos como el peor cliché de telenovela.

A pesar de que ya era de día y no era el momento para hablar de nada, decidí hacer un último llamado. O un último saludo. Y entre llantos terminé aceptando un café a las seis y media de la mañana.

No sé si fue el alcohol o las ganas de que este año comenzara de otra manera, pero terminé durmiendo, entre las dos piernas, los dos brazos y el cuerpo desnudo de mi propio ex novio: Rodrigo.

## **2 de enero**

Ayer cuando me desperté, por un momento creí que la noche anterior había sido una pesadilla. Pero como los héroes que confirman su aventura cuando encuentran un amuleto o una pluma de dragón bajo la almohada, yo supe que la mía había sido real porque Rodrigo roncaba en el otro lado de mi cama.

Tenía tanta resaca que me arrastré al baño como si tuviese grilletes en las piernas. Me miré en el espejo y no parecía yo misma; el llanto y el maquillaje

corrido me habían deformado la cara. Rodrigo entró, me dio un beso en la frente y se puso a hacer pis al lado mío. Incluso creo que bostezó y tarareó una canción como si yo no estuviera ahí.

A pesar de que sabía que toda la noche anterior había sido un error, pasaron las horas y no pude echarlo. No sé si me dio vergüenza o si no me quise quedar sola, pero el final del día me sorprendió con el mismo camisón, llorando bajito en la cama, mientras él miraba televisión, se reía a los gritos pelados y me exhortaba a comer empanadas antes de que se enfriaran por completo.

Hoy a las nueve de la mañana, antes de irme para la oficina, le di instrucciones precisas de que dejara la llave atrás de la maceta del palier al salir. Pero cuando volví del trabajo, todavía estaba en casa, hablando por el celular a los gritos y comiéndose mis galletitas. Quizá tenga que ser más explícita, pero me da vergüenza. Nunca fui buena para decir lo que pienso. Lo mío es tragar, aguantar y ponerme a llorar de repente, sin explicación.

### **3 de enero | Necesito que me pase algo bueno alguna vez**

Yo necesito que me pase algo lindo y fácil ahora mismo. Necesito que alguien se enamore perdidamente de mí. Necesito ganarme la lotería. Necesito heredar una mansión de una tía lejana. Necesito recibir un ascenso. Necesito que se me alise mágicamente el pelo. Necesito que por una vez, sólo una vez, las cosas no me cuesten tanto. Pero no necesito que me pase algo maravilloso por el suceso maravilloso en sí. Necesito que me pase algo lindo para volver a creer que esas cosas pueden pasarme a mí.

Hay un momento clave en la vida de las solteras crónicas como yo, en el que empezamos a aceptar que ciertas cosas sólo les pasan a otras mujeres. Que el nuevo de la oficina siempre está interesado en otra compañera. Que si nos regalan un viaje, es para vendernos como prostitutas en Europa. Que si heredamos una casa, debe estar embrujada y tener fantasmas escondidos en el placard. Y no es un reclamo ni un brote de victimismo. Nada más lejos. No hay llanto o histeria. Es una certeza tranquila, una suerte de resignación esclava.

Yo debería haber previsto lo que iba a pasar con Matías porque es inverosímil que algo tan lindo y tan original me pase a mí. Ya lo dije antes. Yo soy la que se queda en bolas en el medio de una fiesta, la que descubre que su novio sale con otra en Año Nuevo, la que hace una torta durante dos días enteros y se la aplasta en la cara dos minutos antes de servirla. Yo soy una tragedia.

Desgraciadamente, sólo el tiempo va a poder probar toda la verdad que esconde mi teoría. Si dentro de diez años me caso, rendida y gris, con Rodrigo, y tengo dos hijos sin gracia, que miran mucha televisión y hablan con la boca llena, entonces yo tenía razón. Sí, en cambio, conozco al amor de mi vida y nos hacemos viejitos juntos, yo estaba equivocada.





Por otro lado, tengo que reconocer que este período de desgracia tiene su costado bueno. Toqué fondo en serio. Como no tengo nada que perder, soy inmune. Puedo hacer cualquier cosa y no puedo empeorar. Si alguien me quiere hacer daño, llegó tarde. ¿Qué pueden intentar? ¿Romperme el corazón? ¿Dejarme en bancarrota? ¿Arruinarme la cara y dejarme deforme? ¿Destrozarme la autoestima?

Y como no puedo caer más bajo, decidí hacerle caso a mis amigas. Voy a sumergirme de lleno en la tierra de todos los tímidos, anormales, relegados, desplazados y obsesivos. Voy a entrar en el fantástico mundo de las citas a ciegas por Internet. Hoy mismo, hace veinte minutos, me inscribí en un portal de citas. Voy a encontrar un novio por la módica suma de treinta y nueve dólares, y sin moverme de casa. Adiós sandalias rojas y peluquería. Desde hoy voy a tener las primeras citas en pantuflas, como siempre soñé.

## 10 de enero

Si tengo que ser sincera, más allá de mi sarcasmo, esperaba algo mejor. No sé qué. Pero algo mejor, seguro. Me da la sensación de que en Internet no sólo están los tullidos y los deformes, sino que además están todos los piratas, los pobres y los burros. Pero no quiero ser prejuiciosa, después de todo, yo también estoy en Internet, ¿no? Quizá no sean analfabetos, quizá sea el teclado que se confunde la «c» con la «s» y la «v» con la «b».

Los primeros diez *mails* que llegaron no prometen demasiado. Los copio textual porque quiero atesorar sus faltas de ortografía y pintorescas expresiones de galán frustrado (los nombres son míos, por supuesto):

**1. Rulito, el bombón.** Buen día como estas? Te escribi un momton de veces ayer y sale tu respuesta automatica. Mi apodo Bombon, que pasa hay onda o no? Yo sigo interesado.

**2. Eric, el escandi-nabo.** Hola, mi nombre es Eric, un nombre escandinabo (sic) que significa «eroico» y no es este un resumen de mi persona por supuesto. Vivo en Tigre y mi trabajo está relacionado al arte y el pensamiento, ya que estas palabras son bastante manoseadas por todos los medios, ya sean políticos o los instalados en la estupidez masiva.

Creo que uno de mi defectos más evidentes es la esperanza, pero de todos modos vivo de mi trabajo. Escribime si te gusto.

**3. Ricardo rompeportones.** Hola mujer mujer, dos cosas, en primer lugar ¿qué quiere decir (aquí un número que lleva mi *nick*)? ¿Algún código al estilo James Bond? No quisiera pasar por prejuicioso ni discriminador pero las mujeres

con pistola... en fin, no creo en la violencia. Un amigo mío conoció a su última novia mientras paseaba por Godoy Cruz y Paraguay y en su primera noche de intimidad resultó que... ¡fue una situación violenta! Bueno, estoy ansioso por conocer como sos. Mandame una foto, si puede ser de cuerpo entero.

**4. Nano, el del refugio.** Querría decir que por fin te he hallado, pero debo seguir mi camino y tocando en cada puerta del olvido sobre la calle de la melancolía... Nadie escuchará mis pasos alejándose de ti y nadie me gritará ya que me quede... Mientras te miraré con mi boca que gritará silencio porque ya no escucharás nada de mí. Pero tengo este refugio mágico aquí, ahora, en mí y te invito a que te quedes... quién eres mujer...? Dímelo, Nano.

**5. Hugo, el profesional.** Hola, antes que nada te cuento que mi nombre es Hugo y me encanta el verde y la naturaleza, por eso ya hace casi cuatro años que elegí estar aquí. Pese a que parezca lejos, tan sólo treinta minutos de viaje me separan del centro. Practico mucho deporte: tenis, golf, natación, gimnasia, footing, karate. Siempre me gustó. Por lo demás, soy profesional y mi especialidad es la de brindar asesoramiento a Bancos. Qué te gustaría compartir? Cómo imaginás la relación entre un hombre y una mujer? Cómo funcionaría para vos la pareja?

**6. Ron Damón.** HOLA PRECIOSA SOY RAMON, TENGO 55 AÑOS, SEPARADO, 3 HIJOS, VIVO EN CAPITAL FEDERAL, MILITAR RETIRADO, ME GUSTA LA VIDA FAMILIAR, SALIR A CAMINAR O PASAR LOS MOMENTOS QUE MAS SE PUEDA JUNTOS Y DISFRUTAR DE LA VIDA. LO DEMAS PREGUNTÁMELO. BESOS Y CARÍÑOS.

**7. Carlos tomado de la mano.** Me gustó tu perfil y es la razón principal por la que te escribo. No soy de los tipos que se la cree y la depre quedó en lo de mi psicólogo. Soy un tipo con proyectos que creo que aún puedo desarrollar, soy honesto, odio la mentira y el engaño, mido 1,80 m y debo tener 4 a 5 kilos de más fruto de las salidas con mis amigos. En esta etapa de mi vida quiero encontrar una mujer con todas las letras que sepa acompañarme y a la que pueda acompañar, en principio como amiga luego se verá. Me gustaría poder caminar con ella tomados de la mano, compartir todo, las buenas y de las otras y apoyarnos mutuamente. En definitiva alguien que sea mi compañera por el camino de la vida. Si lo que te mencioné te interesa llamame, sino lamento haberte hecho perder el tiempo y haberlo perdido yo también ya que no sos la mujer que imaginé. Te mando un beso. Carlos

**8. Sebastián, el bancario.** Cada vez enfrento el día como un desafío, entiendo necesario construir un paso más hacia el éxito, de él depende el

resultado de mi gestión. Mi actividad en el área de empresas en conflicto reclama creatividad, resolución inmediata, confiando el error es solo una forma más de conocer el adversario... largas jornadas sin esperar reconocimiento... me lo otorgo.

**9. Ezequiel, de Robotech.** No puedo creer que yo esté haciendo esto. No confío nada en estas cosas. Creo que soy interesante, me gustan el cine, la ciencia ficción, pasar buenos momentos. Vivo en Capital, tengo 31 años, obviamente soltero, la única mujer de mi casa es mi gata Lynn Minmei. Si querés averiguar más, tenés mi *email*, escribime y vemos qué hacemos.

**10. Muy Diego.** Hola estoy buscando una mujer muy muy muy muy linda con hojos verdes ¿seras vos mi morocha? si sos avisame por favor. Diego

## 11 de enero

No todas son malas noticias.

Hoy por la mañana, Marcelo me avisó que había quedado vacante un puesto de editor en otro piso, pero para postularme, tenía que interrumpir mis vacaciones para ir a buscar un formulario a la oficina. Por suerte, Marcelo me ofreció alcanzármelo a la salida del trabajo, para evitarme un posible encuentro con Matías.

Cuando tocó timbre, yo salí con mi trago, mi vestido playero y mi cara de dormida a atenderlo, y me lo encontré radiante. Tenía ropa linda, un corte de pelo moderno e incluso unas zapatillas chatas, de cuero, muy parecidas a las de Matías. Pero eso no era todo. No bien entró y pasó por al lado mío, sentí otra cosa, algo raro que no había sentido antes. Un olor. Un vaho agradable.

Marcelo Ugly tenía perfume. Y el perfume era rico. No era una colonia artesanal de semillas de pomelo y harina de mandioca.

—¿Estás mejor? Te llamé varias veces para ver cómo estabas —quiso saber.

Le contesté encogiéndome de hombros y cambié de tema. Un poco porque no sabía cómo estaba y otro poco por curiosidad. Burlona, le pregunté si se había perfumado para venir y se puso colorado. Coloradísimo. Tanto que no pudo quedarse enfrente mío. Me dio el sobre apurado, me dijo que lo llevara el lunes con dos fotos, y se fue corriendo, nervioso, mientras yo le gritaba que volviera, que lo quería oler.

Era en serio. El perfume era rico.

## 12 de enero | No puedo dormir tranquila

Hoy me desperté a las nueve de la mañana sobresaltada por un sueño. Yo



estaba en lo de mi mamá tomando sol y repentinamente sentía unas ganas perturbadoras de hacerme un sándwich inmenso. Entonces iba a la cocina, sacaba del freezer un tramo de *baguette* de medio metro, la descongelaba y la empezaba a rellenar con una cantidad escalofriante de embutidos, verduras y aderezos.

Pero cuando estaba a punto de darle un primer mordiscón pecaminoso, escuchaba que alguien me preguntaba, indignado, qué estaba haciendo.

Me daba vuelta y en la puerta de la cocina estaba parado Adrián Cormillot, vestido con un *smoking* negro y peinado con gomina como Clark Gable. Yo me miraba estupefacta (porque no entendía el código de vestimenta del sueño) y descubría que, en vez de tener una remera inmensa y una malla sucia con bronceador, tenía puesto un vestido de fiesta de lamé plateado. Parecía la Cenicienta, pero con un sándwich por metro en la mano. Confundida, empezaba a balbucear explicaciones, pero Adrián Cormillot me seguía mirando con reprobación, y me pedía que bajara el sándwich y lo dejara en la mesada. ¡Y yo me negaba! ¡Decía que iba a defender mi colación con mi vida si era necesario!

Alertadas por los gritos, llegaban a la cocina mi madre y mi hermana. Mi mamá estaba vestida de madrina de casamiento, y mi hermana tenía puesto el traje de novia, con una tiara de diamantes y un ramo de magnolias y rosas rococó. Adrián Cormillot les explicaba que me quería llevar al casamiento pero yo no quería soltar la *baguette*, y mi hermana rompía en llanto y gritaba que yo le estaba arruinando la boda con mis caprichos.

Yo trataba de explicarles que había preparado la *baguette* para comer entre los cuatro (¡qué mentirosa!), y como no me creían, me ponía a llorar desconsoladamente, hasta que Adrián Cormillot, con paciencia y ternura, me hacía sentar, me daba un vaso de agua y tiraba el sándwich a la basura.

## 14 de enero

Hoy tenía que ir a dejar el formulario que me había traído Marcelo de la oficina. Fui a las seis para no cruzarme con Matías, que en general se va cinco y media, pero al final fue peor. Porque si bien no me crucé con Matías, me llevé una linda sorpresa. Apenas me subí al ascensor, al lado mío, colorada de vergüenza y haciéndose la distraída, estaba su ex novia. La de la fiesta.

No les explico la angustia y la ira que sentí al verla. Estaba encerrada en un ascensor de dos metros con esa mujer y no había nada que yo pudiera hacer. Tenía que quedarme ahí, respirando su mismo aire, mirando el mismo piso, jugando a las desconocidas sin poder matarla ni salir corriendo.

El viaje fue una tortura. Entraba y salía gente en todos los pisos, prolongando la agonía por cinco minutos que no terminaban nunca. Era tan obvio que iba a

buscar a Matías... Estaba vestida para deslumbrar de manera casual. Sus zapatitos decían «cita». Su vestidito decía «cita». Su brillito de labios decía «cita». No lo podía creer. Me había ido una semana y ya estaban juntos de nuevo. No es que me sorprendiera, después de todo, está claro que no pueden sacarse las manos de encima. ¿Pero una semana? ¿Tan rápido? ¿Y así de fácil? ¿Se dan un beso en el baño y vuelven? ¡Y encima lo va a buscar a mi trabajo, a mi oficina, a mi territorio! Se mete ahí como si todos fuésemos compañeros de oficina. Qué cinismo, por favor. Ni siquiera disimulan y se encuentran a una cuadra. Ni siquiera dicen que son amigos. Ni siquiera se esconden en un baño de nuevo. Se encuentran ahí nomás, a la vista de todos, delante de mis compañeros, delante de mi jefa, delante de Marcelo. Delante mío. No puedo creerlo. O sí, puedo. No sé qué es lo que me extraña tanto. Era cantado. Yo, enfermera. Ella, amor de su vida. Yo, perdedora. Ella, ganadora. Yo, la segundona de la novela. Ella, la actriz protagonista.

Pero apenas se abrió el ascensor, me di cuenta de que me había equivocado de película o había entrado a otra sala. Afuera no había ningún galán, ni fuegos artificiales, ni música incidental. Ni siquiera estaba Matías. Parado en el medio, esperándola ansioso, había otro pobre actor de comedia. Marcelo.

## 15 de enero

Ayer volví de entregar el formulario con el ego tan golpeado que lo único que quería era meterme en la cama y dormir hasta el día siguiente. Pero después pensé que si me dormía, al día siguiente, cuando me despertara, me iba a sentir exactamente igual que hoy, pero más soltera y más deprimida.

Así que después de dar miles de vueltas y de buscar todas las excusas posibles, por fin tomé coraje, entré al portal de citas y respondí algunos mails. Tengo que aprovechar las vacaciones.

Mientras tipeaba escuchaba de fondo a mi madre susurrándome que era una mala idea, pero la espanté como quien espanta a una mosca molesta y escribí algo que más o menos decía mi nombre, mi ubicación y mi edad, y para hoy ya tenía varios proyectos interesantes.

El primero con el que hablé se llama Marco. Charlamos dos veces por chat y una por teléfono, y enseguida acepté salir con él. Ya sé que hablamos pocas veces, pero no quiero perder mucho tiempo escondida e ilusionada atrás de una computadora sin saber si el otro tiene sonrisa torcida, olor a pata, o fama de mujeriego.

Por ahora, lo único que sé es que tiene treinta y tres años, vive solo en Belgrano y trabaja en televisión, en el área de producción de un magazine diario. Todavía no hablamos de su pasado sentimental. Pero no voy a preocuparme por eso ahora. Quizá lo veo y ni siquiera me gusta.

El segundo (con el que ya hablé por chat pero todavía no me propuso vernos), tiene treinta y seis años, se llama Oscar (sí, ya sé, es el nombre más feo del mundo después de Omar) y tiene una librería. Está un poco amargado por el avance de las nuevas cadenas y la verdad es que es un poco quejoso. Pero parece interesante: además de tener una librería, colecciona libros raros o de ediciones limitadas que luego vende en Europa. ¿Lo malo? Es divorciado y tiene una hija de siete, que vive en Uruguay con la mamá.

Me falta revisar unos cincuenta *mails*, aunque a cada rato llegan nuevos. Estoy descartando, por ejemplo, los que tienen veinte fotos en el perfil (una cocinando, otra surfeando, otra de viaje, otra con un clavel en la mano como una quinceañera), los que dicen «pasarla bien» de manera demasiado explícita (porque es obvio que buscan sexo sin compromiso) y los que escriben cuentitos de autoayuda (porque no los soporto).

Lo único que busco es alguien más o menos normal. No tengo demasiadas pretensiones, pero sí algunas expectativas. Después de todo, tengo cincuenta para elegir.

## **16 de enero | Marco, el cholulo**

Tendría que esperar que se me vaya la indignación para poder describir la cita de hoy con justicia, pero no quiero. Estoy tan enojada que no aguanto hasta mañana. Si no pongo en palabras todo lo que me pasó hoy a la noche, intuyo que no voy a poder pegar un ojo hasta mañana.

Ya sé que lo dije otras veces, pero esta vez es más cierto que nunca: tuve la peor cita de mi vida. Fue tan grave que debería exigir el reintegro del dinero que invertí en un par de zapatos nuevos, un baño de crema, un par de aros y el taxi de vuelta.

Marco me pasó a buscar por casa a las nueve de la noche. No era feo, aunque estaba demasiado arreglado. Su look era muy televisivo: su ropa tenía demasiadas costuras raras, estaba despeinado con gel a propósito y su bronceado era color naranja artificial. No obstante, lo dejé pasar. La verdad es que tenía tantas ganas de que las cosas salieran bien que ignoré hasta las señales más obvias de desastre.

Lo primero que me llamó la atención fue que me invitó a comer a la Costanera, a un restaurante muy menemista. Las paredes, por ejemplo, eran todas de vidrio espejado, como en algunos edificios del microcentro, y por ciertos detalles de la decoración parecía que en cualquier momento iban a salir Olmedo y Ethel Rojo de alguno de los baños. Noté que él era habitué, porque apenas entramos miró para todos lados, mesa por mesa, escaneando a todos los comensales y saludando efusivamente. Pero repito, también lo dejé pasar.

Arrancamos hablando de las vacaciones. Él me dijo que desde que había

empezado a trabajar en televisión tenía el hábito de ir una semana a Mar del Plata y otra a Villa Carlos Paz. Le conté que para mí siempre había sido un misterio Villa Carlos Paz, porque no entendía cómo tanta gente iba a un lugar que no tenía playa, ni mar, ni era una gran ciudad, pero me explicó que para los grandes amantes del teatro (*keyword*: teatro) era imprescindible ver toda la temporada de verano en Córdoba y en «la Feliz» todos los años (yo no entendí a qué se refería con «amantes del teatro», porque hasta donde yo sabía, en Villa Carlos Paz hay revistas escandalosas con ex integrantes de Gran Hermano y cuentachistes patéticos, pero como no quería pecar de prejuiciosa, lo dejé pasar de nuevo).

Después hablamos de series, aunque a decir verdad en gustos diferíamos mucho, pero tampoco me pareció importante. También me contó cómo empezó a trabajar en televisión, cuánto le gustaba lo que hacía, me chusmeó quién era amante de quién, quién era una diva caprichosa y quién se llevaba a su casa las masitas del catering de filmación.

Hasta ese momento la cita era regular tirando a mala, pero nada del otro mundo. Él no me encantaba, pero sus comentarios sobre ciertas actrices y vedettes me hacían reír mucho. Salvo por dos cosas que dijo («Digan lo que digan, Susana Giménez es una diva», o que tal vedette no era ninguna tonta y era muy «laboradora»), se podría decir que a pesar de que no era mi tipo, no la estaba pasando tan mal. Pero ese bienestar absurdo duró poco. Promediando la segunda mitad de la cena, llegó otro comensal al restaurante y empezó una pesadilla en clave de comedia, que a mí, por lo menos, no me hizo ninguna gracia.

—Me-mue-ro —dijo Marco, histérico.

—¿Qué?

—No mires —me dijo mientras revoleaba las manos.

Y se puso a espiar a través de un cantero lleno de plantas, como si yo no estuviera ahí sentada, desconcertada, tratando de encontrar la explicación de su repentina felicidad de adolescente. Le volví a preguntar, pero me hizo señas de que esperara un segundo, mientras miraba fijamente hacia la puerta del restaurante. Me di vuelta, pero no vi nada, salvo un grupo de gente hablando con la recepcionista, que les señalaba una mesa de seis en la otra punta.

—Tananánánánnaná! Ta-na-na-na-ná-náaaaaaaaaaaaaan —cantó.

Yo estaba perpleja. No tenía idea de qué estaba pasando al lado mío y me empecé a poner de malhumor, así que no tuvo más remedio que explicarme sin canciones ni acertijos qué era lo que lo tenía tan emocionado. El escándalo era porque en otra mesa estaba Arturo Puig con una señorita no identificada.

—¿Y?

—Y nada, yo el autógrafo ya lo tengo, porque lo esperé a la salida de «Grande Pa», pero hace mil, eh. Pero es Arturo Puig, es un grosso —me dijo,

muy excitado.

—Un grosso...

—Mírala a ella. Mírala, mírala. ¡No! ¡No te des vuelta! No quiero que vean que los miramos. No quiero.

—¡Es que no quiero mirarlos! —le aclaré.

—No da irle a pedir un autógrafo... O sí... ¿Le pedimos?

—¡No!

—No seas amarga. ¿Cómo sabés si vas a poder tener la oportunidad de nuevo? —me preguntó

—No me interesa tener el autógrafo de nadie.

—Mejor, es mejor que no se note que te interesa —me aconsejó, muy serio.

—¿Podemos olvidarnos de que está Arturo Puig en la otra mesa y volver a lo anterior?

—Sí, sí, perdoname. Es que me salió el cholulo que tengo adentro. Jajajaja. Perdoname. Es que vi todo «Grande Pa» cuando era chico. Me hace acordar a toda una época...

—Ajá, bueno, pero ya pasó.

—Sí, sí. ¿Vos viste «Grande Pa»?

—No sé, creo que sí —le dije para sacármelo de encima.

—Dicen que María Leal es lesbiana.

—No me interesa.

—Y la chiquita, la bizca, parece que era opa en serio.

Traté de sacar otro tema, aunque más no fuera para terminar la cena en paz, pero no hubo caso. A esa altura yo ya sabía que no iba a volver a verlo, pero no tenía el coraje de levantarme, tirarle la servilleta en la cabeza e irme a buscar un taxi a la calle. Debería haberlo hecho, porque ni siquiera íbamos a poder cerrar la noche con dignidad.

—Che, ¿te jode si le pido un autógrafo?

—¿Qué?

—Es un minuto, pero no sé, me parece que ahora me da cosa y después me voy a arrepentir.

—¿Arrepentir de qué?

—Arrepentirme de haber dejado pasar el momento. De no habérselo pedido por boludo, por timidez, viste esas cosas que uno hace...

—Andá si querés, qué se yo —rezongué.

—Buenísimo, ahí vengo.

Y me quedé en la mesa mirándolo humillarse ante Arturo Puig. Por su risa supongo que hizo algún chiste boludo, que largó un par de cumplidos, y que a lo último, haciéndose el que no tenía ningún papel, le dio su tarjeta personal para que se la firmara.

Ya de nuevo en la mesa, Marco me mostró su trofeo orgulloso: una tarjeta

personal suya, firmada por Arturo Puig.

—Un capo, Arturo. Buena onda.

Miré la tarjeta y sonreí.

—Dice Marcos.

—¿¿¿Qué!??

—Jajjaajajajajajaja. Dice Marcos. Con «s» de salame.

—Qué tipo forro. Le dije Marco. Se lo dije bien. Marco, no Marcos. Qué pelotudo.

—Seguro lo hizo a propósito, el amargo. Qué estúpido.

—Jajajajajajaja. Perdoname, pero es demasiado gracioso.

—Todo bien, total tengo otro de antes —me dijo, haciéndose el superado.

—Jajajajajajajajaja.

—Será Arturo Puig, pero si no estás en la tele, por aaaaaaaalgo debe ser.

—Quizá le agregaba «s» a los verbos. Decía «vistes».

—Qué tipo boludo. Le dije Marco. Además lo vio en la tarjeta. Lo hizo a propósito.

—Debe ser eso. Te quiso cagar.

—No sé si cagar, pero está resentido porque no está en la tele.

—Y sí, porque si no estás en la tele, por algo debe ser.

—¡Más bien!

—Marco, perdoname, pero creo que los dos sabemos que se puso un poco raro. Preferiría que cerremos la noche acá y listo. ¿Te molesta si nos vamos y me dejás en casa?

—Sí, la verdad es que no la estoy pasando bien.

—Yo tampoco. Perdoname.

—No, vos no tenés la culpa. Es este tipo que nos cagó la cena.

## 17 de enero

Ayer tuve la primera entrevista para el puesto de editora. Llegué temprano y me puse a leer una revista, impaciente, mientras clavaba la mirada en la puerta de vidrio que separaba el trabajo de mis sueños de la recepción. Un rato después, Matías entró en la habitación en la que estaba yo sentada, se anunció con la recepcionista y se quedó quieto, incómodo, enfrente mío. Por su mirada, estoy casi segura de que no sabía que yo estaba ahí. Y tampoco que ambos estábamos postulándonos para el mismo puesto.

Nos saludamos con cortesía impostada y agarramos inmediatamente una revista, pero tanto demoraron para hacernos pasar que al final se animó y habló acelerado, torpe, como si se hubiese sacado un tapón de la boca.

—¿No vamos a hablar más? ¿Vamos a dejar las cosas así?

—Sí.

—Como si no hubiera pasado nada.  
—Exacto.  
—¿Y qué hago? ¿No te saludo más?  
—Por mí no.  
Y justo me llamaron para que pasara.

## **17 de enero, casi viernes | Oscarcito**

Llegué tan triste de mi cita de hoy que ni siquiera iba a escribir. Quisiera ponerme el pijama, hacerme un té y dormir hasta el año que viene. Pero al mismo tiempo, siento que si no escribo lo que pasó, esta tristeza me va a devorar por dentro.

Oscar tiene casi mi edad, pero parece de ochenta años. Es canoso, arrastra los pies al caminar, tiene la espalda doblada como un arco iris y cuando le preguntan cómo le va, contesta «tirando».

Apenas llegó, lo primero que hizo fue tomarse un té amargo, pedir que bajaran el aire porque tenía frío y decirme que ese bar le encantaba porque tenía olor a viejo. Arrancamos hablando de su ex esposa y de su hija. Según contó él, apenas se casaron pusieron juntos una librería, se fundieron y ella se volvió para su país a vivir con sus padres. Y se llevó a su hija, por supuesto. Entonces él vendió el departamento que tenía, puso una nueva librería y ahora se funde lentamente de nuevo.

Creo que dijo «departamentito», «tecito» y «churrasquito» varias veces, cosa que me hizo muchísimo daño, porque imaginar a un hombre doblado en un ambiente minúsculo tomándose una infusión de yuyos y comiendo un bifecito parado en la cocina, es algo muy perturbador.

Pero eso no fue nada. Cuando entramos en confianza, sin que yo preguntara nada, se puso a contar anécdotas tristes sobre su hija, que me dejaron con unas ganas enormes de cortarme las venas con la cucharita del café.

—... y me dijo: «Papá, no te vayas, soy la única sin papá en la escuela».

—Pobrecita —le dije yo, apenada.

—Y te juro, se me caían las lágrimas. ¿Qué le decís a una nena que te pide algo así?

—Claro.

—Y me decía: «Papá, papito por favor... no te vayas». ¿Viste cuando los nenes tienen el llanto entrecortado, agónico, con hipo? «Pa...pá...por...fa...vor...yo...te...quie...ro.»

—Claro, entiendo.

Y la situación se puso peor. Más tarde me contó una anécdota sobre una Navidad en la que no tenía plata y le dio un regalo invisible a la hija y le leyó *El principito*. Juro que yo quería ver la belleza desinteresada en su relato, pero no

podía. Lo quería matar a golpes. ¿Acaso yo le cuento cuando mi abuelo con diabetes le pedía llorando a los médicos que por favor no le cortaran la pierna? ¿O cuando a los ocho años yo estaba sola con la empleada doméstica, y mi perra Luna se murió en mis brazos? ¡Qué derecho tiene este hombre de deprimir a una desconocida! ¿No hay que ganarse la confianza y el aprecio del otro antes de invadirlo con problemas y complicaciones?

—Y juicios por acá, juicios por allá. Vendí el departamento, les pagué a los dos empleados, y con lo que quedó me puse este localcito, que no anda mal, pero bueno, la gente no lee y los que leen quieren comprarte un librito de treinta mangos en doce cuotas.

—Claro.

—Y yo pago al contado... Y vas viendo como vuela la guita. Cada vez que hacés un sope en las fiestas, suben el alquiler, sube el morfi.

—Claro, el... « morfi » , los « sopes » .

—Che, yo no comí. ¿Querés que vayamos a otro lado a comer un sanguchito?

—No, eso te iba a decir, que para mí es medio tarde, yo me tengo que ir yendo.

—¿Ya? Pero igual tenés que comer en tu casa, vamos a comer un sanguchito y seguimos con la charla.

—No. Me tengo que ir. Perdoname.

—No, todo bien, yo me como un churrasquito en casa, total no ceno mucho de noche, me cae mal.

—Me imagino.

—Sí, no te conté, pero hace unos años me operaron para el culo.

—Me imagino.

—No, te digo que es inimaginable. Pero la próxima te cuento bien bien, porque si no te explico antes cómo me garcó la obra social, no entendés.

—Me voy.

—Bueno, hablemos. Me encantó conocerte, che. Te pego un llamado... O llamame vos, que no tengo crédito.

—Chau.

Y me fui, me tomé un taxi de quince pesitos, me vine a casa y me estoy tomando un tecito, mientras lloro un poquito, por el drama de Oscar.

## **18 de enero | Fede cara de nena**

A diferencia de la cita del otro día, la de hoy fue cortita. Duró veinte minutos exactos.

Cuando llegué, Fede ya estaba en el bar. Lo reconocí por la ropa que me dijo que iba a tener puesta. Entré, lo saludé, sonreí, pero puse mala cara sin querer. Era horrible. Pero no horrible universal. Horrible para mí. Cumplía con todas las



cualidades que detesto en un hombre: flaco, chiquito, tenía cara de nena, piel colorada y era eléctrico para caminar.

Sin embargo, no fui la única que puso carita de desilusión. Por esas cosas que tenemos las mujeres, si bien no dijo nada, intuí que yo tampoco le gustaba. Y para no repetir la escena del día anterior, decidí resolver la situación de manera adulta. Lo miré, negué con la cabeza, chisté y le dije:

—No va a pasar.

—¿Qué cosa?

—No me gustás.

—Vos tampoco.

Nos quedamos mudos un par de segundos, hasta que él se decidió.

—¿Te llevo a tu casa?

—Dale, llevame.

Si es feo, por lo menos que me lleve. ¿No?

## **19 de enero | Ezequiel de Robotech**

Hoy hablé con otro candidato, uno de los primeros que me escribió: Ezequiel, el que tiene la gata que se llama Lynn Minmei, como el personaje de Robotech. Parece un poco mejor que los anteriores, al menos por teléfono. Tiene una voz muy tranquila y habla pausado, como si se detuviera a pensar cada palabra meticulosamente. Por lo que me contó, es diseñador de websites y hace presentaciones de productos. Es hijo único, vive solo desde hace diez años y tuvo tres relaciones largas pero nunca convivió.

Le gustan los dibujos y los juegos de computadora (era predecible, lo sé), el cine, la literatura de ciencia ficción y las películas viejas de vampiros en blanco y negro. Además, odia los deportes, el sol y la vida al aire libre, como yo.

Por lo que yo escuché, es inseguro, un poco fóbico, introvertido. Dice «no sé» cada dos oraciones y hace muchas preguntas retóricas.

Por lo que vi en su foto, es alto, flaco, morocho, blanco, huesudo. Parece un cantante inglés.

Por lo que intuí, le habla a su gata como si fuera una persona, no sale mucho a la calle y odia ir a lugares con mucha gente.

Y por lo que sentí, está todo bien. Creo que vamos a vernos.

## **20 de enero | Vacaciones en la pileta de mi madre**

Si tuviera que elegir los diez peores momentos de las vacaciones que pasé en la pileta de mi madre, el ranking sería algo así:

**En el puesto número 10.** Como había llegado a lo de mi mamá sin

desayunar, fui a su cocina y me hice dos tostadas de pan integral y un café enorme. Me senté con una mermelada light de pomelo y un mendicrim desmoralizador a comerlas en la mesa del living, y estuve tranquila hasta que mi madre, recién levantada y en bata, pasó al lado mío con su yogur descremado y su café, y mirando de reojo mi platito me dijo:

—Qué desayo tan generoso, querida. Venís del gimnasio, me imagino.

**En el puesto número 9.** Al otro día, mientras almorzaba, pasó, me miró el plato y se fue para la cocina. A los cinco minutos, volvió con un táper vacío, me sacó una milanesa de soja del plato (tenía dos) sin decirme nada y se la llevó. Antes de irse, sin embargo, me palmeó el hombro y me dijo:

—La guardamos para mañana.

**En el puesto número 8.** —Los primeros meses de casada, yo sólo podía pensar una sola cosa. Me acordaba de ese compañero de secundaria, Peralta, sobre el que inventábamos millones de historias locas porque vivía con una abuela y nadie sabía nada de los padres. ¡Qué estúpidas! Nos burlábamos de que no tenía padres. Pero bueno, una de chica es siempre estúpida, si yo hubiese sabido entonces lo que era una suegra, jamás me hubiese burlado.

**En el puesto número 7.** —Soltero es sinónimo de Edipo, de psicótico, de tartamudo, de neurótico, de pesado, de mamerto y adicto. Es todo lo mismo, Lulú. Vos tenés que buscar un viudo, o un divorciado. Tendrán chicos, pero al menos sabés que alguna vez los quiso alguien.

**En el puesto número 6.** —Es muy simple. Antes de salir prestá atención. Si te dice «cafecito», decile que estás ocupada. «Cafecito» dice la gente que está en la lona, Lulú. Los que tienen unos pesos dicen «comer algo por ahí», y los que tienen un buen sueldo dicen «cenar» o «comer afuera».

—Ajá.

—Hasta «comer algo por ahí» aceptá, porque tampoco hay que ser tan exquisita, porque no estás para bajar a «cafecito» todavía (*keyword*: todavía).

**En el puesto número 5.** El primer día que llegué a la casa de mi mamá, yo estaba blanquísima. Entonces, para tomar color rápido me puse una bikini horrible de entrecasa, me unté bronceador SPF4 y me tiré muy deprimida en una reposera y me quedé dormida. A las dos horas mi madre vino hasta donde estaba yo, me tiró un spray autobronceante en la panza, se bajó los anteojos de sol y me dijo, indignada:

—Haceme el favor, ¿querés?

**En el puesto número 4.** Mi madre me está contando todo lo mala y envidiosa

que es su amiga Silvia (con quien compiten desde que se conocen, se acusan de copiarse peinados y ropa y de comparar maridos) hasta que de repente le digo que me quiero ir a buscar algo para tomar y me voy. Se queda pensativa unos segundos, y me dice: «¿Sabés que ya sé lo que te hace tan gorda? ¡El pareo! ¡Te aplasta la cola, parece un batón!».

**En el puesto número 3.** Martes, tres de la tarde. Estoy tomando sol semiinconsciente al lado de la piletta. Mi madre llega corriendo y me sacude, sobresaltada de felicidad, me vacía el Gancia en el piso y revolea el vaso (de vidrio) contra las plantas del fondo, y agitada por la corrida, me dice con un hilo de voz:

—¡Rápido! Tapate la cola con el pareo y sonreí que vino el hijo de Dorita.

Y se vuelve corriendo para adentro, pero antes de meterse en la casa dice:

—Trajo facturas, pero ¡ni-se-te-o-cu-rra comer delante de él! —y hace el ademán de serrucho— ¡Te corto la mano!

**En el puesto número 2.** —Por un momento te vi más flaca, pero no, ya pasó. Era el sol.

**En el puesto número 1.** Mi madre entra en el living con una botella vacía de Gancia en la mano y me increpa indignada.

—Para ser borracha, primero tenés que ser Kate Moss. Esto es como los *jeans* de tiro bajo, no le quedan bien a cualquiera.

## **21 de enero | Salí con Ezequiel de Robotech**

Todavía no puedo creer lo que me pasó. Nunca me había sucedido algo igual. Nunca. Yo suelo ser una persona respetuosa. No soy malvada, ni grosera. Por el contrario, me importa mucho lo que piensen los demás. Pero hoy no sé qué pasó conmigo. Mi cuerpo se portó muy mal y yo no pude hacer nada al respecto.

Como hoy a la mañana tenía la última entrevista de trabajo, anoche me quedé hasta muy tarde leyendo notas sobre algunos temas que estaban relacionados con el puesto, y al final terminé tardísimo y me fui a dormir recién a las cinco de la mañana.

Me desperté a las diez, tambaleándome de sueño y me fui a la entrevista, que, entre una cosa y otra, duró casi dos horas. A las dos de la tarde ya estaba en casa, pero como a las cuatro me encontraba con Ezequiel de Robotech, para poder mantenerme despierta me tomé una Coca-Cola con cafiaspirinas como en la secundaria. Una mala idea, ya sé.

No hace falta aclarar que dos horas después estaba más despierta que nunca pero horrible: tenía unas ojeras verdes y comatosas que apenas se escondían

debajo de un maquillaje torpe y apurado, bostezaba cada cinco minutos y me quedaba tildada sin decir una palabra durante varios minutos.

Como no quería ir a una cita en ese estado tan calamitoso, traté de llamarlo al celular para ver si podíamos pasar la cita para mañana, pero, para mi desgracia, ya era demasiado tarde. Estaba en camino.

Nos encontramos en Recoleta, en un bar que me encanta, y tardamos en reconocernos unos veinte minutos. Ezequiel es alto, flaco, de pelo oscuro. No tiene nada raro ni se parece a un dibujito animado oriental, pero tiene algo de personaje. Es extraordinariamente tranquilo y paciente. Habla poco, espaciado, piensa mucho las respuestas. En el mismo tono monocorde, me contó cómo era el proceso de hacer una página web, me describió con lujo de detalles sus últimos trabajos (botón por botón, sección por sección, imagen por imagen), me habló de su infancia (que al parecer fue igual a doscientos millones de otras infancias), y para probarme que yo era prejuiciosa me contó el argumento de varias series de animé (que siguieron sin gustarme).

Me gustaría recordar qué más me dijo, qué cara puso, qué contesté, pero no lo sé. De lo último que me acuerdo es de su voz ofendida y firme diciéndome algo parecido a esto:

—Me parece que es mejor que te vayas a tu casa.

Recién cuando escuché esa frase me desperté y me di cuenta de que me había quedado dormida adelante suyo. Dormida. Enfrente suyo. A medio metro, en el asiento opuesto del mismo box, mientras me hablaba de sí mismo. Profundamente dormida. Inevitablemente dormida. Irrespetuosamente dormida.

## **23 de enero**

Después de quince días lamentables de vacaciones, hoy volví a trabajar. Durante todo el viaje de ida me la pasé recordando la cita de ayer, muerta de vergüenza, ensayando explicaciones en voz alta en el colectivo, como una vieja loca. Pensaba llegar y llamar de nuevo Ezequiel de Robotech, pero no pude hacerlo. Apenas puse un pie en la oficina surgieron problemas más graves, más nuevos y más urgentes, y mis disculpas tuvieron que esperar.

Cuando llegué saludé a algunos compañeros que me hicieron las preguntas tontas de rutina, me elogiaron el bronceado y me dijeron otras cosas aburridas que no vienen al caso. Mientras me hablaban, aproveché para espiar qué estaba haciendo Matías, pero su escritorio estaba vacío. No había nada. Ni una carpeta, ni una taza. Sólo la computadora, apagada y fría, como si nadie la hubiese tocado el día anterior.

—Le dieron el trabajo... Lo pasan al décimo piso —dijo Marcelo, a mis espaldas.

Entonces giré y lo encontré sentado en su escritorio, mirándome

compasivamente. Me quedé muda algunos segundos. No esperaba tener noticias tan pronto. Y menos que salieran de la boca de Marcelo.

—Ah, nadie me dijo nada...

—Quizá te lo quería decir personalmente.

—No, él no... con él no hablo. Pero nadie me avisó que no me lo iban a dar a mí.

—En realidad, es sólo un cambio de sección. Ni siquiera le subieron el sueldo, eh.

—Nada, pensé que yo era ideal para eso... Se ve que no.

—No era gran cosa, y además, mejor para todos que él esté arriba y no acá, ¿no?

—Sí, claro. Supongo que sí. Para todos.

—Che, el otro día viste que vino...

—No me cuentes nada, no quiero saber nada de tu amiga.

## 24 de enero

Llamé a Ezequiel media docena de veces durante el día, pero no me devolvió los llamados. Por fin hoy a la mañana, luego de mucha insistencia, me parece que lo ablandé. Distante, cortado, incómodo, me dijo que había escuchado mis mensajes pero que recién hoy se le había pasado el enojo. Que a pesar de mi guarangada, yo le había gustado, y que si ésa no era mi conducta habitual, podíamos probar de ir a comer.

Obviamente le dije que sí, y sugirió pasar al mediodía por la oficina e ir a un bar por ahí cerca. Supongo que no quería hacer una gran cita para evitar decepciones y eligió un momento casual, al paso, por si yo arruinaba todo de nuevo.

Ezequiel me pasó a buscar un rato después. Fuimos a comer al bar de abajo, que es donde comemos cuando no almorzamos en el comedor. Un bar de mala muerte, de esos que tienen olor a milanesa. Él come poco y despacio (me di cuenta, básicamente, por lo rápido y mal que como yo). Entre bocado y bocado conversa, descansa, mira a la gente. Y yo soy todo lo contrario: un cerdo que traga compulsivamente y de vez en cuando gruñe que necesita más pan o mayonesa. Un espanto.

Me trajo varios discos con películas que le gustan. Me aclaró que eran japonesas pero que no había artes marciales ni colegiales de animé. Prometí verlas para la próxima vez y estuvo de acuerdo (*keyword*: próxima vez).

El resto del almuerzo transcurrió tranquilo. No fue demasiado tiempo, apenas una hora y media, porque yo tenía que volver a trabajar. Nos despedimos con un beso y quedamos en que me llamaba. Hizo chistes porque no me quedé dormida, pero no es tan gracioso como Matías. De hecho, no es gracioso. Es más bien

oscuro, extraño y aburrido.

Cuando nos íbamos, sin embargo, pasó algo que, aun siendo ajeno a nosotros, levantó varios puntos a la cita. Mientras nosotros salíamos (él me abría la puerta y yo pasaba), otros entraban: Marcelo y la ex novia de Matías.

Yo me quedé dura en el medio de la puerta y Ezequiel me empujó suavemente para que siguiera caminando. Es una buena señal. El empujón, por supuesto.

## 25 de enero

Recién vuelvo de ir al cineclub con Ezequiel de Robotech. O sin Ezequiel, en realidad, porque volví sola. O mejor dicho, yo entré a casa y él se fue. Al contrario de lo que yo había previsto, la pasé bastante bien. Vimos dos capítulos de una serie muy bizarra de la década del 70 sobre unos científicos japoneses que encontraban un monstruo asesino que vivía en un lago. Tenía los peores efectos especiales del mundo. Los chinos estaban en una nave que era igual a esas cocinitas de juguetería taiwanesa, con botones de plástico y calcomanías en forma de manijita que no abrían nada, y el monstruo era una especie de dinosaurio de papel maché, todo duro, que cuando se acostaba a dormir (sí, se acostaba como una persona) no cerraba los ojos porque los tenía pintados con témpera.

Lo primero que me llamó la atención fue que, apenas empezó la película, Ezequiel sacó de sus bolsillos miles y miles de golosinas (desde gomitas de eucalipto hasta chocolatitos en forma de osito) y empezó a comer uno atrás de otro durante toda la función. Después conocí a dos de sus amigos, y me contaron que todos los martes hace lo mismo y que nadie sabe por qué no explota como una piñata de colesterol.

La segunda cosa que me llamó la atención fue que cuando terminaron las series, Ezequiel me presentó a sus dos amigos y fuimos a comer con ellos, como si nos conociéramos de toda la vida. Ellos aparentaron que era una cena espontánea, pero yo sospecho que él quería que sus amigos me aprobaran.

Y por último, la tercera cosa que me llamó la atención fue que cuando llegamos a mi casa a la madrugada, Ezequiel me saludó y se fue. Y era nuestra tercera cita. Es verdad que la primera cita fue muy mala (*keywords*: muy mala) y que la segunda fue apenas una hora en un bar horrible, pero en esta conocí a sus amigos, fuimos al cine y me acompañó hasta mi casa. No es que yo esté ansiosa, más bien estoy desconcertada. ¿No se supone que trate de hacer algo? ¿No es que la tercera es la vencida? Y si no le gusto, por ejemplo, ¿no se supone que deje de llamarme, de mandarme *mails* y de invitarme a salir? ¿Les habrá caído mal a sus amigos? ¿Será porque le rechacé las golosinas? ¿Es la venganza por quedarme dormida?

## 28 de enero

Ayer tuve el cumpleaños de mi futuro cuñado, futuro marido de mi hermana y futuro yerno de mi madre. Iban a ir algunos amigos (entre ellos, Marisa y su marido) para cenar algo informal en su casa y terminar temprano, pero al final mi familia empezó a insistir con los juegos de mesa y no me pude ir hasta la una de la mañana.

—Lulú, vos vení a jugar con papá y conmigo, no vas a jugar sola, querida.

—No quiero jugar. No me gustan los juegos de mesa.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Te vas a sentar ahí? Vení a jugar, por favor. Vos podés contestar las preguntas de periodistas. ¿Hay de periodistas?

Y la estúpida de Marisa, la amiga de mi hermana, tampoco pudo callarse.

—¡No seas tonta, Lucía! ¡Que estés sola no quiere decir que no te puedas divertir! ¡Jugá con Juan! —dijo mientras agarraba a su marido del brazo y lo trataba de levantar del sillón para tirármelo encima—. ¡Y yo juego con tu mamá!

—No quiero... Gracias.

Pero insistió con prestarme a su marido.

—Pero dale, si yo lo tengo todo el día. ¿Qué me cuesta?

—No quiero, gracias.

La estúpida de Marisa se paró y me sentó a la fuerza al lado de su marido, sonriendo, orgullosa de su propia generosidad. (Hay que decir que su marido es exageradamente lindo. Tan lindo que nadie entiende qué hace con ella, que es un loro chillón que grazna en vez de hablar. ¿Cómo puede ser que un hombre con una mandíbula tan cuadrada, ojos tan verdes y espalda y brazos tan grandotes como Juan esté casado con esta gallina?)

Contento con la idea, Juan me guiñó un ojo y avisó:

—Esto va a ser un robo. Vamos a ganar, lejos.

—¡Eso está por verse, chiquito! —le contestó la estúpida.

No quiero exagerar, pero una hora después, la estúpida, mi madre y mi padre todavía no habían contestado una pregunta bien (incluso discutieron durante diez minutos que «Caminante no hay camino...» era un poema de Serrat). Mi madre se descostillaba de risa por sus burradas, y la estúpida de Marisa revoleaba los ojos, indignada, diciendo que a ellos les tocaban las más difíciles, que así no valía.

Pero eso no fue lo único que pasó durante esa hora. Yo no sé si su marido era tan lindo que empecé a alucinar, pero por momentos sentía que él apoyaba su pierna sobre la mía. Al principio pensé que era cortesía, como cuando los primos mayores sacan a bailar a sus tías solteronas en una fiesta, pero después confirmé que no era una alucinación cuando, como al pasar, mientras contaba casilleros y me pedía que tirara los dados porque yo era una chica con suerte, puso su mano

tibia sobre mi rodilla. Me sopló las manos, sacudí los dados, tiré y saqué cinco. Exactamente lo que necesitábamos para contestar por otra ficha.

Y cuando subí la vista, encantada con mi puntería, también noté que su mujer nos miraba en silencio, sin pestañear. Y como contestamos bien y teníamos que volver a tirar, mientras cuchicheábamos aprovechó para intervenir:

—¡Ay, ahora se los tiro yo! Yo también traigo suerte.

—¡Ni en pedo! ¡Vos sos yeta! Perdés a todo. Ni los mires —le dijo su marido.

—¡Juan, no es cierto!

Pero su marido ya me estaba hablando a mí.

—Si sacás un doce, nunca más voy a poder jugar con nadie que no seas vos. Nos toca arte, seguro la sabés, y después vamos al centro y la última.

Saqué diez, pero me acarició el brazo para consolarme, pícaro. La estúpida lo vio, frunció la nariz y se levantó para ir a la cocina.

—Yo no juego más, voy a hacer el café, que ya es retarde —dijo.

A los veinte minutos volvió con el café. Nosotros todavía rebotábamos y no podíamos caer justo en el casillero de arte.

—Bueno, tomamos el cafecito y vamos.

—Andá si querés, yo voy a ganar —le dijo su marido.

Un poco incómoda y adelantándome a la pelea conyugal inminente, me levanté para ir a buscar el edulcorante a la cocina, pero como no llegaba al estante superior, tuve que pedir ayuda. Juan vino corriendo a bajármelo y, cuando lo hizo, apoyó todo su cuerpo contra el mío.

Cuando salimos de la cocina nos esperaba su mujer con la cartera puesta y pidiendo disculpas porque estaba muy cansada y se quería ir en ese mismo momento. Por suerte, Juan se encogió de hombros y se puso a saludar a la gente. Yo estaba muy incómoda por la situación, así que me fui al baño, que queda en el fondo del pasillo, a hacer tiempo hasta que se fueran.

Esperé ahí unos cinco o seis minutos y después salí, aliviada. Pero todavía no se habían ido. Mientras la estúpida saludaba a todo el mundo y buscaba la fuente de la torta, el marido de la estúpida, el padre de su hija, el hombre de su vida, el buenmozo-inteligente-espaldasanchas de Juan, me agarró la cara con sus manos enormes y húmedas y me dio un beso. A tres metros de su esposa, con una puerta apenas entornada entre el escándalo y nosotros. Un beso largo, dedicado e incorrecto.

—Juaaaaaaaaaaaaaaaaa vamos porfavooooooooortengo sueeeeeeeño.

Y me pegó en la cola y se fue corriendo.

## 29 de enero

Hoy mi hermana me llamó varias veces. Me dejó algunos mensajes, pero la verdad es que no tenía ganas de hablar de nada. Sólo quería volver a casa, pedir



delivery y mirar tele berreta hasta quedarme dormida. Pero no pudo ser. Insistió tanto pero tanto, que no me quedó más remedio que atenderla.

—Lu, ¿escuchaste mi mensaje?

—Sí, no pude llamarte. ¿Pasa algo?

—No, no sé. Ayer me llamó Marisa resacada, dice que la semana que viene hay que organizar la revancha del partido y que te avise. ¿Pasó algo? ¿Vos le dijiste algo de que contestaba todo mal? ¿Alguien se burló? Mamá se burló, ¿no? Yo no sé qué le dijo, la escuché reírse nada más. Pero no era para enojarse... Es un juego. Yo creo que ella está mal con Juan y está nerviosa, y todo le pega mal. ¿Vos vas a ir? Yo tengo que ir, me llamó dos veces ayer para hablar de eso. Pobre, nunca fue muy inteligente tampoco, en la secundaria le costaba todo... ¿Y si vamos y la dejamos ganar un poco? Pobre, está re mal, me dijo que esta vez te iba a ganar, que iba a jugar de local como veinte veces. Me da pena. ¿La dejamos ganar?

—¿Me estás cargando?

—No, ella siempre fue así. Siempre se siente menos, se persigue.

—No lo de dejarla ganar, Iri, lo de ir. Yo no pienso ir. ¿Estás loca?

—Pensé que te habías divertido. ¡Si te matabas de risa!

—Bueno, olvidate. Yo no voy.

—Uh, seguro te va a llamar.

—¡No le des mi número!

—¡Ya se lo di ayer, me dijo que tenía que decirte algo! ¡No sabía que era algo de esto! ¿No te llamó?

—Ahora que lo decís, me parece que sí.

### 30 de enero

Ayer, después de mucho tiempo evitando a Matías, nos cruzamos en la presentación de un nuevo suplemento de la editorial. Como había gente cerca, traté de hacer la conversación lo más corta y prolija que pude. Lo felicité formalmente por el trabajo nuevo y me contó a grandes rasgos cómo le estaba yendo. Me preguntó por el trabajo viejo y le conté lo que ya sabía con otras palabras. El disfraz de compañeros de trabajo civilizados nos quedó perfecto, hasta que él decidió sacarse la careta y arruinarlo todo.

—Te llamé varias veces. También traté de hablarte en la oficina, pero siempre estás con alguien o te cruzo en el ascensor.

—Estuve ocupada, sí.

—Sí, ya vi.

—Ajá.

—Alguna vez vamos a tener que hablar en serio.

—Me tengo que ir, me están esperando —y agarré mi cartera para irme.

—En algún momento vamos a tener que hablar. Quedate, hablamos ahora y terminamos de una vez con este asunto.

—No quiero hablar. Me quiero ir —insistí.

—Es sólo hablar.

—No, no es sólo hablar. Cuando un vendedor de biblias te toca la puerta no lo tenés que dejar pasar. Nunca. Porque si lo dejás pasar, si abris la puerta sólo para que te muestre, te termina vendiendo la Biblia.

—No entiendo.

—Que no es sólo hablar. En algunos casos, como con el vendedor de biblias, hablar es sólo el principio.

—¿Entonces?

—Entonces nada... La única forma de que no te vendan una Biblia es no abrir la puerta.

**FEBRERO**

Faltan 135 días

### 3 de febrero

Ayer al mediodía fui a comer con una amiga y después me llevó a una feria en Palermo. Yo detesto esas ferias. Todos esos trapitos mal hechos, llenos de lunares y ribetitos verde loro de mala calidad, me dan ganas de llorar. Yo no sé que les enseñan en la universidad a esas chicas, pero querría que entiendan que más allá de expresar su mundito interior en los diseños que hacen, la moda debería hacernos a nosotras, sus clientas, más lindas y no más feas.

Ezequiel me llamó como a las tres de la tarde y le empecé a contar los esperpentos que estaba viendo: chalequito marrón y amarillo flúo con plumitas aplicadas en la manga, pollera de tul con *jean*, chatitas forradas en hojas secas. Haciéndose el espontáneo, me preguntó si quería quedarme por Palermo para ir a tomar algo más tarde. Y le dije que sí.

Cuando llegó, yo estaba hablando con mi hermana por el celular, que insistía con que Marisa estaba muy mal y que tenía que ir para levantarle el ánimo. Le expliqué que me caía mal, que no me interesaba si se tiraba de palomita por el balcón y me dijo: « Al menos hacelo por Juan, que te cae bien ». Pero le dije que no. Y corté.

Ezequiel, que había escuchado « palomita por el balcón », me preguntó si todo estaba bien y no tuve más remedio que hacer lo de siempre: mentir. Pero al rato, mientras Ezequiel me contaba la diferencia entre el arroz yamaní y el arroz moti, Irina volvió a llamar para presionarme.

Cuando corté, la curiosidad de Ezequiel se había agrandado peligrosamente.

—¿Pasa algo? Porque parece que pasa algo.

Pero se lo negué y retomamos las comparaciones, ahora entre alga nori y alga kombu.

Ezequiel es tan minucioso y tranquilo para charlar que hace rato dejó de aburrirme. Para una persona nerviosa, acelerada, torpe, inquieta como yo, sus palabras son un sedante.

Pero la tranquilidad de sus palabras tampoco duró. Un rato después volvió a sonar el celular y esta vez atendí furiosa.

—Linda...

—¿Quién sos?

—Juan.

—Pensé que era mi hermana. No puedo hablar, estoy ocupada. Quiero que me dejes de llamar, ¿sí?

Cuando corté me di cuenta de que iba a ser muy difícil enmarcar todo lo que había dicho recién en una explicación coherente para Ezequiel. Si de verdad no pasaba nada, ¿por qué estaba yo tan alterada?

—Si no me querés contar está bien, pero ¿está todo bien?

Y el celular empezó a sonar de nuevo. Y no lo atendí.

—¿No vas a atender?

—No.

—¿Querés que nos veamos en otro momento?

Me sentí realmente mal, porque sabía que si le decía que no, iba a tener que contarle algo. Y si le decía que sí, iba a arruinar todo. De repente mi vida parecía complicada y misteriosa, y lo último que quería era que pensara cosas raras sobre mí. Así que le conté todo. Pero todo. Que Marisa me había prestado a su marido, que su marido se me había insinuado de manera poco clara, que me había dado un beso detrás de una puerta y que ahora, su mujer, que estaba completamente loca, quería que yo fuera a su casa para hacerme algo, que como mínimo era ganarme al trivial y como máximo agarrarme de los pelos.

Pensé que se iba a enojar o que me iba a mirar como si yo fuese una perdida. Pero nada más lejos. Empezó a argumentar, tranquilo, varias razones por las que tenía que ir a jugar, y yo, que no pensaba ver nunca más a esa pareja diabólica, terminé llamando a mi hermana para pedirle la dirección de la casa.

## 4 de febrero

Apenas toqué timbre, Marisa me abrió la puerta inmediatamente. Tenía una sonrisa vengativa e infantil que la volvía una patética caricatura de ama de casa. Sin embargo, no sonrió durante mucho tiempo. Mi llegada la dejó muda. No por mí, por supuesto. A mí sí me estaba esperando.

—Marisa, Ezequiel. Ezequiel, Marisa.

Ezequiel casi no hablaba pero yo estaba sumamente enternecida con su presencia. Más que nada porque sé cuánto odia interactuar con gente, y más con desconocidos.

Mi plan era hacer todo rápido. Jugábamos unas dos horas, los aplastábamos como los bichos arrogantes y brutos que eran y nos íbamos a casa satisfechos por la paliza. Pero no pudo ser. La velada mutó en un espectáculo raro que ninguna de las dos (ni Marisa ni yo) habíamos planeado.

Mientras se lo iba presentando a todos, Ezequiel saludaba mudo. Ezequiel, Irina. Ezequiel, Pedro. Ezequiel, Juan. Ezequiel, mi papá. Y más de uno se llevó una sorpresa y sonrió pícaro, salvo mi mamá que se adelantó para aclarar.

—Nosotros ya nos conocemos, Lulú.

—¿Eh?

—Sí, sí. Nos vimos en tu casa aquella vez, ¿te acordás?

—No puede ser.

—Sí, querida. No nos presentaste. Él estaba en tu sillón, y yo quería pasar, no me dejaste. Pero por fin nos conocemos.

Y mientras se acercaba a darle un beso, yo sentía que si decía dos palabras más la iba a tener que desmayar rompiéndole un florero en la nuca por imbécil. Ezequiel estaba incómodo pero no aclaró que no era él, porque tampoco sabía de quién hablábamos. Yo traté de cambiar de tema y de ir hacia el living, pero mi mamá me agarró del codo y me pegó su lengua bífida en la oreja:

—¡No es puto entonces! ¡Qué rico que es!

Juan saludó como si no pasara nada y Marisa miraba, entre indignada y sorprendida. Mi mamá e Irina no paraban de sonreír, como si tuvieran que atender muy bien a Ezequiel para que no se me escapara, y mi papá, como siempre, no veía nada de lo que pasaba.

—¿Y cómo jugamos? ¿Como la otra vez? —preguntó Juan.

—Mmm no, y o no la presto —le contestó Ezequiel. Pero Juan no quiso saber nada. Entonces Ezequiel trató de interceder, pero tampoco tuvo éxito.

—Sí, es fácil. Mirá, vos con tu mujer, Lucía y yo juntos, ellos dos, ellos dos y ellos dos.

—Mejor vos jugá con mi mujer y yo juego con Lucía, entonces sí es revancha —insistió Juan.

—No, es que Lucía y yo siempre jugamos juntos —le mintió Ezequiel.

—Pero, Juan, mi amor, es más fácil si hacemos como él dice. Aparte jugamos juntos, la otra vez no pudimos porque Lucía...

—Sí, porque yo no tenía novio. Ya lo dijiste mil veces, Marisa.

—Bueno, che, encima que te presto a mi marido...

—Y te lo devolví *casi* sin usar. Casi como nuevo.

Ezequiel y yo nos reímos, tentados.

—¿Entonces cómo jugamos? —intervino mi papá.

—No sé, yo juego con mi marido.

—Yo juego con el chico nuevo y listo, Lulú —se metió mi madre.

—No. «El chico nuevo» juega conmigo. Vos jugás con papá, el chico viejo.

—El chico nuevo con Lucía, yo con Juan. Después de todo es mi marido.

—¿Y si jugamos a otra cosa que sea de a uno solo? —propuso mi hermana.

—No. Yo con Juan —insistió Marisa.

—¡No! ¡Es revancha! ¿Qué parte no entendés?

—¡Bueno, juguemos revancha, el problema es que vos no querés jugar con tu mujer! —le dijo Ezequiel a propósito.

—¡Porque antes no jugué con mi mujer!

—Ay, no quiere perder —dijo mi madre—. Es un juego. Marisa, vení con nosotros que también contestamos todo como el culo.

—Yo no contesto todo como el culo.

—Sí, y aparte sos yeta —le dijo su marido, sacado.

—¡Jugás conmigo!

Marisa agarró la ficha rosa (unos circulitos como quesitos en los que se van poniendo triangulitos según cómo vas contestando) y la puso en la salida.

—Somos rosas —y miró furiosa a su marido.

—¿Nosotros amarillos?

Juan guardó la ficha de su esposa y dijo:

—No. Yo soy amarillo con Lucía.

—Juan, te lo aviso. Somos rosas.

—No somos nada vos y yo. Yo juego con Lucía.

Y en ese momento Marisa se hartó. Balanceó sus brazos y con todas sus fuerzas revoleó el tablero con ambas manos, mientras gritaba algo como un «Aaaaaaaaagrrrrrrrrrh» agudo como el ruido de miles de alfileres cayéndose al piso. Nos tapamos la cara para protegernos de las fichas voladoras, y su marido, incrédulo y quietito, la miró irse hacia el cuarto, llorando a moco tendido. Irina atinó a seguirla, pero Juan la detuvo.

—Dejala, ya se le va a pasar —dijo frotándose las manos—. ¿Entonces? ¿Cómo jugamos?

## 5 de febrero

El domingo, cuando salimos de lo de Marisa, Ezequiel empezó a ser, para mí, uno de esos caballeros que te ponen la capa en el piso para cruzar un charco. Él estaba más nervioso que yo y creo que abrió la boca diez veces en toda la noche, pero estuvo tan bien que le hubiera pellizcado los cachetes.

Por otro lado, el resultado no fue un triunfo completo. Yo sigo llevando a las reuniones novios que no son mis novios y dándole la razón a mi mamá. Así es como empecé todo esto, y tres meses después estoy en el mismo lugar.

Pongamos las cosas en claro: si un chico te invita a cenar a su casa y no pasa nada, está todo bien (o más o menos). Pero si después conocés a sus amigos, conoce a tu familia y sigue sin pasar nada, la situación es clarísima: no le interesás. No hay que forzar el asunto o hacer pruebas para demostrarlo. Tampoco hay que enroscarse o buscar motivos secretos. Nadie es tan tímido, ni tan correcto, ni tan dudoso.

Es verdad que estamos saliendo, pero nunca pasó nada. ¿No es raro? Ni siquiera nos agarramos de la mano. ¿Soy yo que estoy desesperada o es él que es demasiado tímido? ¿Puedo considerarlo un novio potencial cuando ni siquiera nos acostamos? ¿No es más parecido a un amigo? ¿Y si se está probando conmigo

que no es gay? ¿O me quiere porque llegó virgen a los treinta? ¿Si todavía está enamorado de su ex pareja y quiere sacársela de la cabeza saliendo conmigo? ¿Y si no le gusto pero está haciendo un gran esfuerzo? ¿O si soy una apuesta con sus amigos?

## 6 de febrero

Hoy llegué a la oficina, me hice mi café con leche enorme, dejé mi ensalada en la heladera, saludé y me senté a trabajar. O mejor dicho, a pretrabajar. Porque lo primero que hago todos los días es leer algunos diarios, revisar *mails* y ordenar un poco el escritorio.

Y mientras ordenaba el lío de mi escritorio lo vi. Adentro de mi cajón había un libro azul que no era mío. Lo saqué para llevárselo a Gisela (seguro lo había puesto la gente de limpieza y alguien lo reclamaría pronto), pero a mitad de camino me di cuenta de que sí era para mí. Era una Biblia y definitivamente la había dejado Matías. Qué engreído. Pero qué ocurrente.

## 7 de febrero

Esta mañana se cayó el sitio del lugar en el que trabajo. Me acordé de esos días en los que faltaba el profesor en el colegio y todos nos quedábamos en el aula, sin hacer nada de nada, como los participantes de Gran Hermano. Ante la falta de trabajo y la espera indefinida, tuve que interactuar más de lo que hubiera querido con Marcelo, que como es amigo de todo el mundo, siempre sabe lo que está pasando. Mientras tanto, Matías hablaba con su nuevo jefe, me miraba y me hacía risitas tontísimas desde lejos. Pero no risitas cínicas de galán agrandado. Risitas de adolescente pavo. De hecho, sentí tanta vergüenza ajena que le tuve que hacer señas de que la cortara, como una madre que reprime a sus hijos con el ceño fruncido y los reproches atrapados entre dientes.

Mientras hablábamos del funcionamiento normal de la web, Marcelo se dio cuenta de lo que estaba pasando y me interrogó:

—¿Están...? Él y vos, digo.

—No, no. Lo hace para molestarme.

—Ah. ¿Y te molesta?

—A veces. ¿Vos?

—¿Yo?

—Vos y... ¿Cómo se llamaba la ex de Matías...?

—Somos amigos.

Al rato, Matías dejó de hablar con su jefe y vino a molestar a mi escritorio.

—Ésa sí que no la vi venir —dijo haciéndose el gracioso—. ¿Él y vos?



—¿Marcelo y yo? Ah, no te puedo decir... ¡Pero nunca, nunca se sabe quién está con quién! En esta oficina hay una sorpresa detrás de cada puerta. Vos deberías saber mejor que nadie.

—Nunca vas a dejar de hablar de eso, ¿no?

—No. Pero deberías estar contento, al menos te hablo.

—Decime qué querés que haga y lo hago. ¿Querés que me mude y cambie de teléfono? ¿Querés que la traiga acá y le haga jurar que no la volví a llamar? No le vuelvo a hablar, no la vuelvo a ver, la convenzo de que se case con Marcelo, la vendo a un tratante de blancas, la piso con el auto. Decime qué tengo que hacer y yo lo hago.

—No quiero nada. Quiero que me dejes en paz.

—Uf. Te juro que es la última vez que te pregunto. ¿Hay alguna chance de que, alguna vez, por algún motivo me perdones?

Tragué saliva, junté coraje y le dije lo que me hubiese gustado sentir.

—No.

## 9 de febrero

Ayer Ezequiel vino a comer una *pizza* a casa y a ver una película. Y no pasó nada de nuevo. Mientras mirábamos la película, yo no podía dejar de pensar en eso. Por momentos me enojaba (¡Me estaba haciendo perder días preciosos!), en otros me angustiaba mucho (por la incertidumbre), en otros me sentía realmente mal (¿Tan fea soy que no quiere acostarse conmigo?) y de pronto pensaba que él era gay, estúpido o impotente y quería entrar en el mundo de los maridos apócrifos de mi mano obediente y generosa.

Y así me quedé casi toda la noche, angustiada, enroscada, meditativa, hasta que en un momento no aguanté más. Mientras él hablaba de la orientación de mi departamento o de origami tradicional, me empecé a acordar de una fiesta en séptimo grado en la que nadie me había sacado a bailar y me angustié muchísimo. Y alentada por mi creciente paranoia, el consumo de cerveza y el calor residual del horno en el departamento, me puse a llorar.

Aunque esa situación incierta y contradictoria me venía poniendo nerviosa desde hacía un tiempo, ahora no lloraba por eso. Lloraba por otra cosa. Lejos de ser una nena insegura, yo tenía la certeza de que no le gustaba, y eso es una espina clavada en la autoestima para cualquier persona. Uno puede ponerle el nombre que quiera. Algunas mujeres eligen llamarlo timidez, otras prefieren decirle inseguridad. Pero la realidad es otra: había tenido mil oportunidades para hacer algo y había elegido no hacerlo. Darle yo un beso (que era mi plan original) era una misión suicida. ¿Para qué intentar besar a alguien que estuvo de noche en tu casa, conoció a tu familia, te presentó a sus amigos, te invitó a salir diez veces y nunca encontró ocasión de besarte? Era una locura. Yo seré

insegura, fóbica, incluso tonta, pero no soy negadora.

Todo eso, sumado a la presión por encontrar a alguien adecuado y hacer las cosas bien, finalmente me estalló en la cara.

Ezequiel, previsiblemente, se quedó perplejo ante mis lágrimas.

—¿Pero qué te pasa??

Yo trataba de parar de llorar, porque sabía que era un papelón. Pero no podía. El agua se me escapaba por todos lados como en una inundación.

—Che, che, ¿qué te pasa?

Ezequiel me secó las lágrimas con una servilleta. Me preguntó si le quería contar, pero obviamente le dije que no. Prefería estar muerta antes de mirarlo a la cara y confesarle semejante vergüenza.

—¿Querés que me vaya para casa y mañana te llamo?

—No.

—¿Pero estás bien?

—Sí.

Mi cerebro trabajaba como una cuadrilla de bomberos tratando de sofocar el incidente, pero no había caso. El agua se regeneraba como en un milagro bíblico. Cada vez tenía la cara más mojada.

—¿No me querés contar?

—No.

—Creo que lo mejor es que me vaya. Yo te llamo mañana y si tenés ganas, me contás.

—Ok

Ezequiel se fue y me tiré en la cama a sentir autocompasión de mí, a llorar y a comer bordes de *pizza*, pero quince minutos después el teléfono me sacó de mi monólogo interior.

—¿Estás mejor?

—No.

Y pensé que debía decirle todo y después mandarlo a la mierda. Al menos tener ese mínimo placer de avisarle que yo sabía que era un anormal y decirle que se metiera el arroz y amani en el culo. Y empecé.

—Mirá, yo no sé qué clase de tara tenés vos. Pero en mi mundito, invitás a alguien a salir diez veces sólo si te gusta. Primero, porque no tiene sentido perder tiempo, y segundo, porque no está bien llenar de expectativas, confundir, hacer sentir inseguros, raros, feos, estúpidos a los demás.

Y seguí echándole en cara sus mensajes contradictorios, su comportamiento retorcido y su evidente y preocupante cantidad de tiempo libre para joder a los demás. Y cuando pensé que me iba a cortar, me dijo:

—Voy para allá y te doy un beso ahora.

—¿Ahora?

—Sí, voy, te doy un beso y me vuelvo. Otra forma de arreglarlo no tengo. Ya

hice el lío, ahora pensás cualquier cosa. Es mi culpa, voy y lo arreglo.

—Como si fueses un plomero con garantía...

—No... O sea, sí. Sí, ponle que es una garantía por la cita fallida. Vos te quedaste dormida. Yo no te di un beso a tiempo, así que me vuelvo y te lo doy.

—No sé.

—Estoy ahí en quince minutos. O en veinte. Bueno, más o menos.

Y cortó.

Tuve veinte minutos para tratar de arreglarme la cara, sacar la caja de *pizza* de la cama, esconder las pantuflas, ordenar un poco el living. Y casi no me alcanza, porque cuando estaba peinándome por segunda vez (parecía la Pantera Rosa cuando sale del lavarropas), Ezequiel tocó timbre.

Nerviosa, le abrí la puerta. Él estaba nervioso también.

—Hiciste rápido.

Y me dio un beso. Y otro, y otro. Y así estuvimos unos diez minutos, besándonos contra la pared de ladrillos del edificio, aplastando una pobre planta contra el portero eléctrico, con la calle desierta. Hasta que paramos, corrimos la planta (que ya estaba bastante cachuza) y antes de que yo le dijera de subir, o que subamos naturalmente, Ezequiel se adelantó y me dijo:

—Bueno, te llamo mañana.

Y yo me quedé dura, sin entender muy bien a qué se refería con que me llamaba mañana. Pero entendí inmediatamente cuando me dio otro beso, paró un taxi en la puerta de casa y se fue, sonriendo, como si hubiésemos pasado una velada apasionante.

## 10 de febrero | ¿Quiero un Matías o un Ezequiel?

Hasta ahora había creído que estaba eligiendo un hombre. Como cuando elegís pollo o carne en una cena, pasillo o ventanilla en el micro, aceto o vinagre en la ensalada. ¿Matías o Ezequiel? ¿El malo o el bueno? ¿El divertido o el aburrido? ¿Quiero uno que me haga morir de risa o uno que me abraze de noche? ¿Necesito saber todo lo que va a pasar en la relación o ir viviendo el día a día sin saber adónde voy? ¿Prefiero sorpresa o seguridad? ¿Qué quiero? Pero ayer a la noche tuve una revelación. O mejor dicho, dos. Esta decisión no tiene nada que ver con elegir un hombre; ni siquiera tiene que ver con elegir un modelo de hombre. Tiene que ver con una mujer. Yo tengo que decidir qué quiero para mí. Si bien esto empezó como una apuesta, ¿es la apuesta mi motor genuino o una mera excusa para reconocer que quiero estar en pareja? ¿De qué se trata esta búsqueda? ¿Estoy buscando una cita para la boda o el amor de mi vida? Si estoy buscando una cita para la fiesta, es simple: me conviene Ezequiel. Si estoy buscando el amor de mi vida, es más fácil todavía: Ezequiel es un gran compañero pero nunca va a ser el amor de mi vida.

Entonces, si defino qué estoy buscando, elegir a un hombre es la parte más sencilla. Se define solo. ¿Pero realmente estoy eligiendo sólo un hombre? ¿No estoy, de alguna manera, repitiendo la misma decisión que tomo cada vez que elijo la ropa a la mañana o un destino para las vacaciones? ¿No es acaso una duda universal, un cliché? ¿Voy a estudiar la carrera que más me conviene o la que más me gusta? ¿Voy a irme a vivir al barrio más lindo o al que me queda más cerca? ¿Prefiero un par de zapatos buenos y cómodos o unos stilettos infantiles?

Tengo que decidir qué clase de mujer soy. Si yo fuese a un programa de televisión a jugar por un millón de dólares... ¿sería la que se retira en la quinta ronda con cincuenta mil dólares seguros o la que sigue arriesgando hasta la última vuelta para ganar el premio mayor? ¿Soy de las que se quedan con la carta que les tocó o las que vuelven a pedir carta aunque se pasen de veintiuno? ¿Soy de las que se meten hasta el fondo del mar o de las que se mojan los pies?

## **11 de febrero**

Desde el viernes pasado hablé dos veces por teléfono con Ezequiel. La primera vez intentamos evitar el tema de los besos de la cita anterior, pero en la segunda conversación ya no fue tan fácil. El agujero que dejaba ese tema era demasiado grande.

Tengo que tomar una decisión. Ezequiel tiene algo raro. Nadie te presenta a sus amigos y conoce a tu familia cuando ni siquiera te dio la mano para cruzar la calle. Toda su conducta es demasiado misteriosa, entrecortada, indescifrable. Si decido seguir viendo a Ezequiel, es bajo mi exclusiva responsabilidad: estaría eligiendo meterme hasta el fondo en una relación que arrancó mal desde el primer momento.

¿Y si en realidad Ezequiel es un traumado y yo estoy acá, perdiendo el tiempo mientras Internet está lleno de solteros potables que quieren conocerme? ¿Para qué insisto con un hombre que no termina de convencerme, que no quiere acostarse conmigo y que ni siquiera quiere hablar del tema?

## **12 de febrero**

Ayer, después de muchas vueltas, finalmente no pude más. Traté y traté de contenerme, pero la curiosidad hizo lo suyo y tuve que preguntarle a Ezequiel por qué razón, luego de varias citas y cientos de llamados, todavía no había intentado acostarse conmigo. Un papelón, ya sé. Pero tenía que saber. Así que lo llamé.

—Nosotros salimos unas diez veces, ¿no? Y a pesar de que nos conocimos en un coso... de ¿citas?, me parece que esta relación, sin querer, se está yendo hacia

otro lado. No sé si por vos o por mí, da igual. Pero me parece que sin planearlo nos hicimos como amigos. Yo hago con vos lo mismo que con mis amigas. Veo películas, hablo por teléfono, voy a comer. Entonces, para mí, somos amigos. Y yo, cuando me inscribí en el portal ¿de citas?, buscaba otra cosa. No sé si me explico.

—¿Es por lo del beso?

—Sí y no. Es todo. Es el tono de las conversaciones, los *mails*, los besos, los no-besos. No es que yo esté apurada, es que es... demasiado raro. Y ya sé, nada es normal, todo es raro, pero a la larga, la excentricidad termina aburriendo a todo el mundo.

—Es que yo no soy así...

—¿Así como?

—Así, muy sexual. No sé, no me interesa tanto.

—¿Cómo?

—O sea, no es que no me guste, pero me aburre un poco. No sé, ponele que entre comer y tener sexo, por ejemplo, prefiero comer.

—Yo no hablaba de sexo necesariamente, pero ahora entiendo más...

—Pero no te asustes, o sea, suena más grave de lo que es. Me da fiaca, nada más.

—No, no. No estoy asustada. Sólo estoy haciendo memoria.

—¿Y?

—Y nada, que ahora entiendo muchas cosas.

## 13 de febrero

Hoy Matías me dejó dos entradas para el cine en mi escritorio. Son para el sábado a la noche. Presumo que las sacó antes de entrar a la oficina o se las regalaron. La verdad es que no sé ni me interesa. Tanto es así, que fui a devolvérselas inmediatamente, para que no se confundiera. Pero cuando llegué, me sorprendí. Me estaba esperando risueño, en su nuevo escritorio, como si supiera que yo iba a ir a devolverlas.

No pudimos hablar demasiado porque había gente. Previsiblemente, yo traté de darle las entradas y él las rechazó. Me dijo que si no quería, que no fuera, y me sacó una entrada de la mano.

—Te voy a estar esperando —me dijo, mientras se abanicaba con su entrada.

—Llevá calzado cómodo porque vas a estar parado toda la noche —le respondí mientras me iba.

## 14 de febrero

Ayer tuve un sueño rarísimo otra vez. Resulta que yo iba para la casa de Ezequiel, con una bolsa llena de golosinas en la cartera, y en la mitad del recorrido se sube al colectivo el chanco para controlar los boletos (¿Todos le dicen «el chanco» o soy yo?). Apenas lo veo empiezo a buscar el mío, pero como no lo encuentro tengo que empezar a vaciar la cartera en el asiento de al lado. Saco la bolsa de golosinas, el portacosméticos, el celular, las llaves, una barra de cereal, un pote de crema para manos. Pero en ese momento el chanco me detiene en seco:

—Abra la bolsa, por favor —me dice, señalando la bolsa de golosinas.

—¿Qué?

—Que abra la bolsa.

Tímidamente abro la bolsa y se ven los relucientes envoltorios metalizados del chocolate, una bolsa rebalsando puercos caramelos, paragüitas, bananitas, mentitas y otras miniaturas escandalosamente engordantes.

Entonces el chanco mira hacia el fondo del colectivo y grita:

—¡Adrián, vení! ¡Creo que tenemos un problema!

Miro hacia el fondo del colectivo y Adrián Cormillot, vestido de chanco, está marcando boletos. Viene hasta donde estoy yo, mira la bolsa y me dice.

—Vos sabés muy bien que no podés comer estas cosas.

—Pero si yo no estoy en el concurso de la tele...

—El colectivo es propiedad del programa de televisión, así que técnicamente sí estás participando. Mi padre, Alberto Cormillot, tiene alfajores, gelatinas, bocaditos, colectivos, programas de televisión, un montón de cosas que vos no sabés.

—Tenés que pagar \$4,40 por cada golosina —me dice el chanco.

—¡Pero son millones!

—No te parecieron millones cuando las compraste —me dice Adrián Cormillot.

Empecé a buscar plata en la cartera, pero obviamente no tenía y me ponía nerviosa de nuevo. Pero más por las golosinas que por el dinero.

—¿Y las golosinas?

—Las tenemos que confiscar.

—¡No! Por favor, voy a una cita. Dejame las bananitas aunque sea.

—No. Son trescientos sesenta pesos.

Les pagué todo ese dinero (no sé cómo tenía yo esa cantidad de plata encima) y se llevaron mis golosinas. Bajaron en la parada siguiente y apenas el colectivo arrancó, los vi desenvolverse un Bon o Bon y me volví loca. Mientras el colectivo se alejaba, abrí la ventanilla y grité:

—¡Corrupto! ¡Te voy a denunciar, Adrián!

Y me despertó la alarma del celular.

## **15 de febrero**

Estoy decidida. No voy a ir al cine.

## **15 de febrero, más tarde**

Entre mirar televisión en pantuflas e ir al cine, me quedo con la televisión. Toda la vida.

## **16 de febrero**

Último día para ir al cine.

## **18 de febrero | Me decido por Ezequiel**

Después de una semana de ostracismo y meditación vueltera femenina, resolví dejar de distraerme con las galanterías chantas de Matías y concentrarme en mi relación con Ezequiel. Es verdad que hay algunas cosas que no funcionan, con las que no estoy conforme, pero en ese momento creí que era lo mejor. O eso sentí. Empecé a extrañar su calidez, su estabilidad, su compañerismo y, sobre todo, su presencia serena del otro lado del teléfono. Supongo que sin asumirlo de manera consciente, me di cuenta de que lo mejor para mí era elegirlo a él.

Si tengo que ser sincera, nunca se me cruzó por la cabeza que pudiera estar enojado. Pensé que iba a interpretar que había tenido una semana complicada y listo. Que íbamos a empezar de nuevo, que yo me iba a portar bien, que íbamos a esperar el momento adecuado para tener sexo. (Nota mental: ¿Es tan importante el sexo? ¿Qué hacen los matrimonios de ochenta años? ¿Se divorcian?) Pero me equivoqué. Yo estaba tan metida en mi triángulo amoroso de telenovela que di por sentado que él me iba a estar esperando, tejiendo y destejiendo como una abuela. Sin embargo, ayer, cuando lo llamé para hacer algo, me llevé flor de sorpresa.

—¿Te desperté? Sí, soy yo... Sí, yo también me sorprendí. Tengo que verte. Tengo que hablar con vos.

Pensé todo lo que le iba a decir: que el sexo no era tan importante, que lo importante era pasarla bien cuando estábamos juntos, que sólo me interesaba estar con él, que iba a ser más dedicada y atenta. En fin, que desde ese momento, todo iba a ser perfecto.

Pero apenas lo saludé en la puerta del bar, supe que había problemas. Porque en vez del besito habitual, me pegó la cara en la mejilla y desvió la mirada, como si mi presencia lo molestara profundamente. Y no quiso escucharme. Me

pidió que lo escuchara a él.

Lo primero que hizo fue resumirme, como si yo fuese una extraña, todas las instancias de nuestra relación. Me dijo que él sentía que yo no le daba un lugar en mi vida, que estaba con él por comodidad, que no me esforzaba, que la mitad de los días estaba de malhumor y que siempre tenía algún problema increíble dando vueltas. Que estaba cansado. No de la relación. No de tratar de hacer que funcione. Que estaba cansado de mí.

Cuando escuché esto, me quedé dura. Porque no lo había pensado. Pero ahora que lo decía, sonaba bastante lógico. La verdad es que estaba demasiado concentrada en mis problemas, mis elecciones, mis dudas. Y asumí que él iba a estar ahí hasta que yo las resolviera.

Le pedí perdón, le dije que había sido una época complicada para mí. Y él dijo que todas las épocas eran complicadas para mí. Que yo dominaba, como nadie, el arte del problema. Que siempre tenía un dolor de cabeza, un altercado con una conocida o un familiar, un desquite pendiente con una amiga o cuentas sin resolver que me ocupaban casi todo el día.

—¿Entonces?

—No sé. O sea, yo me cansé. La primera vez te quedaste dormida. ¿Entendés?

—Pero ya te expliqué.

—Sí, ya sé. Pero no es eso. Es todo. Te quedás dormida en mi cara, no me llamas, no te importa no verme una semana entera, no me contestás los mensajes del celular...

—Dicho así suena mal, pero también te mandé *mails*... Y otras cosas... Que ahora no me acuerdo.

—No hay otras cosas. Por ahí vos no querés estar con alguien... Por ahí los demás, tu vieja, tu hermana, tu amiga, quieren que vos estés con alguien. No sé, no sé. No quiero decir cosas que no sé. Lo único que te digo es esto. Que esta semana fue demasiado. Se me acabó la paciencia con vos.

—¿Entonces?

—Entonces nada. Me parece que no tiene sentido insistir...

—¿Es una venganza?

—No. No soy yo, sos vos.

—O los otros.

—No. Creeme que sos vos.

Nos despedimos en la calle, de manera un poco artificial. Yo estaba incómoda por todo lo que me había dicho y él por haberme tenido que decir cosas tan obvias.

La verdad es que no lo vi venir, pero ahora, mientras lo escribo acá, todo suena tan previsible, tan lógico. Me siento como en esas películas de terror en las que el protagonista mira fijamente un vacío y el monstruo aparece, de repente,



por otro lado. No lo vi venir. O no lo pensé. O no quise verlo. La verdad es que no sé, pero qué problema, qué problema...

## 19 de febrero

Ayer, cuando llegué a la oficina, me encontré la entrada de Matías, húmeda y lánguida, en mi escritorio. No había ningún juego, ningún doble sentido, ninguna gracia. Sólo la entrada, como una carta que devuelve el correo o un artículo fallado. Sólo eso.

## 20 de febrero | De nuevo sola

Cuando era virgen (que fue por mucho tiempo, porque fui virgen hasta los veintiuno), cada vez que subía a un colectivo, iba a un shopping o a cualquier lugar con mucha gente de mi edad, me torturaba pensando cuánta gente de la que estaba ahí sería virgen también. ¿Serían cinco o diez? ¿Esos dos pibes de dieciséis años serían vírgenes? ¿Se darían cuenta de que yo lo era? ¿Seríamos vírgenes sólo la gordita de allá y yo? ¿Y la rubiecita con cara de gila? ¿Ésa tenía que ser de mi club!

Más tarde, cuando dejé de ser virgen, me empecé a autoflagelar con otros pensamientos maniacos relacionados, más que nada, con la soledad. Todavía lo hago. Me gusta entrar en un lugar lleno de gente y pensar quiénes parecen estar solos y por qué. A veces me interesa la estadística, a veces los motivos y a veces ensañarme con alguna mujer en particular: ¿La petisa esa estará casada? ¿La de la micromini tendrá novio? ¿Cómo puede ser? ¿Será ese morocho el marido de la petisa?

En una zapatería, para poner un ejemplo, me gusta calcular el porcentaje de solteros basándome en algunas impresiones concretas. ¿Se prueba botas blancas con taco aguja? Soltera. ¿Mocasines de cuero? Casada y con tres hijos. ¿Sandalías doradas con strass? Tiene novio y van a un casamiento. En el supermercado hago algo parecido. ¿Una botella de *whisky*? Divorciada. ¿Vino tinto? En pareja. ¿Vodka? Sola. ¿Ananá fizz? Casada, con dos nenes, y la suegra que vive en casa.

Desde el domingo, volví a estar sola. Como una planta torcida que trataron de enderezar con un palito pero volvió a encontrar la forma (y la fuerza) para doblarse de nuevo. Y digo «volví a estar sola» y no «estoy sola», porque «volver a estar sola», repito, es un estado muy diferente a la soledad.

La soledad es cómoda, pachorra, segura. A mí me gusta estar sola. Pero volver a estar sola es otra cosa. Es angustiante, diferente. Porque cuando una está sola siente que la soledad es la norma. La rutina es trabajar, ir a casa, salir con amigas, volver, trabajar, ir a casa, salir a cenar con una compañera de trabajo,

volver a casa. Conocer a alguien es, en esos casos, la excepción de la norma, el evento extraordinario que llega para transformar la rutina, para alterar el statu quo.

Volver a estar sola, en cambio, implica una carencia. Una perdió algo. El estado normal era el anterior y la novedad es no tenerlo. Desaparece la expectativa, el objetivo, el anhelo. Ya no miramos el celular esperando que alguien nos llame, porque nadie va a llamarnos. No esperamos pasar al próximo nivel de una relación, ni que nos digan por fin que nos quieren, que nos presenten a sus padres o nos propongan ir de vacaciones juntos.

Ya no hay nada que esperar, y al mismo tiempo, paradójicamente, todo es espera.

Yo sé que hay muchas cosas divertidas para hacer, que la vida no es sólo estar en pareja. Es cierto. Ya sé. Pero esos pensamientos los tiene la gente que está sola. Los que volvemos a estar solos, en cambio, nos comportamos igual que yo en la zapatería. Cuando vemos gente no pensamos en diversión, ni en actividades, ni en intereses. Pensamos si está sola o en pareja. Y eso es así hasta que nos olvidamos de haber estado con alguien y estamos solos de nuevo.

## 21 de febrero

Después de un mes y medio de evadir reuniones sobre el casamiento de mi hermana, hoy se me acabaron las excusas para faltar. No sé para qué voy. No me interesa nada de lo que dicen, y a ellas mi opinión siempre les parece infantil.

No sé si soy yo, o todos están locos. Pero debaten sobre el color de unas cintas con tanta seriedad, que por momentos me encuentro argumentando a favor del color blanco como si realmente fuera importante.

**Debate 1.** Los mejores amigos de mis padres están divorciados y se odian. Son, además, los padrinos de mi hermana y los dos amenazaron con que si va el otro ellos no van.

—No hay que preocuparse, Silvia es bo-rra-chí-si-ma, y más ahora. Yo arreglo para que le llenen el vaso de *whisky* unas cuantas veces antes de las diez, y santo remedio.

—¡Pero mamá! ¡No quiero que esté borracha en mi fiesta!

—No te preocupes, la tiramos en el guardarropa o algo.

**Debate 2.** Sin duda, el gran debate fue quién se sentaba con quién. Mi madre preguntó si «el chico nuevo» iba a venir. Desesperada, mentí. Le dije que faltaba mucho, pero que probablemente vendría. Espero que no se acuerde qué cara tenía.

—En las peores mesas pongamos a los más humildes, que seguro te regalan

cositas baratas. ¿Pusiste cositas baratas en la lista? Hay que poner para todo el mundo porque si no, se hacen los vivos y no te regalan nada con la excusa de que son pobres. No hay que darles ocasión.

—Mamá, es refeo lo que estás diciendo.

—Claro que no, la hija de Silvia sentó a la gente fea y pobre al fondo, para que no la vieran los clientes del padre. Según Silvia, tenían vestidos espantosos. Yo no los vi. Ella quería poner una cortina, pero el yerno no la dejó. Eso sí es horrible. Aunque se entiende, porque el padre tiene clientes importantes.

**Debate 3.** Teníamos que buscar fotos de cuando Irina era chica para un video, pero a mi mamá, salvo las de cuando teníamos tres años, ninguna le parecía bien. Como insistimos, se enojó y nos dijo que nos ocupáramos nosotras.

—Lo único que digo es que no hay necesidad de poner aquellas donde están gordas... Es lo único.

—No estamos gordas, mamá, tenemos unos kilos de más que no se notan.

—¡Pero qué no se van a notar! ¡Vos misma lo decís: kilos DE-MÁS-DE-MÁS!

—¡Pero son pocos! ¡No son cincuenta!

—¡Pero qué necesidad hay! ¡Si hay otras fotos en donde están tan lindas!

—Pero no podemos poner fotos hasta los once años, una de un verano anoréxicas, y saltar a las de ahora.

—Bueno, de ahora yo pondría. Pongamos hasta los once y la de ese verano, llenamos con fotos de familiares en las que salgas lejos, y ponemos alguna de ahora, que estás divina, mi amor.

—Pero la idea es poner fotos desde que naciste hasta ahora.

—Bueno, lo hubieran pensado antes. Entre comer y ser lindas eligieron comer, así que ahora no se quejen si en las fotos salen gordas.

## 22 de febrero

Hoy, viernes a las cinco de la tarde, Marcelo Ugly me clavó un puñal en el corazón. Se acercó a mi escritorio, y sin anestesia, argumentando preocupación por mis ojos llorosos y las cuatro cafiaspirinas que me tomé a la mañana, me hizo una invitación.

—Che, Lucía, hoy a la salida de la oficina, el grupo de los que estamos solos de acá vamos al bar de enfrente a tomar algo. Deberías venir. Te va a hacer bien divertirse.

Me siento en una de esas comedias de los 80 parecidas a *Porky's* o *La venganza de los nerds*. No quiero ser del grupo de «los que están solos». Quiero ser de «los solteros y fabulosos», o de los «felizmente enamorados». Y sin embargo, no puedo. Estoy condenada al gueto de los perdedores.

Mientras Marcelo me miraba esperando una respuesta, repasé mi situación: mis amigas están todas casadas y no entienden la presión que siento. No puedo pedirles que salgan conmigo ni pedirles que me presenten a nadie, porque si tuvieran un soltero decente a mano se hubieran casado con él. Si lo tienen suelto, es porque no lo quisieron para ellas. Tampoco voy a frecuentar otra vez un portal de citas porque la experiencia anterior fue desastrosa. Salir sola a un bar o un boliche está fuera de discusión. Y como no hago cursos, ni voy a la facultad, ni soy socia de un club, la única forma de renovar mi círculo social es mi trabajo.

Así que, urgida por este razonamiento defectuoso, acepté ir al bar con «el grupo de los que están solos».

Antes que nada, quiero decir que «el grupo de los que están solos» es un grupo humano excelente. Son amables, generosos, gente de buen corazón. Me trataron con mucho cariño y les agradezco profundamente la gentileza de haberme invitado. Pero tengo que decir también que están hechos mierda. Pero hechos mierda en serio. Su vida es como un viaje en un tren fantasma lleno de cucos. Yo me creía que estaba mal, pero mi rutina, comparada con la vida de Graciela de contaduría, es un cuento de hadas. Tanto es así que después de escucharla hablar de su madre durante dos gin tonics, pensé en hacerle jurar a mi hermana que si alguna vez me transformo en una solterona así, me pegue un tiro por la espalda sin preguntarme nada.

El primero que me recibió fue Piñata.

—Bueno Luzía, yo zoi Piñata, un plazer, ezlla ez Zraziela, tenemoz nueztra cantante que ez Zhizela, a Marzelo zha lo conoze, el rubio Zilvani —todos se ríen y le señalan el pelo—, y hay unoz cuantoz que no vinieron hoy pero zomoz bocha. ¿Qué queréz tomar?

Piñata contó con lujo de detalles su última relación. Al parecer, conoció por chat a una artista venezolana y hablaron durante seis meses por teléfono. Según él, le mandó una foto actualizada, pero nadie le creyó, porque apenas la mujer esta lo vio en el aeropuerto, puso una cara de miedo horrible y se quiso hospedar en un hotel. De más está decir que a los tres días le dijo que su papá se había descompensado, se volvió a Venezuela y jamás le volvió a contestar un *mail*.

Graciela, por su parte, no quiere saber nada con los hombres. Dice que así está perfecta. Que si quiere ver televisión bien fuerte, lo hace. Que si quiere (cito textual) ir a una confitería (*keyword*: confitería) a tomarse un cafecito, se lo toma. Que si no quiere cenar, no cena. Y un montón de solteroneces que me dejaron boquiabierta. La idea de que alguien se haya sobreadaptado a su soledad a tal punto, que sea capaz de creer que no quiere dormir acompañado o tener hijos para poder tomar cafecitos cuando quiera, me dejó pasmada. Además, ni siquiera cree que su relación anormal y simbiótica con su madre de setenta y seis años sea un problema.

—Yo me tendría que ir retirando, porque son las dos y mi mamá es mayor —

dijo Graciela mientras se acomodaba los anteojos y la blusa.

—¡Quedate, Zraziela! No zeaz tonta, zu vieja za debe ezar dozmida.

—No puedo, Ernesto... —sólo Graciela le dice «Ernesto» a Piñata—. Ella es así, no se va a dormir hasta que yo llego.

—¡Pero zche, Zraziela, zomoz grandez, zamala de mi zelulaz!

—¡Piñata, dejala si se quiere ir! —dijo Marcelo.

—¡No le digas «Piñata»! —le dije, con impresión.

—¡Él se presenta como Piñata, che!

—En serio, chicos. No puedo.

—Pero si se lo pusieron en la oficina... —dije sin sacar mi cara de horror.

—No, no. Le dicen Piñata desde que era chico. Ahora es gordo, pero cuando nació pesaba seis kilos y media quince centímetros, y en el colegio quedó igual. Y en vez de Pignataro le dicen Piñata...

—Yo le voy a decir Ernesto.

—Como quieras, pero es un desperdicio no decirle Piñata a alguien.

Silvani, el de marketing que se hace los claritos, en cambio, es un idiota mental. Está convencido de que es un gran partido y de que todas las mujeres lo quieren desposar pero que no pueden conquistarlo. No para de hacerles chistes de doble sentido a todas las mujeres que le hablan, incluida Graciela, que le dice «grosero» cada tres oraciones.

—¡Pero, Piñata, te la cogiste o no te la cogiste?

—Uhhh, Zilvani, dale con ezo.

—¡Pero sólo te pregunto si te la cogiste, che!

—Sos un grosero, Silvani —le contestó Graciela.

—¡Quizá se la cogió en el hotel!

—Ay, basta de groserías, por favor. Me retiro.

—No te reís con nada vos, eh —le dijo Silvani a Graciela.

—No, el humor de guarangos no me causa gracia, Silvani. Se pueden hacer bromas sin ser maleducado.

Aproveché la discusión para irme con Graciela diciendo que al día siguiente me tenía que levantar temprano. Me avisaron, encantados de la vida, que el miércoles juegan al bowling y cuentan conmigo. Pero antes de ir, prefiero volver al portal de citas. En serio.

## 23 de febrero | Mi hermana se peleó con el novio

Recién me suena el celular. Era mi madre, por tercera vez en el día.

—Soy yo, tu hermana se peleó con el novio otra vez. La tengo acá. Por qué no venís a cenar y hablás con ella... Yo no aguanto más.

—¿Pero qué pasó?

—Qué sé yo, otra estupidez. Ahora con las bebidas.

—No entiendo. ¿Se pelearon por los tragos?

—Qué sé yo, llora y grita, yo me tomé dos aspirinas y me imaginé que la callaba a cachetazos. Vos viste cómo es. Ese llanto finito que tiene.

—Mamá, concéntrate y explicame por qué se pelearon.

—Él quiere *whisky* y no sé qué más, porque dice que ella eligió todo. Y ella, que la va a avergonzar con sus amigos. Y él, que ella es una controladora. Y ella, que él es un ordinario. Y él, que ella es una frívola. Pero mirá que preocuparse por esa estupidez. Debería estar preocupada por cómo se va a vestir la madre de ese chico... Y el padre, por Dios... ¿Y si alquilan el traje? Con los problemas que hay, preocuparse por el *whisky*... Encima él no para, pero no para de llamar. Y ella no lo atiende, pero no me deja desconectar el teléfono porque quiere saber cuánto llama...

—Ok ok

—Sé buena, traete una botellita de algo y vení a cenar. Hablás con ella, no le digas nada de que se puede vivir sin hombres ni nada de eso. Sé buena...

—¡Si yo no digo nada!

—Vos sabés muy bien de lo que hablo, el numerito de la soltera fabulosa... ¡Uf! Sigue llorando. No soporto más.

—Debe estar nerviosa.

—¿Vos... vas a ir con el chico ese? —preguntó mi madre, de repente.

—¿Con Ezequiel?

—Ezequiel.

—Sí, claro. ¿Por qué? ¿A qué viene esa pregunta? —dije, tragando saliva.

—Nada, nada. Para saber. ¿No puedo preguntar?

—Claro que podés preguntar. Necesitás saber si voy a ir con alguien para poder planificar, ahorrar y todo eso. Si seguimos así, la fiesta te va a costar el doble.

—¿Por qué?

—Porque cada vez se suman más invitados...

—Ah, sí.

—Por ejemplo, Ezequiel. No lo habías contado, ¿no? Seguro que no habías contado un acompañante para mí.

## **23 de febrero, más tarde.** Mi hermana se arregló con el novio

Por suerte, mi hermana se arregló con el novio y dejó de llorar. Aparentemente se dijeron mucho «Pipi», «Popi» y «Cuchi», le echaron toda la culpa a la wedding planner y dieron por terminado el asunto. Sin embargo, para mí fue el comienzo de otro problema, porque esta pelea me hizo notar que estaba desatendiendo el objetivo más importante del año. Ya pasó la mitad del tiempo que tenía, y todavía no tengo a quién llevar al casamiento.

## 24 de febrero | Qué difícil estar sola

Hoy hablaba con una amiga que está en una situación parecida a la mía sobre lo difícil que es para algunos entender mi vida en profundidad. En estos días, mucha gente me da consejos y yo lo valoro muchísimo, pero son pocos los que saben cómo es ser soltera a los treinta años. Como es tener cien citas malas, una detrás de la otra, desafiando todas las estadísticas y las teorías amorosas del mundo. Como es sufrir cada tres meses por un tipo distinto. Como es descubrir que siempre, no importa cuántos recaudos hayas tomado, el candidato en cuestión termina siendo un maniático o un cagador. Como es escuchar a toda la gente diciendo que «ya va a llegar» y saber que nunca llega. Como es que te digan en todas las conversaciones que tu problema es que sos exquisita, que no te entregás, que sos demasiado confiada, que sos desconfiada, o que siempre elegís mal.

La verdad es que ser soltera no es tan grave. Es todo lo demás. Es la mirada compasiva de otras mujeres, son las promociones del cine 2 x 1, son las publicidades de champú con una pareja perfecta. Es vivir acá, en este mundo, bajo la sombra gris del matrimonio y la familia tipo. Bajo la mirada de una sociedad que está todo el tiempo diciéndome que no estoy colaborando con la especie. Que no me estoy reproduciendo.

Mejor sería que alguien me explique cómo es que «ya me va a llegar». ¿Cómo es que ya va a llegar? ¿Cuándo? ¿Es el galán número 102? ¿El 167? ¿El 256? ¿Y cómo sé si en ese momento todavía voy a estar entera? ¿Y si cuando llega soy una vieja cínica y amargada y no puedo verlo? ¿Y si cuando llega ya me conformé con el que había por miedo a morirme sola? Quizá «que llegue» quiera decir eso, que dejemos de buscar a alguien que nos haga sentir completas y nos contentemos con el menos peor.

Yo sé que mi soltería tiene más que ver con mis problemas que con los problemas de los hombres. Que elijo hombres que no pueden quererme o que no están disponibles porque en el fondo me asusta mucho terminar como mis amigas: creyendo que de verdad el marido duerme en la oficina porque era demasiado tarde para volverse.

Entonces, antes de estar en esa situación (casada con un tipo que me caga mientras yo cambio pañales y limpio la casa), antes de tener que elegir entre divorciarme y hacerme la boluda, antes de que me hieran, antes de que me desilusionen, me arruinen mi escasa juventud y me dejen amargada para toda la vida, elijo a todos los que no quieren ni pueden tener una relación conmigo.

De esa forma me quedo cómoda y protegida en este limbo de soltería. No soy feliz, es verdad. Pero al menos nadie me lastima en serio.

## 25 de febrero

Cuando llegué a la oficina me crucé con Matías en el ascensor. Es rarísimo no mirarse con una persona que conocés de manera tan íntima, tan personal. ¿Cómo puede ser que alguien que amaneció babeando tu almohada un domingo en tu casa o que vio partes de tu cuerpo que vos nunca llegaste a ver, de repente se transforme en un desconocido?

Cuando abrí mi computadora, fui directamente a revisar los *mails*. Sólo había un par de presentaciones de Power Point de Piñata y unas gacetillas que nunca pedí. Así que borré todo y seguí con mis cosas. Pero más tarde, llegaron otros ocho *mails*. *Mails* de todo tipo. Menos *mails* pidiendo dinero para operar a algún niño de Uganda, llegó de todo. Chistes de gallegos, frases inspiradoras, un cuento de Paulo Coelho y un juego para ver quién trabaja más en la oficina. Y en todos, por supuesto, dice algo como «No zoi de mandar eztaz cozaz pero ezte ezta buenizimo la vezrdad».

Pensé que llegado el caso, podía bloquear a Piñata de mis contactos y listo. Él nunca se iba a enterar y yo no iba a recibir más basura virtual. Sin embargo, ya era demasiado tarde. ¡La basura estaba por todos lados! Cuando fui a la cocina a hacerme el café de todas las mañanas, me encontré con una lista de lo más reveladora en el corcho que está al lado de la heladera. Decía:

### ¡BOWLING DEL MIÉRCOLES!

Es importante que se anoten los que van a venir para poder reservar lugar.

Nos encontramos en la puerta 9.15 hs y comemos ahí adentro.

¡Pueden venir con quien quieran! ¡Mientras más seamos mejor!

Y abajo del cartel había una lista con todos los concurrentes, entre los que estaba yo. Marcelo se acercó y me preguntó, sorprendido, si yo iba. Enojada le expliqué que yo nunca había dicho que iba a ir. Y me dijo que entonces se lo explicara y o a Piñata, porque al parecer, todos contaban con mi presencia.

## 28 de febrero

Yo sé que dije que no iba a ir al bowling. Es más, sé que dije que prefería estar muerta. Y era cierto. Pero a veces pasan cosas en el camino y uno cambia de opinión.

Estuve dilatando el momento de retractarme durante todo el día. Es más. Llegué tardísimo a la oficina, como a las cuatro de la tarde, tratando de dilatar de manera infantil mi declinación. Me daba vergüenza explicar que no quería ir



cuando mi nombre, impreso en la lista de la cocina, desafiaba mi negativa. Sentía culpa porque yo sabía el verdadero motivo de mi ausencia: ni tenía otro compromiso, ni me había doblado un tobillo, ni tenía sueño. Yo no quería ir porque si escuchaba una vez más «mi madre es mayor» o «Zraziela, quedate» me iba a tirar por la ventana de la oficina.

Así que esperé todo lo que pude, con la esperanza de que no se dieran cuenta y yo pudiera huir de la jauría de solteros por la escalera, a hurtadillas, hasta que Piñata me vino a buscar a mi escritorio y tuve que decirle lo primero que se me vino a la cabeza: que todos los miércoles tenía una cena familiar y nunca iba a poder ir a jugar con ellos.

Sin embargo, quince segundos después de haberle dicho esa estupidez me quise morir. Porque salió del baño un morocho interesante que jamás había visto en mi vida y le preguntó a Piñata si iban todos juntos o se encontraban en la puerta. En el momento no se me ocurrió nada para corregir la situación. Si hubiera dicho que estaba cansada hubiera podido retractarme, pero había dicho lo de la cena y ya no había nada que hacer. Así que los dejé ir, mirando al morocho de espaldas y maldiciendo a todo el mundo por no haberme avisado que teníamos visitas.

Un rato después, sin embargo, mientras me acusaba de idiota en la escalera, se me ocurrió que podía ir directamente al bowling. Podía llegar, decir que la cena se había cancelado y que pasaba a ver si todavía estaban ahí. Era patético, sí. ¿Pero quién iba a saberlo aparte de mí? Piñata y Marcelo iban a estar contentos de verme. Y yo iba a estar contenta de ver al morocho nuevo y averiguar si era (efectivamente, increíblemente, sospechosamente) del grupo de los solteros. Así que no lo pensé más y fui.

A pesar de que intenté jugar en el equipo del morocho, no hubo caso. Piñata me retuvo como si fuese una tarada a la que no podía soltarle la mano porque se perdía en el salón. Por ese motivo no pude averiguar demasiado. Sólo puedo decir que el morocho en cuestión se llama José y que hoy es su primer día reemplazando a Matías.

Eso del reemplazo suena bien. Es hora de llenar lugares vacíos.

**MARZO**

Faltan 107 días

### **3 de marzo | Tengo un plan**

Mi plan es perfecto. Voy a ponerme una pollera corta, unos zapatos bien altos, la careta de estúpida y me voy a ir a jugar al bowling con la desesperada, alevisa, pecaminosa y premeditada intención de despertar algún tipo de interés en José. Así de simple. Sin planes retorcidos ni maquiavélicos. Pienso apelar al ritual de apareamiento más animal y precario del universo. El de la promesa sexual. El de las plumas de colores. Me voy a hacer la dama en apuros, la tontita, la que tira mal la bola para que la ayuden. ¿De qué sirve buscar otro tipo de vínculo cuando ni siquiera sé si puede durar? ¿Y si me dice que no? ¿Para qué voy a esforzarme en parecer interesante si ni siquiera sé si él me interesa? Primero lo primero. Que me mire. Y después vemos.

### **5 de marzo | Cambio de planes**

Hoy, mientras tomaba mi primer café de la mañana y repasaba mi plan para despertar interés en José, me pasó algo inesperado. Algo que nunca me había pasado antes. Algo que me hizo cambiar de planes. Algo que todavía no sé cómo definir. Algo que no les pasa a las chicas como yo.

José se sentó encima de mi escritorio, agarró mi lapicero, se puso a jugar con las biromes, y dijo:

—Che, ¿vos vas al bowling hoy? ¿No querés hacer otra cosa?

Así nomás. Como si nada. De repente. Me llevó por delante, como un auto que te choca de atrás mientras repasás mentalmente la lista del supermercado.

### **6 de marzo**

No voy a mentir ni a hacerme la liberal o la moderna. En mis treinta años de solterona, nunca pero nunca me había acostado con alguien tan rápido. Jamás de los jamases me fui a la cama con cualquiera y menos a los diez minutos de una cita. Es mi primera vez.

José quería que hiciéramos «algo» a la salida de la oficina. Así nomás, sin

aclarar qué. Ni siquiera quería esperar hasta la noche. Teníamos que vernos así, todos transpirados, con los dedos llenos de birome explotada y el pantalón salpicado por la máquina de café. Yo quería, en cambio, ir a bañarme a casa, pero se me rió en la cara. Como si supiera que no iba a necesitar la ropa (lo que los hombres no saben es que nosotras no tenemos esas veleidades por coquetas, sino porque no estamos depiladas, tenemos un corpiño horroroso o esmalte rojo saltado en las uñas de los pies).

Habremos estado en el bar veinte minutos, nada más. Ahora me doy cuenta de que hablar era una excusa. Yo me esforzaba mucho por crear una conversación interesante, pero él estaba más concentrado en ver cómo hacía para llevarme a su casa.

José es muy directo. Básico. Habla poco, hace algunos chistes precarios pero efectivos, se rie sin parar con una boca enorme que se abre como una grieta, y va directo al grano. No habían pasado ni veinte minutos cuando me dio un beso, por ejemplo. Yo me quedé dura, rara, incómoda. Estábamos en un bar del microcentro y era de día para darse besos así. Sin embargo, mi incomodidad, lejos de ser un obstáculo, fue un aliciente. Cuando le dije que el lugar me parecía inapropiado (ya parezco Graciela) lo habilité para hacer la propuesta.

—Sí —dijo—, es cualquiera acá. Mejor vamos a mi casa.

Y se paró, y pagó ahí nomás. Sin consultarme nada. Dando por sentado que yo iba a decir que sí.

Su departamento es la típica casa de un soltero. Todo es funcional, sin adornos, sin recuerdos. Ni siquiera hay películas o libros. Sólo una mesa, una computadora, un sillón, una cama. Sin embargo, estaba muy arreglado y prolijo. No había cajas de *pizza* debajo de los muebles, ni vasos usados ni ropa apilada sobre una silla. En ese momento dudé. ¿Era así de ordenado, o limpió porque sabía que me iba a llevar a dormir ahí? ¿Seré así de obvia y no me di cuenta?

Media hora después de entrar ya estábamos en la cama. Media hora en la que pensé lo mal que estaba hacer esto, en lo grave que era meterme en la cama de un compañero de trabajo sin tener una relación amorosa que nos vinculara. Y no es un debate moral. Es puramente laboral. Una cosa es que no funcione una relación en donde hubo cariño y respeto, y otra es el rosario de chismes machistas y exagerados que vienen corriendo detrás de esta clase de deslices.

Sin embargo, fue él mismo el que cuatro horas después, mirando el techo, me hizo la gran pregunta.

—¿Qué querés hacer?

—¿Con qué? —le dije, confundida.

—¿Cómo te saludo mañana?

—Ah, eso. Quizá lo mejor es que nadie sepa.

—Ok

Pero ahora reconozco que quizás exageré, porque hoy lo vi dos o tres veces

(de pasada, en el ascensor y en el bar) y en ningún momento me saludó. Ni siquiera me hizo una carita. Si no supiera que el día anterior estuve cuatro horas en su cama diría que me estaba ignorando deliberadamente.

## 7 de marzo

Estuve durante todo el día vigilando a mis compañeros de oficina, tratando de dilucidar si alguno manifestaba un síntoma de chisme. Me aterraba la idea de que José, como un adolescente en un vestuario, se hubiera jactado de nuestras cuatro horas de sexo casual en algún pasillo de la oficina.

Sin embargo, nunca me habló. Ni él ni nadie.

Es verdad que yo misma le dije que disimulemos, pero una cosa es disimular que tuviste sexo y otra cosa es ignorarse.

Como si fuera poco, caí en un espionaje monomaniaco que consistía en pasar por cualquier lugar en donde estuviera él para ver si me hablaba, me miraba, me saludaba o me hacía caras. Estuve la mitad del día llevando cosas por todos los pisos como un cadete desordenado que sube y baja por las escaleras, indeciso, buscando matar el tiempo hasta la hora de salida.

Pero eso no fue nada. Lo peor vino más tarde, cuando a todos se les ocurrió ir a tomar algo después de la oficina y me tuve que sentar enfrente suyo durante dos horas y media. Dos horas larguísimas en las que contuve mi decepción adolescente y mis ganas de darle vuelta una canasta de maní en la cabeza, para no protagonizar el tercer escándalo del año en mi lugar de trabajo.

Podría haberme ido, ya sé. Pero en el fondo tenía la esperanza de que todo fuera una confusión. De que luego me explicara que no me hablaba por vergüenza o por miedo a ser demasiado obvio delante de sus compañeros. Ya sé, soy idiota. Pero las mujeres somos así. Vivimos colgadas de una expectativa inverosímil hasta que la verdad nos explota en la cara y nos enchastra todo el cuerpo.

A mí, por ejemplo, me explotó a las diez de la noche cuando José (invicto de charlas conmigo) se levantó, avisó que tenía un compromiso y se fue. Nunca me sentí más fea, más tonta, más abandonada (¿Para qué tuvo que aclarar que iba a otro lado?! ¿Adónde más puede ir un hombre a la una de la mañana, más que a ver a una mujer?!).

Y hasta ahí llegué. No pude seguir disimulando. Estuve diez minutos más tratando de contener la angustia pero no aguanté más y me tuve que ir corriendo. Quería ponerme a llorar en el taxi por perdedora, pasar a buscar un chocolate por la estación de servicio y mirar televisión hasta la madrugada.

Pero no pude tomarme un taxi, porque en la esquina me paró José, que estaba fumando, muerto de frío, con el cuello metido adentro del blazer.

—Dios mío, sos letridísima. ¡Me estoy cagando de frío! —me dijo José,

mientras me agarraba del brazo.

—¿Qué?

—Hace diez minutos que estoy acá. Pensé que te ibas a dar cuenta enseguida.

—No me di cuenta.

—No me di cuenta. Lentejita —dijo, imitándome la voz.

## 9 de marzo

Hoy me pasó lo peor que le puede pasar un domingo a una mujer soltera. A las cuatro de la tarde, en el punto máximo de desorden y desidia del departamento, me llamó José. Cuando una empieza una relación, estos llamados quieren decir una sola cosa: que el señor quiere verte y que como es domingo a la tarde y vos estás sola en tu casa, piensa venir de visita.

Los hombres ignoran la clase de apocalipsis que se desata cuando cortamos el teléfono. A ellos les encanta decir «en diez te paso a buscar» o «en media hora estoy por allá», porque no saben lo que sufrimos hasta que llegan. Dos minutos después de colgar el tubo no sabemos por dónde empezar. Si nos bañamos, o nos depilamos, o lavamos los platos sucios, si barremos un poco, secamos el baño, escondemos la ropa tirada abajo de la cama, damos vuelta las fotos en las que estamos gordas, tiramos todos los limones podridos que hay en la heladera, vamos a comprar algo para tomar, sacamos la medibacha que cuelga como una telaraña del ventilador, buscamos las copas buenas o hacemos desaparecer el té de yuyos adelgazantes que tenemos sobre la heladera.

Decir que sí significa todo eso. Es decir, que queremos tener sexo, pero que además aceptamos arreglar ese inframundo de celibato repugnante en media hora y atender la puerta con una sonrisa.

Así que apenas corté con José me puse a trabajar como una esclava. Escondí toda mi ropa abollada en las profundidades de un discreto placard, pateé la balanza debajo del ropero, saqué del baño unas toallitas higiénicas enormes que parecían un pañal, revoleé unas pastillas para dormir que me dio mi mamá y saqué las bombachas que colgaban como banderas agujereadas de la canilla de la bañadera.

Bajé corriendo al supermercado, compré Coca-Cola común, un vino tinto, unas crackers, un queso, servilletas, papel higiénico con dibujitos y preservativos. Volví, me puse crema para peinar en el pelo, me planché una pollera, lloré porque no tenía un juego de sábanas limpias, sacudí el sillón, limpié la puerta de la heladera (recién ahí me di cuenta la cantidad de dedos marcados que tenía), tiré diez mil vasos llenos con Coca-Cola vieja que me esperaban, cansados, en todas las esquinas de los muebles, y puse mis pantuflas apestosas detrás del sillón.

Y como en los dibujos animados, dos minutos después tocó el timbre José, espléndido y relajado como quien recién se levanta de dormir la siesta.

Traté de hacerme la anfitriona un ratito, serví vino y empecé a charlar, pero previsiblemente José no estaba interesado en la conversación ni en el queso. Así que pasamos a otra cosa sin más preámbulo. Pero esta vez el sexo no duró cuatro horas seguidas, porque yo interrumpí el asunto para atender los llamados compulsivos que atormentaban a mi pobre celular.

Cuando atendí, sin embargo, no entendí nada de lo que dijeron. Sólo escuchaba un llanto agudo y baboso. Tardé tres o cuatro minutos en darme cuenta de que era Irina que no podía parar de llorar (otra vez). Sólo entendí que hablaba de la boda y del vestido que le quedaba chico. Y esta vez, luego de escucharla durante meses, de consolarla por sus pequeños imprevistos, le dije que no la entendía y que hablábamos después.

Ya sé que puedo parecer una insensible, pero ¿hasta cuándo tengo que pasar yo mis domingos hablando de broderie y servilletas en forma de pato? ¿Es necesario armar un escándalo por todo? ¿Y es justo que todos los demás soporten sus ataques de nervios porque la modista no entendió que el bretel era más finito?

Cuando corté yo estaba indignada, José distraído y costó bastante remontar la situación. Tomamos vino, le conté del casamiento y me acarició las piernas un rato. Parecía que estaba todo bien, hasta que el teléfono volvió a sonar. Pero esta vez no atendí. Lo apagué.

Hace media hora, sin embargo, cuando se fue José, me encontré un mensaje de mi mamá que me dejó preocupada.

—Lulú, tu hermana está en casa, se vino con los bolsos. Parece que discutió con el novio y no se casan nada. No sé por qué. Llamala vos a ver qué te dice, conmigo no quiere hablar.

Llamé varias veces pero son las doce de la noche y ya no me atiende nadie. No tengo idea qué pasó, pero me temo que hasta mañana no voy a saber nada.

## **10 de marzo | Mi hermana deja al novio**

Recién hoy a la noche pude hablar con mi hermana. Al parecer, el novio le dio un ultimátum: el casamiento o él.

Según él, ella está histérica, llorando todo el día, con ataques de nervios porque el vestido le queda chico, porque no pueden organizar las mesas sin sentar juntos a los que están peleados, y porque todos son unos desconsiderados e irresponsables que quieren arruinarle «la noche más importante de su vida».

Y mi cuñado no la aguanta más. Dice que el casamiento se transformó en una pesadilla y que sólo se va a casar si festejan con una cena para veinte personas muy modesta. Que tiene que elegir entre la fiesta y él. Y mi hermana, que es muy caprichosa, en vez de tratar de calmar las cosas, le dijo que ella se iba a casar una sola vez en la vida y como siempre había soñado, con él o con otro.

Y parece que ahí explotó la discusión. Él revoleó una muestra de centro de mesa y ella agarró los bolsos y se fue. Y no se casan nada. O eso dice ella.

## 12 de marzo

Hoy Marcelo me avisó que iban todos a almorzar al bar de abajo. No sólo a mí. A Gisela también. Pero se aseguró especialmente de que yo fuera, porque me lo preguntó tres veces.

En general yo trato de evitar almorzar con ellos en el bar de abajo, porque es como meterse en una jaula de monos. Hablan unos encima de otros, levantan la mano para gritar «Coca» y «milanesa» con la boca llena, hacen chistes horribles y luego se cagan a trompadas para dividir la cuenta y usar los tickets canasta al mismo tiempo. Y como si fuera poco, la atención es mala y la comida peor todavía.

Pero esta vez fui. En primer lugar porque soy morbosa y masoquista, y en segundo lugar para ver si José me seguía ignorando.

El almuerzo arrancó mal. Mientras terminaban de llegar todos, yo luchaba con la panera del bar (que se me ofrecía, descocada, con todos los grisines al aire), Graciela hablaba de la nueva operación de la madre, Gisela contaba que se quería presentar al próximo Latin American Idol y Silvani la hacía cantar «*My heart will go on*».

Cuando la canción terminó ya habían llegado todos. O casi. Todos menos José. Como me pareció raro, le pregunté a Piñata si no venía nadie más, y me dijo que había organizado todo Marcelo y que le preguntara a él. Traté de averiguar en el medio del caos, pero era imposible mantener una conversación coherente. Así que desistí.

Pero apenas escuché que Gisela le decía a Marcelo que no era necesario enviar cinco *mails* para confirmar el almuerzo, me empecé a dar máquina y ya no pude parar. Mientras Silvani se ponía la cabeza de Piñata debajo del brazo y le frotaba el pelo con el puño, yo empecé a increpar a Marcelo disimuladamente.

—José no vino —dije como al pasar.

—Mmm, parece que no —me contestó Marcelo mientras miraba el menú.

—Ah. ¿No quiso?

—¡Bazta, Zilvani, me duele! —gritaba Piñata.

—Silvani, no seas infantil, por favor —le pidió Graciela.

—No sé, yo no le dije. Preguntale a Piñata si le avisó, yo no lo vi.

—¡Bazta! ¡Ezcuchá a Zraziela, zoz insoportable!

—¿Cómo que no lo viste? Si mandaste *mail* a todos... ¿A José no?

—Basta los dos, parecen chicos. O la terminan o me voy. Me están tirando la cartera al piso.



—No tengo su *mail* —dijo Marcelo.

—¡Bazta, Zilvani, me duele te digo!

—Es el mismo que el de todos, sólo tenés que cambiar el apellido —le contesté, enojada.

—¡Bazta, me duele! ¡¿Zabezvozloquez que te hagan así en la cabeza?!

—Basta por amor de Dios, Silvani, dejá a Ernesto —intervino Graciela.

—Porque Piñata manda quince cadenas de *mail* por día. Y ahí está el de José. Me extraña que no lo tengas siendo que te llegan millones de esas porquerías.

—No me fijé —dijo Marcelo, mientras me tiraba el celular—. ¿Querés llamarlo?

—No quiero. A mí me da igual. Sólo digo que a mí me avisaste tres veces y se te pasó invitar a José.

—¿Y por qué no habría de invitarlo?

—No sé, decime vos.

—No, decime vos. ¿Qué pensás? ¿Que miento para alejar a los tipos de vos?

—Acá no se puede comer sano. Mi mamá cocina muy sano, por suerte. Hay que comer de todas las verduras, de todos los colores...

—¿Y quién dijo que estaba cerca mío? —respondí, haciéndome la tonta. Marcelo se rió.

—Me olvidé, se me pasó, no fue a propósito. No me interesa si viene José o Pepe o Matías.

—Ponete de acuerdo. ¿Te olvidaste o no tenías su *mail*? —insistí.

—Las dos cosas.

—Permitime que dude.

## 13 de marzo

Ayer, después de preguntarle a José por qué no había ido y enterarme de que ni siquiera había chequeado su *mail*, me sentí muy mal por haber desconfiado de Marcelo. En realidad, nunca hizo nada malo conmigo. Mi odio no tiene motivo. No sé por qué tengo esa fijación infantil con él. Siempre invitó a José. Siempre fue bueno, a su manera. Quizá sí se olvidó de verdad. Supongo que no lo voy a saber nunca. Lo que sí sé es que no mintió con respecto a lo de Matías y no tendría motivo para haberlo hecho ahora. Ensayé varias formas de pedirle disculpas, pero todo me daba vergüenza. Hasta que se me ocurrió copiar una técnica suya.

Medio en chiste, medio en serio, busqué ese muñequito horrible que una vez me había dejado sobre el escritorio para pedirme perdón y lo dejé sobre su monitor (aunque ahora le faltaba un ojo y el sombrerito a lunares estaba colgando, a medio despegar, del flequillito de nylon de ese cachivache).

Cuando Marcelo llegó, en vez de tirarlo al tacho como yo, lo agarró, leyó el cartelito en voz baja (decía «empecemos de nuevo») y se rió. No sé si de emoción o de mi alevosa y premeditada cursilería. Supongo que nunca voy a saberlo.

## **14 de marzo | Mi hermana vuelve con el novio**

A las nueve de la mañana mi madre me avisó que Irina súbitamente había vuelto con su novio, pero que de todas formas había cancelado el salón y el catering que tenía reservado desde febrero. Al escucharlo me quedé atónita. No entendía qué había pasado.

Para averiguar un poco más, traté de comunicarme con ellos durante todo el día, pero nadie me atendió. Ni siquiera el contestador. Recién a las seis de la tarde, cuando pudimos hablar, mi hermana me pidió que fuera para su casa, porque quería charlar conmigo y mi madre en persona.

Me imaginé lo peor (que se separaban de común acuerdo) y también lo mejor (que ya no querían casarse pero seguían juntos). Pero me equivoqué. Irina no llamaba para contarnos si se casaba o no. Llamaba para explicar por qué se había comportado así (llorando porque el vestido le quedaba chico, gritando que nadie la ayudaba, revoleando canapés por el aire y vomitando de los nervios por un centro de mesa color salmón) durante las últimas semanas de preparativos.

—¿Y qué vas a hacer? —le pregunté.

—Y no sé, posponerlo o adelantarlo un par de meses.

—¡No podés adelantarlo, Irina! —le dije, aterrada.

—¿Por qué no? Haríamos algo más chico, quizás ochenta personas.

—Porque no. Porque no hay tiempo de prepararse. La gente tiene que conseguir vestido, zapatos, regalo... un traje, gemelos. Yo no tengo vestido, sin ir más lejos.

—¡Pero si la gente ya sabía que se casaban! —dijo mi madre—. Además, eso será de nuestro lado de la familia, querida. Los del otro lado desempolvarán algún trapito de la primera comunión...

—O te casás en la fecha que tenías o lo posponés para el año que viene. Pero si lo adelantás no vas a tener tiempo de organizar todo. ¡Hay cosas que no conseguimos todavía! —le dije, desesperada.

—Pero es un imprevisto.

—No es un imprevisto. Estás embarazada. Te podés casar igual. No cambia nada.

—¡No me voy a casar con una panza de cuatro meses! O me caso ya o me caso el año que viene.

—Ya —dijo mi madre.

—El año que viene —dije yo.

## 15 de marzo

Ayer a la tarde, mientras trabajaba en la computadora, José me vino a hablar delante de todo el mundo. José es de esos que se sientan arriba del escritorio y empiezan a jugar con todo lo que encuentran. Además, empieza a pegarte golpecitos en la cabeza con una regla, a preguntarte quiénes son los del portarretratos o a ir hacia adelante y hacia atrás en el taco con fechas en el que anotás lo que tenés que hacer.

—¿Tu casa o la mía, lentejita?

—¿Hoy?

—Es viernes.

—Ah, no sabía que los viernes estaba estipulado que nos veíamos.

—Si no querés, no.

—No, está bien.

—Bueno, yo tengo algo que hacer y paso después.

Eso fue a las cuatro de la tarde. Ocho horas después, todavía lo sigo esperando.

## 16 de marzo

Ayer a la madrugada, me quedé dormida esperando que viniera José. Recién a las tres de la mañana sonó el teléfono. Era él, que estaba medio borracho en una cena y me pedía perdón por la tardanza. Me explicó que estaba lejos pero que igual quería verme a lo que yo contesté con un silencio gélido.

—¿Querés que vaya ahora?

—¿Qué?

—Perdón. ¿Me dejás que vaya ahora?

Un poco me conmovió su cambio de registro. Preguntar si yo lo dejaba ir era, de una manera extraña, tratar de enmendar su error. Además, soy una solterona patética, así que me terminé ablandando. Le dije que era un imbécil, pero que viniera igual.

Sin embargo, cuando corté empecé a darme máquina. A cualquiera se le puede hacer tarde. Pero podría haberme llamado. Podría haberse ido. Podría haberme mandado un mensaje de texto. Podría haberme advertido que tenía una cena y que no sabía cuándo terminaba. Podría haber venido directamente con flores y ponerse de rodillas en la puerta.

Pero eligió llamar antes de venir tarde. Y ese llamado, que a primera vista podía parecer un gesto cortés, era lo peor de todo. ¡Porque no llamaba para pedir

perdón! ¡Llamaba para chequear que yo no estuviera ni enojada ni dormida y no hacer un viaje hasta casa sin sentido!

Media hora después ya estaba sacada. Pero me pareció tonto desperdiciar semejante viaje (venía de Zona Norte) con una escenita. Así que hice algo mucho mejor. Descolgué el portero eléctrico, desenchufé el teléfono y me fui a dormir. Que se pudra tocando timbre.

## 17 de marzo

Si mi hermana se casara en el mes de abril, yo tendría que conseguir un novio durante el mes que viene. A esta altura, con desengaños amorosos encima, ya sé que esa meta es imposible para mí. Que en treinta días no puedo conseguir ni un vestido que me quede bien. Así que ayer no me quedó más opción que llamarla, verificar que no estuviera con mi madre e ir a verla para tratar de convencerla de que casarse en treinta días le iba a arruinar la vida.

1. Lo primero que hice fue tratar de convencerla de que la panza no se notaba:

—¿Pero vos vivís en el siglo XV? ¡La gente se casa con dos hijos de ocho años que le llevan los anillos! Si te casás con panza y nada más, sos conservadora.

—No me importa lo que digan...

—¿Entonces? Si tu fiesta es preciosa, nadie se va a fijar en la panza.

—No son los demás, soy yo. No quiero salir embarazada en todas las fotos. Yo quería tener una foto perfecta en la chimenea y no voy a salir redonda como una pelota recién inflada. No quiero eso.

—¡Pero es gorda de bebé! ¡No gorda de manteca!

—¡No hay variantes de gorda! ¡Gorda es gorda! No.

2. Como no dio resultado, traté de provocarle envidia:

—Si te casás en treinta días, todo lo mejor va a estar ya ocupado. El mejor salón, el mejor catering, el mejor maquillador. Vas a tener que conformarte con las sobras de otras mujeres. ¿Querés arrancar tu vida tomando lo que otras descartaron porque era poco para ellas?

—¡Ay, pero qué mala sos!

—Pero vos querés casarte desde que tenés cinco años. Le robabas a mamá las cortinas de voile, y con una te hacías el vestido y con otra el velo.

—Pero no se casa tanta gente en mayo.

—Ay, Iri, no sé qué decirte, si vos pensás que puede salir bien un casamiento organizado a último momento, hacelo. Pero justo vos que sos superexigente no te vas a conformar, no vas a poder disfrutar cuando veas las servilletas color verde agua, los centros de mesa de claveles, la Coca-Cola diluida...

—No me importa.

3. Al ver que no funcionaba, traté de asustarla:

—La gente de Mendoza no puede venir corriendo ahora. Ya les dijiste una fecha.

—Que no vengan.

—¿Y tus amigas, tus conocidos? Muchos no van a poder ir.

—¿Quiénes? No me importa. Que no venga nadie, pero no quiero casarme toda gorda y no poder bailar, salir fea en las fotos, no quiero.

—¡Pero, Dios mío, podés ser tan superficial, Irina! ¡Qué te importa!

—¿Superficial yo? ¡¿Vos me decís que no me case por el menú o por el maquillaje y la superficial soy yo?!

—¡Yo te digo que te cases en la fecha que tenías, como lo planeás hace seis meses! Que tengas tu fiesta, con todo lo que elegiste con tanto amor durante meses.

—¡No puedo porque cancelé todo y la fecha ya la reservó otra! No tengo salón ni catering para el 15.

Y entonces se puso a llorar desconsoladamente. Yo sé que todo esto es en parte su culpa. Primero, por cancelar. Segundo, porque ella apostó con mi mamá que yo iba a ir sola. Si esa apuesta no hubiese existido, no habría problema. Así que no debería sentir remordimiento. Las dos actuamos según nuestros intereses. Pero así y todo me sentí mal. Me di cuenta de que ella estaba más angustiada que yo.

4. Así que tuve que apelar al último recurso: la plata.

—Iri, hay otra razón por la que no te podés casar ahora. Porque vas a tener que pagar toda la fiesta vos.

Y le conté toda la verdad. La apuesta que escuché, los intentos que hice, mi plan a futuro. Le hablé de Matías, de Ezequiel, de José. Creo que hasta le mencioné a Oscarcito. Le conté todo, y mientras más hablaba, Irina abría más la boca, pasmada, incrédula, ahogada, como si saliera de abajo del agua para respirar.

—Si le decís algo, te juro por mi vida que te mato.

—Pero ¿y el chico que mamá vio en tu departamento, el que vino a jugar, el de los llamados? ¿Ése cual es?

—Son dos distintos, pero no están más.

—¿Y ahora cuál está?

—Ninguno, Iri. El que está no va a querer ir. No es de los que van con vos a un casamiento.

—¡Pero entonces vas a ir sola igual! ¡Tenés que convencerlo!

—Eso, o conseguir a otro.

—Pero mamá lo tiene que ver antes, como al otro chico, si no, no se lo va a creer.

—Se lo va a creer porque va a ser cierto. Voy a ir con un novio de verdad. Pero dentro de 85 días, no 30. Si te casás ahora no sólo va a ser una fiesta de

porquería, sino que además te va a costar mucha plata. ¿Entendiste?

Y asintió con la cabeza.

## 18 de marzo

Después de esconderme durante un día y medio (sí, soy machita para descolgar el portero pero maricona para confesarlo), finalmente hablé con José. Cuando volví de almorzar estaba sentado arriba de mi escritorio, jugando con mi lapicero y meciendo las piernas como si estuviera en una hamaca.

—¿Qué pasó el viernes? —me preguntó José.

—Ah, era muy tarde y me fui a dormir.

—¿Qué? Pero si te dije que iba a tardar cuarenta minutos.

—Bueno, ya sé, pero con vos el tiempo es flexible. A veces decís que pasás después y «después» son ocho horas. ¿Cómo sé yo que cuarenta minutos no son seis días?

—¡Se me hizo tarde!

—¿Yo te dije algo? ¿Te insulté? ¿Te corté el teléfono? ¿Te hice una escenita? No. Porque entiendo que puede pasar. Entendé también vos. Era muy tarde y me fui a dormir.

—Sos guacha.

—Guachísima.

—¿Venís a mi casa?

—No.

—¿¡Por qué!? Si estamos a mano.

Entonces suspiré y puse cara seria, pero no pude decir nada porque José se me adelantó.

—Uh, uh uh uh... Querés hablar.

Asentí con la cabeza, y él empezó a burlarse, imitándome la voz.

—Qué somos, José, hacia dónde vamos, estoy confundida, necesito saber qué sentís por mí.

—Jjajajajaja.

—Vos reíte, pero ya te escucho, lentejita... —dijo, encogiéndose de hombros—. Y bueh, vamos a comer mañana.

—¿Sí?

—Y sí, en tu casa no vamos a hablar nada. Mañana después del bowling...

—Ok Mañana.

Y así como así, como si no hubiese pasado nada, dejó el lapicero, se levantó de un saltito y se fue. Pero Marcelo, que evidentemente se dio cuenta de que pasaba algo, vino un minuto después, y poniendo cara de casualidad me preguntó:

—¿Vas mañana al bowling?

- No sé... Quizás un rato.  
—Bueno, avisame así sé cuántos somos...  
—Te aviso, sí.

## 19 de marzo

Hoy, Marcelo me preguntó doscientas cincuenta veces si iba a ir al bowling. Y no es una exageración. Fueron doscientas cincuenta en serio. Me preguntó cada veinte minutos, nervioso como un niño, si iba a ir temprano, si me iba a quedar a cenar, si iba a ir sola o con alguien, si quería jugar en su equipo. «Aun que sea un ratito», dijo.

En consecuencia, pasé por varios estados de ánimo. Primero sentí culpa, después pena, luego irritación y finalmente odio sincero. Pero nunca pude entender el porqué de su insistencia rastrera. No hasta la noche.

## 20 de marzo

Ayer, José y yo llegamos al bowling cuando ya estaban todos cambiándose los zapatos. Todos menos Marcelo. Antes de empezar a jugar lo esperamos un rato largo, pero como no aparecía ni contestaba el celular, empezamos sin él. ¿Para qué me había preguntado tantas veces si iba? ¿Para dejarme sola?

Pero cinco minutos después, mientras Graciela tiraba su bola, vi una mano, galante y anónima, sosteniendo la puerta del lado de afuera, para que una chica pudiera entrar. Y me reí, claro. Porque el caballero era Marcelo, que nunca perdía la oportunidad para hacer gala de su caballerosidad. Sin embargo, la risa me duró poco. Contra todos los pronósticos, la chica no sólo no miró con pena a Marcelo, sino que lo agarró de la mano, caminaron hacia nosotros y, un poco nerviosos, un poco emocionados, se presentaron.

—Ella es Marina.

—Hola Marina, yo soy Piñata, bienvenida.

Marcelo me presentó como su amiga y ella acotó algo increíble.

—¡Hola, Marcelo me habló un montón de vos!

—¡Ay! ¡En cambio vos sos una sorpresa! —le dije, shockeada.

—La verdad que sí, fue una sorpresa para los dos —dijo Marcelo, con cara de pavo.

Cuando se dieron vuelta, no sé por qué, le hice a José una seña de que iba a vomitar. Él se rió, pero yo estaba enojada por la absurda camarilla. ¿Para qué me preguntó tantas veces si iba a ir a jugar al bowling? ¿Para hacerme creer que se moría por verme y luego poder sorprenderme con su nueva noviecita? ¿Qué quería probar con eso? ¿Que yo soy una solterona patética y él un galán que tiene

una novia linda que lo adora? ¿Habrás querido refregarme en la cara el final de su soltería o disuadirme de que es un psicópata controlador?

Marina y Marcelo, además de tener nombres cacofónicos y pegadizos, no se separaron ni un minuto. Se dieron besos, se abrazaron cuando nos ganaron, se llamaron con apodos, compartieron el vaso y, como si fuera poco, se ofrecieron a llevarme a casa porque ellos dos iban para el mismo lado.

—No, gracias. Me voy con José —dije, a propósito.

Pero Marcelo ni siquiera se inmutó.

—Bueno, nos vemos mañana —me dijo, distraído.

Cuando salimos a la calle José preguntó adónde quería ir a comer, pero yo tenía un humor de perros y me quise ir a dormir. Me preguntó si podía ir a dormir conmigo y le dije que sí. Así que fuimos a mi casa. Pero por su cara de sorpresa y sus avances en la cama, supongo que no esperaba que lo de dormir fuera literal. No le dejé, sin embargo, ni una sola duda: le di un imán de una pizzería, una bolsa vieja de papas fritas, el control remoto, le dije que se sintiera como en casa, y me quedé dormida de inmediato.

## **21 de marzo | ¿Qué somos?**

Al otro día, en el almuerzo, José y yo finalmente hablamos.

—¿Qué querés de mí? —me preguntó, sin vueltas.

Fruncí el ceño, agarré un mignoncito caliente, lo partí, le puse queso y me lo empecé a comer con alevosía.

—¿Un novio? ¿Un marido? ¿Alguien que te haga masajes?

—No sé. Supongo que necesito saber si sólo nos acostamos porque eso es todo lo que hay, o si sólo nos acostamos porque no podemos parar de acostarnos.

—¿Qué diferencia hay?

—Y... que si sólo nos acostamos, nuestra relación es sólo eso. En el otro caso somos dos personas que se están conociendo, están probando y que, por afinidad, novedad o necesidad, se acuestan mucho.

—¿Y vos cuál querés?

—La segunda.

—Bueno. Somos eso, entonces.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil. ¿Y ahora qué hacemos?

—Y... aparte de acostarnos deberíamos hacer otras cosas.

Unté un pan y se lo di. Yo estaba feliz. Nunca en la vida algo me había salido tan fácil, tan simple, tan derecho.

—Yo me asusté. Pensé que querías que conozca a tus viejos y todas esas cosas.

Pero inmediatamente entendí. Lo que viene fácil, es complicado.



—No ahora... Pero qué pasaría si, por ejemplo, estoy dando un ejemplo nada más, dentro de un tiempo mi madre cumpliera años...

—Bueno, digamos que si en un año seguimos juntos yo podría ir al cumpleaños de tu mamá...

—¿Un año?

—¿Me querés llevar al cumpleaños de tu vieja o qué?

—¡No! Es un ejemplo. ¿Pero si cumpliera en tres meses?

—¡Qué sé yo! Ahora no me veo haciendo eso. No sé ¿No podemos ver en tres meses si te acompaño a una fiesta? ¿Tenemos que saberlo ya?

Y me comí otro pan.

## 22 de marzo

Yo no sé si a los demás les pasa lo mismo que a mí, si todos tienen una comida asociada a una bebida. Si cada vez que les dicen «chocolate», piensan «con churros»; si cada vez que oyen «té», piensan «con torta» y si cuando les dicen «cerveza», enseguida agregan «con maní». Para mí es automático, como un reflejo del estómago que me pega latigazos en el cerebro.

Es claro que así jamás voy a entrar en un vestido rojo. Si sigo pensando en bombones durante todo el día, nunca voy a poder hacer dieta. Esta semana, por ejemplo, venía bien hasta que me choqué con la pastaflora. En ese momento volqué y nunca más pude seguir la dieta con rigurosidad. Ni siquiera me acuerdo bien todo lo que comí, porque son un montón de pellizquitos y bocaditos a hurtadillas. Como festín borroso y continuo. Como una receta sin cantidades.

Para colmo de males, mi hermana no coopera. En vez de dejarme hacer mis cosas, me pone más nerviosa. Me llama dos o tres veces por día para decirme que tiene un salón para el 6 pero que es feo; otro para el 14 de junio pero es muy pronto, y un último para septiembre, pero que es demasiado lejos. Ojalá no encuentre nada y decida postergar el casamiento para el año que viene. Porque en un año conseguir novio puede ser difícil, pero en dos... en dos es pan comido (*keyword*: pan).

## 23 de marzo

Desde la semana pasada la oficina se volvió un caldo meloso. Algunos no se miran entre sí para no reírse, otros revolean los ojos con hastío premeditado y otros hacen gestos irritantes. Sólo un par de personas están interesadas de verdad en las crónicas amorosas de Marcelo, que aparecen en las conversaciones más diversas como paracaidistas extraviados.

Si uno habla del frío, por ejemplo, Marcelo se apura a agregar que Marina es

«re friolenta». Si alguien dice cuál es su comida preferida, Marcelo, además de aportar la suya, agrega la de Marina. Si alguien cuenta una anécdota graciosa, Marcelo siempre sigue con una de él y su pareja. Digo yo: ¿a quién le importa que tomen mate separados porque Marina toma con yuyos y él no? ¿A quién le interesa todo lo que hicieron en el Tigre con este frío? ¿Quién quiere saber cómo luce Marina cuando recién se despierta?

Ya sé que dicho así pareciera que me molesta que estén de novios. Pero no es cierto. Lo que me molesta es esta invasión de melaza en la oficina. Es como si todos los días fuesen San Valentín. Es insoportable. No se habla más que de Marcelo y Marina durante todo el día. Ya son una institución. Hasta aparecen en el mismo renglón de la lista del bowling.

Y encima, justo ahora, yo estoy del otro lado del puente. Mientras Marcelo cuenta todo arrebolado y cachondo cuál es el tipo de vida que quiere tener con su novia, José me revuelve el pelo muerto de risa como si sacudiera a un cachorro de perro batata, o me escribe chanchadas por *mail*. No digo que quiera estar en el mismo renglón de José, pero qué sé yo. ¿Estaría tan mal que sepa que no soy friolenta y que me gustan las milanesas?

## **25 de marzo | Hay casamiento**

Finalmente hay fecha para el casamiento. 31 de mayo. 100 personas. A las 20:00 puntual. Llevar un novio.

## **27 de marzo | No tengo más tiempo**

Los compromisos odiosos pero lejanos se parecen a un espejismo. Si uno tiene que ir al dentista dentro de un mes, por ejemplo, recién empieza a pensar en el pinchazo de la anestesia cuando faltan dos o tres días para la cita. Antes de eso, el terror se desdibuja en ese futuro incierto. Faltan tantos días y tantas cosas, que anticiparse parece un rasgo de neurosis absurdo. Es como tenerle miedo a la muerte en el jardín de infantes.

Hoy, por primera vez en casi cinco meses, me preocupé en serio por la boda de mi hermana. Oficialmente ya no puedo decir que todavía hay tiempo: ahora sí que no hay más. Estoy en la recta final, en la última vuelta de la carrera. Me quedan dos meses escuetos, el tiempo justo para hacer dieta y conseguir un novio decente para callar a mi mamá. Si invierto mal mis días, si apuesto al candidato incorrecto, no voy a poder cambiar de plan.

Mi miedo más grande no es ir sola a la fiesta. ¡Fui a tantas fiestas sola como un perro que a esta altura me da lo mismo! Lo que me aterroriza es cumplir con la profecía de mi mamá. Es decir: no haber armado una relación estable en todo

el año.

Es por eso que necesito saber ya mismo si José me va a acompañar. Si no se lo pregunté todavía es porque no decido qué es peor: si espero y dice que no, me pierdo la posibilidad de conseguir a alguien que quiera ir, y si me apuro mucho al preguntar, lo voy a asustar y va a salir corriendo. No obstante, voy a tener que correr el riesgo. Total, a esta altura ya sé que José no es el amor de mi vida ni mucho menos. Si huye, será otro. Para él tampoco es gran cosa. O al menos por ahora eso parece.

## 28 de marzo

Llegué ojerosa, molesta y con abstinencia de Internet a la oficina, porque otra vez no tenía señal en casa. Empecé mi rutina haciendo café, chequeando el correo, borrando el *spam*, hablando con mi jefa, chusmeando con Graciela, leyendo algunos diarios y ordenando el lío que dejé en el escritorio el día anterior.

A media mañana decidí que necesitaba un recreo. En la oficina me estaba ahogando de aburrimiento e impaciencia. Así que agarré mis cosas para salir a comer algo e ir a buscar unos documentos al microcentro. Pero José me atajó antes de salir.

—Che, lenteja.

—Hola. ¿Qué pasa?

—¿Viste que vos querías hacer otras cosas? Bueno, hoy a la noche vamos a cenar con Marcelo y la mujer. Ahí tenés.

—¿Qué? ¿Con Marcelo? ¿Y con la mujer? ¿Qué mujer?

—La novia, lo que sea.

—Pará. ¿Él te dijo de salir los cuatro? ¿Le dijiste que nunca salíamos? No le habrás dicho eso, ¿no? No quiero que sepa. Es decir, no me importa, pero no quiero.

—No me digas que tenemos que disimular.

—No, disimular no. Pero mi vida es mi vida.

—Pst, a nadie le importa tu vida. Date cuenta.

—No, si yo lo tengo clarísimo.

## 29 de marzo

A las nueve y media en punto, Marcelo y Marina nos esperaban agarrados de la mano en la primera mesa de un restaurante de medio pelo. Tan agarrados que pensé que estaban abrochados por el puño de la campera. Y fue sólo el comienzo. Su presencia fue a la cena lo que un baño de azúcar glacé es a una

torta: se dieron un beso ruidoso cada diez minutos (como si lo hubieran cronometrado), hablaron en primera persona del plural toda la noche y se agarraron de la mano cada vez que los dos soltaron los cubiertos al mismo tiempo.

José y yo llegamos tarde, despeinados y con la misma ropa de todo el día, porque nos demoramos teniendo sexo en casa, adonde habíamos ido para que yo pudiera bañarme y cambiarme de zapatos. Como si fuera poco, nos comimos la panera en cuatro minutos y yo me tomé el agua de Marcelo porque tenía mucha sed. Impresentables.

Marina parece buena chica. Demasiado dulce, demasiado cargosa, pero buena. Es maestra jardinera, adora los chicos y quiere tener cinco hijos para vestirlos iguales (*keywords*: vestirlos iguales). Está loca por Marcelo y eso me despierta una curiosidad preocupante. Nunca pensé que alguien pudiera estar loco de amor por Marcelo, aunque ahora tenga lindo pelo y se vista mejor que antes.

—Ay, a mí me encantaría. Ya sé que es medio tonto, pero es una vez en la vida. Yo sí quiero una fiesta grande grande, un auto antiguo, los pétalos de flores, todo —dijo Marina.

—¿Pétalos de flores? —se rió, José.

—¿Ustedes no se quieren casar?

—No. Ni con pétalos ni con papel picado —avisé yo.

—Odiamos los casamientos —completó José.

Marcelo se puso visiblemente incómodo y se empezó a mover en la silla.

—Marcelo tampoco quiere hablar de eso —dijo ella, resignada.

—Claro que nos vamos a casar —objetó Marcelo.

—¡Ay! ¡Siempre dice que no! —dijo Marina y nos miró ilusionada y orgullosa por la noticia.

—No digo que no. Es demasiado pronto, pero algún día.

—Bueno, antes decías que no.

—No, siempre dije que sí.

Marina me miró y negó con la cabeza, pícara.

—Y bueno, cambió de parecer. Esta cena lo inspiró, ahora le dan ganas de decir que quiere casarse —acoté, cizañera.

—No ahora, pero claro que quiero casarme.

—Supongo que nos vas a invitar. Ya sabemos que vos sos muy invitador —le dije.

—No iríamos, igual. Nos haríamos los enfermos —dijo José, mientras se metía un morrón asado caliente y entero en la boca.

—Iríamos chochos de la vida —corregí, y les ofrecí una sonrisa falsa como una flor de plástico.

—Yo no voy —dijo José.

—Yo sí —dije yo.

—¿Vendrías sola?

—Claro. Seguro que vos te ofrecés para llevarme después.

—Claro.

—¡Pero si nos estaríamos yendo de luna de miel! ¿Cómo la vas a llevar, tanto? —acotó Marina.

En ese momento Marcelo se paró y avisó que se iba al baño. Así que esperé unos minutos y avisé que también yo iba a aprovechar el impasse de la charla. Pero a diferencia suya, yo me quedé en el pasillito, esperando que saliera, para insultarlo.

—Estoy harta de vos. Primero con Matías diciendo que yo salía con vos y metiéndote en el medio. Ahora esto. ¿Qué querés con esta cena? —le pregunté a Marcelo, arrinconándolo contra la pared.

—Yo nunca le dije nada a Matías, se lo dije a su ex, que era mi amiga, y ella se lo contó, y así me di cuenta de que se veían... ¡Y traté de avisarte pero me tiraste un café!

Me quedé muda.

—Yo sólo me metí para llevarte a todos lados y consolarte... ¿Sabés lo que te molesta a vos? Eso. Que ya no te pueda sacar de una fiesta cada vez que te enanchás con un boludo.

—¡Pero si sos vos el que siempre está revoloteando alrededor mío, preguntándome si voy a tal lado o no!

—La que vino a buscarme al pasillo fuiste vos.

Y se fue.

### 30 de marzo

Ayer mi hermana, mi mamá y yo nos juntamos para tomar el té y hablar del casamiento. Y digo del casamiento porque hablamos sólo de eso. Mi hermana no menciona nunca el embarazo. Sólo discutimos colores de servilletas, opciones de tortas y la lista de invitados que se agranda cada vez que mi mamá arquea las cejas.

—¡Pescado blanco suena a sushi de pobre! ¡Si no vamos a elegir salmón vayamos con el pollo, pero otro pescado no! —dijo mi mamá, como si la estuvieran amenazando de muerte.

—No sé, vos, Lulú, qué pensás. ¿Podremos pagar... salmón? —dijo Irina, mirándome con ojos de animé japonés

—¡No hay nada que pensar! ¡¿Qué están pensando?! ¡Claro, sirvamos matambre a la *pizza*! —dijo mi madre, pegándome un codazo—. ¡Empanadas santiagueñas! ¡Albóndigas, anotá albóndigas! Me voy a morir.

—¡Basta mamá! ¡Quiero que Lulú me diga que piensa ella!

—Iri, es tu plata. Elegí lo que te parezca mejor.

—Ella elige salmón —dijo mi madre mientras anotaba «salmón» con tanta fuerza que la lapicera amenazaba con romper la hoja.

### **31 de marzo**

Hoy, mientras almorzábamos en la oficina, Marcelo dijo que lo peor que te podía pasar era que tu novio te dijera que nunca se iba a casar con vos. Que no entendía a las mujeres que se empecinaban en tener relaciones sin futuro. Que era como tomar un poquito de veneno todos los días.

Ni lerdá ni perezosa, le contesté rápido:

—Mucho peor que un novio indiferente es una novia que sólo piensa en casarte. ¡Debe ser horrible! Es como vivir con una soga al cuello.

Pero ni siquiera se inmutó. Siguió jugando con el puré y esperando para devolverme el palazo. Y como es medio lento, recién se le ocurrió con qué pegarme cinco minutos después.

—No sé. Entre que me digan que no quieren pasar toda la vida conmigo y que me lo digan demasiado, prefiero que me lo digan demasiado.

—Bueno, eso depende —dije, haciéndome la reflexiva.

—¿De qué depende? —preguntó Gisela.

—Hay que ver. Quizá no querés casarte con el que te lo dice mucho y es un castigo. No siempre que salís con alguien es el amor de tu vida. A veces estás porque es muy bueno en la cama. A veces porque estás solo. A veces para darle celos a otra persona. ¡Hay miles de razones! —agregué, venenosa.

—Hay que ver. Suponete que el tipo que realmente te gusta está con otra —me dijo él.

—O al revés, que la chica que te gusta nunca te dio bola y te tuviste que conformar con la pesada que te dijo que sí —dije mientras me levantaba a tirar mi ensalada.

# ABRIL

Faltan ~~76~~ días

60

## 2 de abril

Hoy a la mañana me despertó un llamado.

—Hola, soy yo, Iri. Estoy en el florista. Mamá y yo queremos poner unos centros de mesa que tienen unas flores de Costa Rica, tropicales, divinas, que nunca nunca nunca se vieron, Lulú. Yo nunca las vi en ninguna revista.

—¿Qué?

—Y queríamos saber a vos qué te parecía...

Y directamente le corté. Plaf.

## 3 de abril

Hace rato que debería haberle preguntado a José si me va a acompañar al casamiento, pero por miedo de que se espante, no lo hice. El problema es que me quedan menos de dos meses, y si no le pregunto ya, no voy a tener tiempo de conocer a otra persona. Así que hoy a la tarde, después de dar muchas vueltas, resolví terminar con esta incertidumbre y esperé que viniera solo a mi escritorio para agarrarlo de sorpresa.

—Che... Yo sé que es medio raro que te pregunte esto ahora, pero necesito confirmar algo... Yo sé cuántas veces dijiste que odiabas los casamientos. No, no te asustes, no me quiero casar. Pero mi hermana sí. No pongas esa cara, por favor. Mi familia quiere saber si me manda dos tarjetas o una.

—Y vos querés que te mande dos... —dijo José, con expresión de dolor de huevos.

—No quiero ir sola.

—No soy esa clase de novio.

—Ya sé, pero lo vas a hacer por mí, para que yo no sea esa clase de sola.

## 5 de abril

Hoy llamé a mi hermana para avisarle que podía elegir lo que quisiera: salmón, flores importadas, un cisne esculpido en hielo, papas noisette en forma



de corazón, una carroza con caballos blancos. José me va a acompañar a la fiesta y voy a ganar la apuesta. Debería estar feliz, pero sólo estoy tranquila.

## **6 de abril | ¿Estoy de novia?**

El otro día, cuando hablamos con José sobre el casamiento, dijo que él no iba a bailar, no iba a hacerse amigo de mi padre, ni iba a comer los domingos con mi familia. Que él no iba a ser esa clase de novio. ¿Escuché bien? ¿Esa clase de novio? ¿La palabra clave es «clase» o «novio»?

La relación con Matías, por ejemplo, fue un despropósito desde el primer día. Matías era el mejor y el peor candidato al mismo tiempo. Es decir, el que más me gustaba y congeniaba conmigo, pero el peor para la apuesta. No me iba a durar nueve meses aunque lo secuestrara y lo atara a una cama hasta el día de la fiesta. José, en cambio, es todo lo opuesto. Es un buen acompañante para llevar a una fiesta pero no puede impresionar a nadie con ese carácter furibundo y esa forma de devorar.

Pero más allá de todo esto, si la palabra clave es «novio» y no «clase», como yo creo, se podría decir que por fin se acabó el asiento trasero del auto para mí. Que cuando alguien me pregunte si tengo novio por fin podré señalar la mesa de postres y decir que aquel grandote de traje azul que se está comiendo la isla flotante con la mano es mi novio. ¡Un novio de esos que alquilan películas en el videoclub los domingos a la tarde! Un novio que te agarra de la mano para cruzar la calle, que te lleva las bolsas del supermercado, que te acaricia el pelo cuando estás enferma o que se pelea con el vecino que te roba el diario por las mañanas. Un novio normal. Por fin.

## **7 de abril**

Como vivo tratando de hacer dieta (*keyword*: tratando), hoy me llevé una ensalada a la oficina. Adentro de un táper di vuelta una bandejita comprada de repollo, zanahoria y radicheta (de las que parecen viruta), le agregué un tomate medio verde, un huevo mal pelado y una pata de pollo al espiedo que descansaba, holgazana, desde el fin de semana en mi heladera.

Al mediodía me compré un agua saborizada y me fui al comedor a degustar mi porquería, con absoluta convicción de que ese acto heroico ya me hacía más flaca. La condimenté, la revolví y la probé: además de lucir horrible, sabía fatal: parecía papel picado.

Como si eso fuera poco, Marcelo se me sentó al lado, abrió su táper y me iluminó con su porción de felicidad hogareña. Si el táper de Marcelo y el mío hubieran sido fotografías, la mía hubiese ilustrado una crónica sobre

malversación de fondos en los comedores escolares de la provincia y la de Marcelo hubiera sido la tapa de una revista gourmet. Su táper era la declaración de amor de una esposa perfecta: unos sanguchitos mínimos en triángulos de pan blanco y mullido que parecían robados de una mesa de té victoriana, un alfajor miniatura artesanal, un *pack* de juguito, un tapercito chiquito con una ensalada de papas (¡y nada de papas rotas!, ¡parecían bloquécitos de madera para jugar!) y dos bombones en papel metalizado arriba de una servilleta verde doblada en ocho. Hasta tenía un cuchillo y tenedor de plástico. ¡Como si los necesitara!

Les juro que no sabía cómo hacer para tapar mi ensalada. Me quería morir. Me sentía igual a la vez que estaba en jogging y ojotas comprando un alfajor triple y me encontré con mi ex y su nueva novia.

¿Mi solución? Comerme la ensalada en tres minutos e irme corriendo. ¿Mi sensación? Lisa y llana envidia. ¿Mi moraleja? Ninguna. Sólo diré que más tarde José vino a mi escritorio, abrió una caja de chicles y se los tiró todos en la garganta. Ni siquiera amagó a convidarme.

Y así estamos.

## 8 de abril

Más allá de mis obsesiones recurrentes o de mi lacónica relación con José, últimamente mi vida venía muy tranquila. Trabajar, tener sexo, envidiar, sentir pena. En fin, lo de siempre.

Hasta ayer.

A las nueve de la noche me llamó Rodrigo, mi ex. Nos hicimos las preguntas de rigor, me contó que cambió el auto, le pregunté por la madre, me hizo chistes horribles sobre mis plantas secas y mi incapacidad para la cocina, y lo mandé a cagar unas cuantas veces. Nada especial, lo de siempre.

Hasta la mitad de la conversación.

—Che, viene el casamiento de Irina. ¿Vamos juntos? —me preguntó.

—¿Qué? ¿Vos y yo? No.

—Pero para que no vayas sola.

—¿Qué? ¿Y quién te dijo que yo voy a ir sola? Yo voy con mi novio.

—¿El de la fiesta? ¿Ezequiel era?

—¿Y vos cómo sabés de Ezequiel?

No podía entender por qué Rodrigo había dicho Ezequiel si el único hombre del que yo le había hablado alguna vez era Matías. Me pareció rarísimo. Hasta un rato más tarde, cuando llamó mi mamá y entendí todo de repente.

—¿Qué hacías, querida?

—Nada, mamá. ¿Pasa algo?

—No, nada. ¿Qué? ¿No te puedo llamar si no pasa algo? ¿Desde cuándo? ¡Quería saber cómo estabas, che! —dijo mi madre, perseguida.

—Bueno, estoy bien.

—¿Novedades?

—Ninguna.

—¿Ninguna? ¿Nada de trabajo, de... cosas de la casa, de... qué sé yo, novios?

Y cuando le iba a contestar, sentí una puntadita en el estómago. ¿Por qué mi mamá me preguntaba por novios diez minutos después de haberle contado a Rodrigo que tenía uno? ¿Y peor todavía, quién le contó a Rodrigo de Ezequiel?

## 10 de abril

Ayer a la noche, después de ir a jugar al bowling, José se quedó a dormir en casa y tuve el sueño más extraño del mundo. Yo me despertaba súbitamente, muy angustiada, y lo llamaba tocándole el hombro para que se levantara, a punto de llorar. Pero José no me daba bola y seguía durmiendo. Entonces yo lo destapaba y descubría por qué no oía nada: tenía un gorro de lana coya con orejeras y pompón. Como quería hablarle, yo le corría las orejeras, y entonces ya no era José. Era Marcelo.

## 13 de abril

Aprovechando que mi familia no iba a estar en todo el día, hoy fui hasta la casa de mi mamá y marqué el teléfono de Rodrigo desde el teléfono fijo. Desde mi celular no me quería atender. Era obvio. Le había dejado varios mensajes y nunca había respondido ninguno.

Pero esta vez atendió.

—¡Ah, si ves el teléfono de tu amiguita atendés!

Y se deshizo en explicaciones sin pies ni cabeza: que no tenía batería, que había estado enfermo, que no escuchaba los mensajes desde el miércoles. De todo, menos la verdad.

—Así que hablás con mi mamá. ¿Son amigos?

—No hablo con tu mamá, cada tanto me llama, me pregunta cómo estoy, esas cosas... ¡Yo iba a ser su yerno, no es tan raro!

—No sólo es raro. Es tristísimo. Sos amigo de tu suegra.

—No es mi amiga. Estaba preocupada por vos, me llamó algunas veces, le conté cómo estabas. Sí, le dije que habías terminado con ese chico en la fiesta, ella creyó que era otro, nada más.

—Claro.

—Ella tiene miedo de que vayas sola al casamiento, y me dijo que seguro yo iba a ir solo también, que era una pena... Que por qué no averiguaba bien... Y tiene razón.

—Qué tarado sos. ¡Vos pensás que de verdad le importa si vas solo! ¡Quería que averigües si yo tenía con quién ir!

—¿Por qué?

—¡Porque mi vieja es Lex Luthor, Rodrigo!

## **14 de abril | No soporto más a José**

Todas las cualidades que al principio me causaban gracia o me resultaban mínimamente interesantes ahora me ponen los pelos de punta. Todas. Y al mismo tiempo.

Una de las cosas que más odio, por ejemplo, es que cante canciones de cancha en la ducha. Arranca gritando «lacadé, lacadé» en voz baja, pero se va entusiasmando cada vez más, y al final aúlla unos alaridos tumberos que me dejan los nervios a la miseria. Y como si fuera poco, más tarde yo misma me encuentro cantando lo mismo en cualquier lado: «Desde el Este y el Oeste/ en el Norte y en el Sur/ brillará blanca y celeste/ la academia Racing Club», sin darme cuenta.

Otra cosa que me molesta es que, para él, todo se arregla en la cama. Si estoy de malhumor porque llegó dos horas tarde, me hace un movimiento de pelvis espantoso y adolescente y me dice que me va a «sacar el enojo» como él sabe. Si se me borró una nota larguísima en la computadora de la oficina y me pongo a chillar, me toca la cola y me dice que a mí me anda faltando «un poco de José».

Y hay más. Detesto su forma de comer. Es una langosta. Cada vez que viene a casa me asalta la heladera y se come hasta la mayonesa. Si pedimos comida por teléfono y tardo demasiado en agarrar una porción, se traga hasta la última miga. Si quiero cenar normalmente, tengo que atiborrarme de comida en los primeros cinco minutos, porque no hay cantidad que me asegure un plato lleno. Él siempre come más rápido que yo.

Y por último, es peleador, bravucón, maleducado. Parece un barrabrava. Hace poco, almorzando en el bar que está abajo de la oficina, se gritó con otro comensal porque nos había sacado el salero mientras él estaba en el baño. Juro que nunca había pasado tanta vergüenza en mi vida. O sí, con Rodrigo. Pero ahí está el punto. ¿Para qué me voy a quedar con un papelonero que sólo me quiere para coger cuando tengo uno igual de escandaloso y gritón que quiere ser el padre de mis hijos?

## **15 de abril**

Hoy a la mañana tuve que ir a buscar unas muestras de telas a lo de mi

hermana y llevarlas al salón, porque ella tenía náuseas, ganas de comer aceitunas y un zarpullido picoso que la hacía llorar todo el tiempo.

Me desperté una hora después de que sonara el reloj, busqué ropa limpia (que siempre es escasa por mi consabida pereza para lavar) y me maquillé un poco arriba del taxi. Llegué cuarenta y cinco minutos tarde, pero en vez de encontrar a mi hermana a los gritos, me choqué con mi madre, que iba y venía con mis telas en la mano.

—¡Ay! Pensamos que no venías... —me dijo mi mamá, fingiendo desinterés.

—Se me hizo tarde.

—Ah. Bueno, igual ya voy yo.

—Bueno, asegurate de ponerme dos lugares buenos.

—Yo te pongo, yo te pongo, mi cielo, vos asegurate de ocuparlos.

—¿Qué?

—Ay, nada, nada. Un chiste tonto.

Y ahí se me soltó el último cable. No pensé nada más. Y hablé. De más, por supuesto.

—Yo los voy a ocupar. Vos ocupate de juntar plata que la vas a necesitar. Porque una cosa es pagar media fiesta, y otra es pagar una fiesta entera.

Mi madre se dio vuelta y la miró furiosa a Irina, que se hacía la tonta y se miraba sus uñas recién pintadas.

—¡Yo no dije nada! —dijo Irina, verde por las náuseas y con cara de penitencia.

—Mirá Lulú —dijo mi madre—. Si vos querés decir que yo le dije a tu hermana...

—Yo sé muy bien lo que le dijiste a mi hermana.

Mi madre nos miró fijamente a las dos, primero a mí y después a Irina (a veces tiene una mirada fulminante, igual a la que nos hacía cuando éramos chicas y nos portábamos mal en público o queríamos agarrar otra porción de torta).

—Fue un comentario, un chiste...

—¡No fue un comentario! ¡Fue una apuesta real de la que volvimos a hablar hace menos de un mes! ¡Ahora no te vas a echar atrás! —gritó histérica, mi hermana.

—Yo te escuché —le dije.

—Así que las dos se complotan contra mí. Yo sólo lo dije porque, bueno, siempre vas sola. ¡No me lo inventé! No me miren como si todo fuese una locura mía. ¿Vas sola o no? ¿¡Ahora eso es mi culpa!?

—No, no es tu culpa. Pero vas a tener que pagar igual.

—Mirá: no me busques, Lulú.

—¿Qué no te busque?

—Sí, no me hagás decir cosas que no quiero decir.

—Decilas. ¿Qué más podrías decir? ¿Con qué me vas a sorprender ahora?  
Mi madre se cruzó de brazos y me miró fijamente. Ni siquiera pestañeaba.  
—Primero te tiene que durar un mes y medio. Es más. A mí plata no me falta. Hagamos como que es un incentivo. Si durás un mes y medio, pago toda la fiesta. Ahí tenés.

## **17 de abril | ¿Por qué mi mamá es así?**

Cuando mi mamá era chica, mi abuela (que al parecer era muy estricta) la amenazaba con que se iba a quedar soltera como su hermana, la tía Fefa. Mi mamá lo cuenta muerta de risa, pero desde acá, a la distancia, yo no puedo imaginarme qué tenía de gracioso para ella en esa época.

«Las chicas de tobillos gordos como las Bonelli se quedan solteras. Quien no sabe amasar no se puede casar. La tía Fefa es soltera porque entre casarse y comer eligió comer. ¿Vos qué vas a elegir? ¿Querés ser como mamá (y ponía cara de feliz) o como la tía Fefa (e inflaba los cachetes de gorda)?»

Mi mamá fue gordita hasta los nueve años y la tía Fefa era su tía preferida. Detrás de su casa (porque vivía con ellos, como todas las solteronas), tenía un taller de costura al que mi mamá iba a verla trabajar. Le parecía hermoso ver como hacía vestidos de un sencillo pedazo de tela. Siempre cuenta lo mismo: que para ella, una tira de seda frunciéndose para hacer un volado era algo parecido a la magia.

Las dos, Fefa y mi mamá, tenían un ritual que llevaban a cabo a escondidas de mi abuela, todos los martes y jueves: comían escones y masas secas, tomaban té en unas tazas inglesas con dibujos azules y esperaban ansiosas que llegara una clienta preciosa que venía a probarse ropa. Mi mamá no se acuerda mucho, pero dice que tenía tacos altísimos y usaba medias importadas con una rayita en la parte de atrás de la pierna. A las dos les encantaba mirarla mientras giraba frente al espejo de cuerpo entero y que la blusa cayera por su escote como una caricia. Según cuenta mi mamá, mi tía Fefa se esmeraba especialmente en hacer esa ropa porque decía que la clienta la iba a saber llevar.

A esa edad, a mi mamá le gustaba un chico del colegio, pero en esa época esas cosas no se decían, era un papelón absoluto que una chica suspirara por un galán. Sin embargo, como mi mamá no sabía disimular, todos sus amigos se dieron cuenta enseguida. Hasta el chico en cuestión, quien se apuró a aclarar (delante de ella) que mi mamá no le gustaba porque «era una gorda».

Mi mamá lloró tirada en la cama una semana entera. No hizo otra cosa que llorar. Ni siquiera comió las galletitas que mi abuela había dejado en la mesa de luz para consolarla (y eso que era la primera vez en la vida que mi abuela le ofrecía por propia voluntad un plato traidor de golosinas).

En esa semana, mi mamá dejó de comer a escondidas y bajó de peso por

primera vez en su vida. Hasta ese momento había creído que la gordura era imposible de controlar. Fue tal su sorpresa, que nunca volvió a ingerir nada con azúcar hasta el día de hoy. Compra las tortas, las sirve, las elogia, pero jamás las come. Las mira fijo como si fueran bichos que la pueden devorar por dentro.

A veces, cuando mi mamá me dice que suelte ese vigilante, la odio. La odio por superficial, por retorcida, por insensible. Pero otras veces, cuando estoy distraída, me la imagino chiquita y redonda, llorando en su cuarto, con la mandíbula apretada de bronca, tratando de contenerse para agarrar una galletita de la mesa de luz, con la tierna esperanza de llegar a grande como la clienta de la blusa y no como la modista. Y ya no siento enojo. Sólo pena.

## 19 de abril

La relación con José entró en lo que yo llamo el « punto gris » . Estamos hasta el cuello de rutina mediocre de parejita joven y oficinista que comparte un dos ambientes barato, se pelea por el control remoto, tiene sexo tres veces por semana y sale los viernes, cada uno por su lado, con amigos. Somos así de comunes. Una estadística, un cliché, una mentira que se viste de amor para tener una manito que nos ayude a cargar las bolsas del supermercado o que ocupe una silla en una fiesta de casamiento.

Cada tanto, sin embargo, hacemos algo fuera de lo común. Como el lunes a la mañana mientras José se duchaba, por ejemplo.

—Mi viejo siempre me decía/ llevalo en el corazón/ te van a cagar dirigentes/ te va a delatar un botón... —cantaba José, desde el baño.

—Che, terminala —le dije mientras me vestía.

—Pero me importa una mierda/ yo vivo con esa ilusión/ la de poder ver a Racing/ de nuevo campeón... —seguía gritando y saltando, agarrado de la canilla.

—¡José! ¡Me estás volviendo loca! ¡Dejá de cantar esa porquería, che!

—Ooooooooooooooooooooooh! Ohhhhhhhhhhhhhhhhhhh! Lacaaaaaaaaaaaaadé, lacaaaaaaaaaaaaadé.

—¡No te hagás el que no me escuchás!

—Ohhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh Ohhhhhhhhhhhhhhhhhhh.

—Pero la puta madre.

—Mi viejo siempre me decía/ llevalo en el corazón/ te van a cagar dirigentes/ te va a delatar un botónooooon...

Y me paré, fui hasta la cocina, abrí el mueble bajo la mesada, me arrodillé, y por fin escuché el grito que sí quería escuchar.

## 21 de abril

Hoy cuando volvía de almorzar, me crucé con Marina y Marcelo en la entrada del edificio. O mejor dicho, me estuve por cruzar, porque me demoré a propósito en el kiosco. No podía verlos hacer sus pavaditas de novios. No hoy, que hacía tanto frío. Así que preferí convencerme de que necesitaba comprar pañuelos en ese mismo momento.

Marina le leía la palma de las manos a Marcelo y se reían. Traté de descifrar lo que decían, pero sus labios se volvían ilegibles por la distancia. Ella hablaba, y hablaba, y hablaba. El viento la despeinaba y se volvía a acomodar el flequillo, divertida, mientras seguía mirando la mano de Marcelo con fingido interés.

Compré los pañuelos, miré unos anteojos en un exhibidor giratorio, revisé la variedad de galletitas y el exagerado precio de los lácteos de la heladera vertical, con la esperanza de que el tiempo pasara rápido y yo no tuviera que reconocerme a mí misma que me estaba escondiendo. Pero no pudo ser. Ellos siguieron riéndose en la puerta y no tuve más opción que volver a la oficina.

Cuando me vieron, Marcelo sacó inmediatamente la mano. Supongo que le dio vergüenza el juego pueril de enamorados. Quizá fue un acto reflejo. Mientras bajaba los ojos, ruborizado, ella me explicó que le estaba leyendo la suerte.

Más tarde, mientras subíamos en el ascensor a la oficina de nuevo, le pregunté qué le había dicho.

—¿Y? ¿Tuviste suerte?

—Dice que nos vamos a casar y a tener siete hijos.

—¿Siete?

—Yo no creo en esas cosas —dijo Marcelo y se encogió de hombros.

—Yo tampoco.

## **24 de abril**

Le aplastaría la cabeza como un zapallo. Agarraría un palo, una papa cruda, algo bien contundente y se la tiraría desde bien lejos para desmayarlo. O no. Le daría somníferos mezclados en una cajita de vino para que se duerma hasta el año que viene. Y después incendiaría el cilindro de Avellaneda con la llama olímpica.

Ayer, mientras mirábamos el partido de Racing, José agotó mi paciencia.

—Y ya lo ve/ y ya lo ve/ es el equipo de José.

No sé que es peor. Si que su cuadro gane, y por eso cante exaltado, o que pierda y empiece con la historia de cuando Racing salió campeón del año 66. Si escucho de nuevo que fue el primer campeón del mundo, el tricampeón del fútbol argentino, que llenó dos canchas enteras al mismo tiempo, me tiro por la ventana. Lo juro.

—¡NO! ¡NO! —gritó José.

Dicen que si deseás algo con mucha mucha fuerza, se cumple. Voy a probar.



Callate. Callate. Callate. Callate. Callate. Callate. Callate. No funciona. No me va a quedar más remedio que matarlo o cortarle la lengua.

—Che, José.

—Decime José Lacadé o no te contesto.

—Dale.

—¿Qué pasa, lentejita?

—Tenemos que hablar.

—¿Eh? —dijo mirando el televisor—. ¡PENAL! ¡PENAL! ¡Ahora!

José golpea la mesa.

—Sí.

—¿De qué? ¡PENAAAAAAAAL, LA PUTA QUE TE PARIÓ!

—José...

—¿Tiene que ser ahora? ¿Lo planeás, no? Tenemos que hablar justo ahora que Racing está por meter un gol... Ya fue. Le digo. Es un nabo, se lo merece por nabo.

—El domingo me voy a comer con mi familia.

—Ni me pidas que vaya, te paso a buscar, cuando termines. ¡PENAL!

—No sé qué te atajás si ni te iba a invitar.

## 28 de abril

Al final, ayer José me pasó a buscar por lo de mi mamá. La idea era que ella lo viera y supiera que yo estaba con alguien. Nada más. Así que cuando José llegó, lo dejé unos minutos tocando timbre, dejé que mi hermana me avisara que me buscaba un hombre, y después agarré mi cartera y salí. Pero mi madre no se quedó quieta. Al escuchar la palabra « hombre », en vez de preguntar quién era, me interceptó y abrió la puerta ella misma.

Entusiasmada por la novedad, mi madre trató de convencer a José de que se quedara a tomar café. Y como José se negaba, monosilábico y desencajado, tuvo que insistir hasta las últimas consecuencias.

—Quizás otro día —dijo José, amargado.

—¡Ay, no sean tontos! ¿Qué tienen que hacer? Si sos como ésta, ir a dormir la siesta... —dijo mi mamá, mientras bajábamos la escalera.

La cara de José se transformó. Se puso muy serio y frunció el ceño con genuino enojo de barrabrava.

—¿Ésta quién?

—¡Mi hija! Ya vas a ver lo que duerme, te vas a asustar. Cuando era chica, yo le golpeaba la puerta porque no salía del cuarto en días...

—Mamá...

—Estaba ahí, mirando tele y durmiendo en vez de salir, todo el fin de semana. Entonces el papá y yo...

—¡Mamá!

—Le golpeábamos la puerta y le decíamos: ¿Lulú, mi amor, estás viva? Pero contestaba que sí y seguía adentro, comiendo y comiendo, y mirando tele hasta que el lunes iba al colegio de nuevo.

—¿Se supone que me asuste? —dijo José, de malhumor.

—Ay no, che, era un chiste —dijo mi mamá, y le palmeó el hombro a José.

Agarré a José para irme, mientras intentaba no ponerme a llorar. Lo único que quería era desaparecer y no seguir hablando de nada. Ni con él ni con mi mamá.

—Ay, chicos, qué malhumor. ¡Son tal para cual!

—¿Ésta es tu vieja?

—Por favor, vámonos.

—Ay, bueno, sí, vayan a dormir la siesta.

—Vayan las pelotas. ¿Ésta es tu vieja?

Mi madre abrió los ojos como si hubiera visto un muerto. Yo empecé a tirar de José para irnos.

—Pero no puede hablar así, qué mierda tiene en la cabeza... ¡Es tu vieja! ¡Cómo va a hablar así!

—Te pido por favor que nos vayamos.

—¿Pero qué dije yo? ¿Qué hice ahora? —gemía mi mamá.

Mientras mi mamá ponía cara de pobrecita, yo seguía tirando de José, que la miraba, estupefacto, esperando otra intervención para comérsela viva.

—Pero oí, vos no te das cuenta porque es tu vieja, pero piró, está completamente loca. ¡Decile algo o le digo yo! ¡Decile algo, está loca!

Pero no pude hacer nada. Sólo me puse a llorar y le pedí en voz baja que nos fuéramos a casa, que después hablábamos, que después veíamos, lo que él quisiera, pero después. Que por favor, después.

Y nos fuimos. Mientras yo lloraba y él se daba vuelta para mirar a mi mamá, que se encogía de hombros desorientada.

## **29 de abril**

Desde el domingo, las cosas con José están raras. Él se enojó porque no le dije nada a mi mamá y yo me asusté con su reacción. Si bien no estamos peleados, luego de semejante episodio yo me quise ir sola a mi casa, él se fue a la suya y no volvimos a hablar hasta ayer, que discutimos en un pasillo de la oficina. Pero no gritamos, no peleamos, ni nos dijimos cosas feas. Sólo hablamos y no pudimos ponernos de acuerdo en nada.

Marcelo se dio cuenta de que tenía mala cara y me preguntó qué pasaba, pero no quise contestarle. Entonces se agachó, detrás de mi escritorio y me dijo que él conocía bien mi cara, y que sin importar lo que yo dijera, a esta altura me

había mirado tanto, tantas veces, con tanto detalle, que sabía mis expresiones de memoria.

### **30 de abril | Una cuestión de peso**

Ayer tuve un sueño horrible de nuevo.

Hace un par de años, cuando corté con Rodrigo y quedé soltera de nuevo, engordé quince kilos. En esa época, yo me despertaba tardísimo porque estudiaba para dar los últimos finales, y me iba en camisión y con todo el pelo revuelto a revisar la heladera para hacerme un brunch tardío saturado de grasas trans. Ahora lo recuerdo y no lo puedo creer. No por las cosas que comía, sino porque no sentía nada de culpa. La tragedia amorosa justificaba cada mimito culinario, cada mordisquito y cada chorrito de aceite de más.

En el sueño, yo iba tambaleándome hasta la heladera, y cuando la abría no había nada. Entonces le preguntaba a mi mamá si no había ido al supermercado y ella me decía que teníamos que hablar.

—¡Pero tengo hambre! —insistía yo, de pésimo humor.

Pero mi mamá trataba de convencerme de que no comiera, con la excusa de que me quería presentar a alguien. Yo, por mi parte, le explicaba que no quería conocer a nadie, que recién había cortado con mi novio, pero ella insistía con que era algo diferente y me pedía que fuera hasta el living.

Cuando llegaba el living, me encontraba a Adrián Cormillot sentado y me enamoraba de él a primera vista. No sé por qué. No tiene lógica. Pero yo lo veía y sentía un amor que me hundía el pecho. Temblaba de emoción y caminaba hacia él como si estuviera hipnotizada.

Mi mamá nos presentaba y nos dejaba a solas, y él me contaba que tenía un programa de televisión donde ayudaba a los gordos a dejar de comer. Yo hacía que lo escuchaba, pero sólo miraba sus ojos, su boca, sus manos enormes. En un momento no podía soportarlo más y trataba de besarlo. Me acercaba lentamente, como en las películas, y él inclinaba su cabeza para recibir, cómodo, mi beso.

Pero apenas llegaba a su boca, a un milímetro de rozar sus labios, Adrián Cormillot ponía un dedo entre nosotros y lo bloqueaba.

—Tu mamá y yo queremos invitarte a «Cuestión de peso» —decía Adrián Cormillot.

—¿Qué?

Mi mamá, que había visto todo, salía del pasillo donde esperaba escondida, frotándose las manos con miedo.

—Es lo mejor.

—¡Ya voy a bajar! ¡No necesito ir a concurso de gordos en televisión! ¡No ven que estoy triste?

—No estás triste. Estás gorda —sentenciaba Adrián, fulminante.

Y ahí me desperté y me comí un alfajor.

**MAYO**

Faltan ~~40~~ días

30

## 1 de mayo

Las cosas estaban un poco mejor con José. Yo traté de olvidarme de su exaltación y preferí quedarme con el recuerdo de que me defendió de mi mamá cuando nadie antes lo había hecho. Ni siquiera yo misma.

Quizá no fue la mejor manera de hacerlo, es cierto. Quizá se extralimitó y se metió en un asunto que no era suyo, es verdad también. Quizá yo también tuve la culpa. Pero el asunto es que me defendió. Lo puedo acusar de impulsivo, de animal, de maleducado. Pero al menos me defendió cuando nadie más lo hizo.

Este razonamiento, que a primera vista parece muy dulce y tolerante, y que de alguna forma me devuelve la fe en el género masculino, me hizo bien durante todo el día de ayer. Y digo «el día de ayer», porque hoy ya no siento lo mismo.

Todo empezó ayer al mediodía, en el bar de abajo de mi oficina, cuando José y yo pedimos la comida. Yo insistí con una milanesa al horno y una ensalada, y José pidió dos platos de ñoquis. Previsiblemente, otra vez la milanesa vino chorreando aceite y tuve que llamar al mozo para pedirle que me la cambiara, y como se negó, tuvimos una suerte de forcejeo amable. Él dijo que la milanesa era al horno y yo que chorreaba aceite como si fuera frita. José le dijo que éramos clientes de casi todos los días, que no valía la pena discutir, que mejor me la cambiara por una que no tuviera aceite y listo.

Pero al rato me volvieron a traer una milanesa igual de grasienta que la anterior y me di cuenta de que no tenía sentido insistir con lo mismo. Así que empecé a comer y al verme aceptar mi destino con tamaña mansedumbre, José enloqueció y me sacó el plato indignado.

—Siempre hacés lo mismo vos, dejás que los demás hagan lo que quieran y para no pelear, te terminás comiendo algo que no te gusta.

Seguí comiendo en silencio con la secreta esperanza de evitar una pelea. Él todavía hablaba, pero yo lo ignoraba, y eso lo ponía cada vez más nervioso. Recién intervine cuando me sacó los cubiertos y llamó al mozo de nuevo.

—En serio. No te preocupes, no es para tanto, me gusta así.

—No te gusta así. ¿Estás loca? ¡Decile algo!

Cuando el mozo llegó, José empezó a discutir diciéndole que no íbamos a pagar ni a comer esa milanesa y que se la llevaran ya mismo. El mozo dijo que

era tal cual yo la había pedido y que si no le ponían aceite se pegaba. José le explicó que eso no era una milanesa con aceite sino un aceite a la milanesa, y la conversación subió tanto de tono, que pasó lo que yo no quería que pasara. José lo insultó y tiró el plato al piso.

Ésa fue nuestra última comida en el bar. No podemos volver. Ni siquiera en grupo. Supongo que pediremos el almuerzo por teléfono, buscaremos otro bar o llevaré algo desde casa. Porque antes de mirar a ese mozo a la cara, prefiero no almorzar.

## **2 de mayo**

A causa del escándalo del miércoles, tuve que sugerirles a todos que buscáramos nuevos lugares para almorzar. Intentando disimular, les pregunté si no estaban cansados de las bebidas calientes, de los pedidos equivocados, del puré con grumos, del pan gomoso del día anterior, pero dijeron que no. Que el bar quedaba cerca, que era barato y que atendían rapidísimo.

Como me quedé sin argumentos, tuve que explicar la verdad; que estábamos proscriptos del bar. Apenas José dijo que había revoleado una milanesa con plato y todo, la oficina estalló en una carcajada parecida a un trueno largo y poderoso. José se justificaba diciendo que «era culpa de ellos por idiotas». Y yo, por mi parte, sólo me encogía de hombros, avergonzada.

Finalmente José los convenció de ir a otro lugar, que resultó ser una maravilla. Incluso me alegré de que José hubiera revoleado la milanesa. Había muchísimas ensaladas y otros platos vegetarianos ricos y libres de grasas. Al mismo tiempo, al ser un tenedor libre, los animales como José y Silvani podían tragar volquetes de tarta de zapallitos y croquetas de mijo sin preocuparse por la cuenta, y para Marcelo (que detesta los conservantes) y Piñata (que está a dieta) también era el lugar ideal. Es decir, un negocio perfecto.

Previsiblemente, el tema de conversación giró en torno al restaurante. Silvani preguntaba «¿Esto tiene carne?» frente a todas las bandejas. Yo, por mi parte, no tenía idea de qué era cada cosa, pero me guié por Marcelo (que explicaba qué tenía cada preparación) y por José (que acotaba «los rojos están buenos» o «los tomates esos se la bancan»).

Pero en el medio de nuestro festival naturista, nos cruzamos con un invitado sorpresa. Cuando José dijo que «todo el mundo» ahora comía ahí, nunca pensé quién era todo el mundo para él. Me imaginé una masa amorfa de desconocidos que iban en malón a llenarse el buche de zanahoria rallada. No pensé en nadie especial.

La sorpresa me llegó en la mesa de ensaladas, cuando Matías, colorado e incómodo, me dijo un «hola» incómodo y acartonado. Pero lejos de ponerme nerviosa, me llamó la atención haber estado tan serena. Me daba igual tenerlo

cerca. Había pasado mucho tiempo, nos veíamos muy poco, y yo ya había rearmado mi vida. Pero era obvio que a él no le pasaba lo mismo. Él estaba incómodo, molesto. Quería irse corriendo.

Si tengo que ser sincera, a riesgo de parecer una estúpida tengo que confesar que en ese momento me sentí bien. En vez de huir, me hice la superada y le pregunté cómo estaba. Y un poco por sádica y otro poco porque quería disfrutar de esa brisa de adultez, estuve a punto de preguntarle cómo iba el trabajo, qué le parecía el clima, si era la primera vez que venía, pero no pude. Me quedé muda. Se paró el mundo. Dejé de escuchar. Los zapallitos se volvieron borrosos. Las mesas me empezaron a dar vueltas. Y me sentí una idiota ejemplar cuando su ex novia volvió de la mesa de ensaladas con dos platos y le dijo: «Matí, no hay aceite de oliva».

Para colmo de males, José estaba lejos, apilando comida en su plato como si se viniera la tercera guerra mundial. Tener un hombre al lado es casi como un abrigo al ego y un paracaídas. Sabés que si te quedás muda, si te ponés muy colorada o si empezás a decir pavadas, el otro te va a rescatar o va a decir que tenemos que irnos.

Por suerte, Marcelo, que conoce bastante bien la historia, vino para nivelar la incomodidad. No sé qué tiene Marcelo, pero siempre sabe. No tengo idea si es una cualidad femenina, fraternal o curandera, pero siempre sabe qué está pasando en la cara de los demás.

Hablamos un poco más, pero la tensión llenaba todos los silencios, así que Marcelo decidió cortar por lo sano diciendo que todos nos estaban esperando para empezar a comer. Y Matías reaccionó mal. Le dijo que estaba hablando conmigo, que en todo caso, se fuera él. Marcelo, desencajado, le dijo que yo no tenía nada que hablar con ellos dos y Matías contestó algo que todavía no puedo entender:

—Ya te dije varias veces que te metas en tus cosas.

—Uh, pero son mis cosas. O mejor dicho, son las cosas de todo el mundo —le contestó Marcelo mirando a la ex novia de Matías.

Y nos fuimos para la mesa.

En ese momento no me di cuenta de nada. Sólo volví a la mesa, comí y me quedé pensando toda la tarde en Matías y su novia. Cuántas otras veces se habrán peleado y se habrán vuelto a arreglar. Cuántas chicas habrá conocido Matías en esos baches. A cuántas habrá engañado con su ex novia o a cuántas habrá dejado de llamar porque volvía con ella. Y más que nada, a qué se refería Marcelo al decir que ella era de todo el mundo. ¿Habría pasado algo entre ellos dos también?

Sin embargo, no pude averiguarlo. Ni el sábado. Ni el domingo. Ni hoy. Y por lo que me dijeron, ni mañana, ni pasado tampoco. Porque al parecer, Marcelo por fin consiguió una chica que quiere ir de *camping* y se la llevó todo el fin de semana largo con él.



### 3 de mayo

¿Marcelo habrá llevado a Marina al mismo *camping* que a mí? ¿Se habrán quedado? ¿Le habrá gustado? ¿Le habrá dicho que fue conmigo? ¿Le habrá importado? ¿Se habrá quedado después de saber? ¿Y si no fueron a un *camping*? ¿Y si fueron a una hostería? Seguro fueron a un hotel. Claro. A mí me llevó a un *camping* horrible y a ella a una cabaña con chimenea frente a un lago divino. Conmigo se equivocó y con ella aprendió. Qué suerte. Bien por ellos dos. Ojalá la pasen bien en la cabaña.

### 4 de mayo

Ayer no aguanté más y llamé a Marcelo. Supuestamente para preguntarle qué había querido decir con lo que dijo. Y digo supuestamente, porque ahora, mientras lo escribo, me doy cuenta de que no tenía mucho sentido llamar, que si pasó algo entre la ex novia de Matías y Marcelo yo no tengo nada que ver.

—Hola, soy yo —le dije a Marcelo, segura.

—¡Hola! ¿Pasó algo?

—Te llamé varias veces, estaba apagado.

—Ah, es que estoy lejos.

—Sí, ya me enteré, en una cabaña o algo.

—¿Qué cabaña?

—Ah, no importa. Yo te llamaba porque no había entendido la discusión con Matías.

—¿No podemos hablar cuando vuelva?

—¿Y cuándo volvés?

—El miércoles. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Sí, bien. Pensé que volvías antes. Quería hablar.

—¿Necesitás que vuelva? ¿Te pasa algo? ¿Pasó algo con Matías? ¿Estás sola? ¿Podés hablar ahora? —preguntó Marcelo.

—¿Sí, vos podés hablar?

—Sí. ¿Por?

—Por nada, suerte en la cabaña.

—¡No es una cabaña!

—¿Qué es?

—Un hotel.

### 7 de mayo

Marcelo volvió de las vacaciones al mediodía. Lo primero que dijo fue «volví». Levanté la cabeza y ahí estaba, descansado y ansioso, como esperando algo de mí.

Me preguntó si quería ir a comer abajo para hablar y le dije que sí. Agarré mis cosas, él dejó su bolso y bajamos. Pensé que si iba sin José, no habría problemas. Después de todo, yo no revoleé la milanesa. Fue él. Pero en el trayecto nos cruzamos con Piñata y Silvani que también querían almorzar y se sumaron. Y llamaron a Graciela. Y a Gisela. Y a José, que a pesar de su papelón no dudó en venir. Y a todo el mundo. Así que finalmente almorzamos todos juntos y me relajé.

El almuerzo fue como el de todos los días. Gritos pidiendo más gaseosas, milanesas aceitosas, vasos confundidos y esa lucha desapareja de luncheon tickets imprecisos al final de la comida. Así que no pudimos hablar. Ni siquiera cuando todos por fin comían, porque en el medio Marina llamó al celular de Marcelo. Me di cuenta por su cara y por lo que decía.

—Acá, en el bar, almorzando con todo el mundo. Sí. No. Más tarde, lo dejé acá. Sí, con todos. Sí, está. ¿Para qué? Dale, che. Hablamos después. No. ¿Para qué?

Yo me comía un pan para disimular lo concentrada que estaba en escuchar su conversación.

—Porque no tiene nada que ver. No. Bueno, a ver esperá.

Y me pasó el teléfono a mí, que me quedé dura como una estatua.

—Quiere hablar con vos, está chistosa, no sé.

Agarré el teléfono atemorizada y un poco desencajada por lo raro de la propuesta.

—¿Qué taaaaaaaaa! ¿Cómo se están portando? ¿Comiendo rico? ¿Mi novio?

—¿Tu novio qué?

—¡Si se está portando bien!

—Eh... sí.

Marcelo se mordía el labio, incómodo.

—Jajajajaj. Bueno, cuidámelo mucho. ¡Decile que te muestre las fotos del hotel que están lindísimas!

—Bueno. Le digo. Chau.

Y le pasé el teléfono a Marcelo, como si me quemara las manos. Por suerte en ese momento nos trajeron la comida y pudimos cambiar de tema. Agradecí religiosamente cada bocado salvador, cada comentario criticando el puré, cada puteada por la lechuga marchita. Hasta que escuché algo que debió anticiparme todo lo que vendría después.

—¡Pero la puta madre, ¿puede ser que no traigan bien una puta cosa?! —gritó José, furioso.

Traté de minimizar la situación ofreciéndole cambiar de plato conmigo, pero

no quiso y llamó al mozo. Al mismo mozo con el que se peleó la vez anterior.

—¿Vos estás bien? ¿Querés que después hablemos de eso? —me dijo Marcelo, en voz baja.

—Si no terminamos todos presos, sí.

—¡Eu! ¿Me podés cambiar esto? Fi-le-tto. Fi-le-tto —gritó José.

—¿La podés terminar, por favor? ¿Comés cualquier porquería sintética y no podés comer otra salsa? Comételes y dejá de hacer escándalo —lo amenacé.

—¿Por qué? Yo no pedí esto, ellos se equivocaron. Que me lo cambien.

—Porque yo te lo pido —le supliqué, intentando cambiar de registro.

—No, lentejita. Esto es una cuestión de principios.

—Me lo como yo. Me como los dos, tengo hambre, y vos pedís uno nuevo —intentó Marcelo.

—¿Qué les pasa a ustedes dos? ¿Laburan acá? ¿Les descuentan los ñoquis?

José se paró, silbó y le gritó al mozo.

—Che, ¿vos me estás tomando el pelo? ¿No ves que te estoy llamando hace media hora?

—¡José! ¡Por favor! —le pedí.

—¡No, loco! Yo no pedí esto. Se hacen los boludos a propósito.

En ese momento sentí tanta bronca y tanta humillación que estuve a punto de ponerme a llorar. Hubiera querido que me sacara la policía con una campera en la cabeza, como a los ladrones, para que nadie me viera. Pero no podía. Toda la gente nos miraba: las chicas de otros pisos murmuraban, los hombres se codeaban y se reían, los desconocidos abrían la boca con fascinación morbosa. Nadie se quedaba indiferente al espectáculo de José.

Así que agarré mis cosas y me fui corriendo, mientras el griterío se volvía cada vez más espeso y difuso.

Volví a la oficina pero me quedé sentada en la escalera de servicio, pensando. No quería hablar con nadie. Mucho menos que me preguntaran en dónde estaban los demás o por qué había vuelto antes. Si fumara, me hubiera prendido un cigarrillo. Me hubiese gustado fumar en ese momento, o al menos tener un café.

Diez minutos después llegó Marcelo. Lo escuché preguntar por mí desde atrás de la puerta. Titubeé algunos segundos y lo llamé. Se sentó al lado mío, en la escalera, tratando de no reírse. Me dio un paquete de papel blanco con algunas manchas de aceite.

—Pedí que te lo envolvieran; si no, te ibas a quedar sin comer. ¿Querés que te busque cubiertos?

Y no sé si fue la comida, la falta de cigarrillos o la oscuridad de la escalera. No sé si quería yo o quería él. No sé tampoco si está bien, está mal o más o menos. Pero lo besé.

## 8 de mayo

Hoy, cuando llegué de la oficina, me encontré con las invitaciones del casamiento debajo de mi puerta. Nunca las fui a buscar. En realidad, no volví a almorzar con ellos después de la pelea entre mi mamá y José. Supongo que las debe haber dejado ella. No sé si fue para reconocer su supuesta derrota o para intentar un acercamiento, pero el sobre, en letras plateadas, dice «Lucía y José».

## 10 de mayo

El viernes a la tarde pasó lo que yo suponía que iba a pasar. Marcelo quiso hablar del beso. Esta escena se repitió millones de veces a lo largo del último año. Cada vez que alguien quiere hablar conmigo, yo me escapo. No sirvo para confrontar. No sé qué decir, no sé cómo decirlo, y la mitad de las veces termino llorando. Pero esta vez yo misma había propiciado la situación y no iba a poder escaparme así nomás. Aunque no tuviera nada que decir, iba a tener que abrir la boca para hablar.

—¿No vamos a hablar?

Y me encogí de hombros.

—¿Vamos a hacer como que no pasó nada?

—No...

—¿Entonces?

—No sé. Es demasiado rápido, no lo pensé. Vos dijiste que ya estaba. Vos dijiste que era la última vez, que ya no ibas a estar.

—Ya sé que yo te dije...

—No sé. Necesito pensar —le dije, dudosa.

—Ya saste durante meses. Decime algo. Ahora.

—Es que no sé.

Y me encogí de hombros de nuevo.

## 11 de mayo

A veces, cuando me enfrento a una situación determinada, los hechos se me presentan claros y contundentes. No tengo dudas. Estoy segura. Tan segura como que no me gusta el hinojo, subirme a una montaña rusa o el cine iraní.

Me llama la atención, entonces, que, en algunas ocasiones, esas certezas que en algún momento fueron tan claras se desvanezcan como un argumento borroso en mi memoria. Como si las diera vuelta y encontrara un montón de razones

ocultas que dicen lo contrario y que, ciega por una seguridad arrolladora, en ese momento no pude ver.

¿Cómo puede ser que una verdad absoluta de repente se desvanezca como un hechizo? ¿Cómo alguien que antes nos volvía locas de amor ahora nos resulta un tarado banal, y al mismo tiempo, alguien que nos parecía un mamarracho plañidero y sofocante de repente nos resulta un príncipe azul? Si no cambiaron ellos y nosotras tampoco, ¿qué es lo que cambió en el medio?

Hoy, mientras José hablaba sobre el posible descenso de Racing y yo me hacía la que escuchaba, pensaba qué hubiera pasado si hubiera escuchado a Marcelo la primera vez. Quizá no hubiera salido con Matías. Quizá nunca lo hubiera encontrado besándose con su ex y no hubiera tenido que inscribirme en un portal de citas, ni salir con un amigo de Marisa o con José.

Pero en aquel momento, a fines del año pasado, todo parecía tan cierto... Estaba tan segura de mis negativas, tan concentrada en quejarme, en huir, en mirar para otro lado... Quizá, si él no hubiera sido tan insistente, ni yo tan histérica, ni Matías tan simpático, ni mi madre tan mordaz... Quién sabe qué hubiera pasado si yo no hubiera estado tan segura de algo que quizá no era cierto.

## **13 de mayo**

Hoy José vino a casa después del trabajo. La idea era pedir algo para comer y ver una película, pero no pudo ser porque el reproductor de dvd se empacó y no anduvo más. Y cuando digo que no anduvo, no quiero decir que se haya roto. Nada más lejos. El reproductor andaba perfecto, lo que no andaba bien era otra cosa.

Mientras yo pedía la *pizza*, José trató de poner música, pero el disco giraba en falso y no cargaba. Entonces resolvió poner otro, pero cuando lo quiso abrir, el reproductor estaba atascado. Trató de arreglarlo apagándolo y prendiéndolo varias veces, forzándolo con un clip, haciendo palanca con un cuchillo, sacándole la tapita del display, pero no hubo caso. Y durante el proceso se fue poniendo tan nervioso que finalmente le dio un golpe desde arriba y lo rompió para siempre.

Yo me puse tan mal por la situación que dejé de hablarle, y él, que no es precisamente un mago de las relaciones interpersonales, buscando consolarme, no tuvo mejor idea que decir que era culpa del reproductor, que era una porquería.

Apenas lo dijo, me puse a llorar desconsoladamente y a gritar que era un animal, que no lo soportaba más, que quería que se fuera ya mismo de mi casa. Que ése era mi reproductor de dvd, que siempre había funcionado bien y que en su momento me había costado mucho comprarlo. Que no tenía derecho a pegarle de esa forma. Que estaba cansada de sus gritos, de sus escándalos, de su carácter imposible. Que no quería pasar más vergüenza ni tener miedo de que

explotara en cualquier situación. Que era un grosero, un irascible, un orangután, y que no lo iba a soportar ni un minuto más.

Él, por su parte, también gritó. Argumentó que no tenía la culpa de que el reproductor fuese una basura, que yo me ponía histérica por cualquier cosa, y acto seguido agarró su saco y dio un portazo, ofendido. No sé quién le habrá abierto la puerta de abajo, pero supongo que alguien lo hizo, porque cuando llegó la *pizza* ya no estaba.

De más está decir que el dvd nunca volvió a funcionar. Murió, opaco y callado, como mueren los electrodomésticos.

## **14 de mayo**

Hoy al mediodía, Piñata nos invitó a todos a comer abajo. Para evitar cruzarme con José le dije que no podía ir, pero fue tan insistente que al final tuve que ceder para no tener que dar tantas explicaciones sobre mi misterioso faltazo.

Estuve veinte minutos en el almuerzo, pero fueron veinte minutos eternos. José se empeñaba en hablarme y yo en decirle (furiosa, antipática) que no quería charlar. Para él, era como si nada hubiera pasado. Incluso me pellizcó la cola delante de todo el mundo, y tuve que dispararle una mirada violenta para que entendiera que nuestro problema no se iba a solucionar con unas palmaditas atrevidas.

Mientras tanto, Marcelo nos miraba divertido. Supongo que de alguna forma rara debía estar contento de que nos lleváramos tan mal o, peor aún, de que ya no nos lleváramos más. Quiero decir, la distancia entre José y yo era obvia. No hablábamos, no interactuábamos y yo me solté varias veces cuando me quiso agarrar de la cintura.

A la tarde, José vino a mi escritorio y me propuso hablar, pero le dije que tenía mucho trabajo y que no podía hasta más tarde. Me preguntó a qué hora salía y le dije que dos horas después de su horario para no tener que cruzármelo a la salida. La verdad es que no tenía un plan. Sólo sabía que no podía estar ni cinco minutos más con él. Su presencia me sacaba de las casillas. Si hubiera tenido café, se lo hubiera tirado encima como hice otras veces.

Como si fuera poco, todo ese tironeo sucedió delante de todo el mundo, en mi escritorio. Y cuando digo «todo el mundo», incluyo a todos los que alguna vez nombré: Piñata, Marcelo, mi jefa, Graciela, Silvani, Gisela y diez empleados más que sólo conozco de vista. Es decir, casi un piso y medio de la redacción. Todos, pero absolutamente todos, vieron nuestra pelea.

Pero tengo que confesar que duró poco. Cuando bajé de la oficina, al concluir el día, me esperaba una sorpresa. José estaba sentado en la escalera con un reproductor de dvd nuevo en la mano y unas disculpas en la boca.

Me conmovió profundamente que me pidiera perdón y que comprara un

reproductor para mí, pero más que nada, me gustó que esperara dos horas, que lo envolviera para regalo y que se sintiera mal por su actitud de chimpancé destructor.

Me aclaró, sin embargo, que no lo íbamos a poder usar hasta que terminara el partido de Racing y yo, que estaba muy dócil y conmovida por su actitud, le dije que no había problema. Que él mirara su partido tranquilo y que podíamos ver una película después.

La emotividad, sin embargo, me duró dos horas. Apenas llegamos a casa, José se puso mi bata y mis pantuflas para estar más cómodo y empezó a saltar por encima del sillón y a gritarle al televisor cada vez que Racing estaba en situación de gol.

Y entonces volví a sentir lo mismo de antes. Odio.

Creo que ningún vecino pudo comer en paz. Sus gritos, sus insultos, sus escándalos eran exasperantes. Era una puteada atrás de otra, como una ristra de chorizos interminable. Cuando terminó el partido, como yo estaba chinchuda por sus gritos y él por el resultado, nos sentamos a comer en silencio. Supongo que él pensaba en el club de sus amores y yo en que jamás debería haberle dicho que mirara el partido ahí. Pero no llegamos a discutir ni a entablar una nueva conversación, porque nos interrumpió el timbre.

Yo supuse que era algún vecino para quejarse, pero me llevé la sorpresa de mi vida. No era un vecino. Al menos, no mío.

## 15 de mayo

La cara de Marcelo cuando José abrió la puerta fue increíble. Como si le hubieran tirado un balde de agua fría en la cara. Sumado a que no esperaba encontrarlo en casa, se encontró con un José comiéndose mi yogur descremado, vestido con una bata de mujer, metido bien adentro de mis pantuflas.

—Hola... Pasé para ver cómo estabas... —dijo, incómodo—. No sabía que... —Y señaló a José.

—Estábamos comiendo, pasá. ¿Comiste? —dije adelantándome.

—No, no. Sólo pasé para ver si estabas bien, no iba a entrar.

José miraba, suspicaz, y comía yogur de frutilla con una cucharita de café diminuta que parecía un juguete entre sus dedos. Marcelo me miró, incómodo.

—¿Y tu novia? —le preguntó José.

—Esperándome.

—¿Abajo? Decile que suba. No podés dejar sola a tu novia con la cantidad de buitres que hay.

—No, no, no acá. No, sólo pasé y o, para ver si estaba todo bien.

José me pasó el brazo por alrededor del cuerpo y sonrió.

—Estamos bien, estamos bárbaro.

## 16 de mayo

No soporto a José. Le tengo un cariño sincero, amistoso, franco. Pero no lo aguanto más. Me da dolor de cabeza. Sin embargo, soy débil y cómoda. Estoy acostumbrada a su presencia. Estar con él es seguro para mí y para mi apuesta. Además, no puedo evitar escuchar la voz de mamá en mi cabeza. Suena como música de fondo: «Sos incapaz de tener una relación. Estás gorda. Vas a ir sola a la fiesta. Vamos a ver si te dura un mes y medio. Salís gorda en todas las fotos. No toques esa milanesa. No sabés elegir los novios. Sonreí, que con esa cara nadie se va a fijar en vos». Escucho esa música desde los ocho o nueve años. Es como el jingle de una publicidad pegadiza que pasan dos millones de veces por la televisión.

No obstante, más allá de mi pereza y mi cobardía, hoy, cuando llegué a la oficina, me sentía tan avergonzada que por primera vez tomé la iniciativa para hablar con Marcelo. No pude hasta el mediodía, cuando lo encontré en el pasillo bajando a almorzar.

—Ey, che. Ey. Hola —saludé, dudosa.

—Soy un estúpido

—No, no. No sos. No sos. No... Es sólo que es complicado, justo ahora.

—Está bien, no me tenés que explicar nada. Me gusta que estés con él. Es más fácil así.

—¿Más fácil?

—No podríamos ser amigos si vos estuvieras soltera de nuevo... No sé si a Marina le gustaría. No podría ya ir a buscarte a todos lados o ir a ver si estás bien... No podríamos ir a comer. No podríamos estar hablando ahora acá, solos, en la escalera.

Me dio un beso en la mejilla, bajó algunos escalones, se dio vuelta y sonrió.

—Quizás en otra vida.

## 17 de mayo

Ayer por la tarde tuve la pésima idea de mencionarle a mi hermana que ese fin de semana iba a buscar el vestido para la fiesta. Del otro lado hubo silencio.

—¿Vos... todavía... no sabés que te vas a poner...?

Pero no me dijo nada. Incluso le pareció razonable mi argumento: la gente iba a verla a ella. A nadie le iba a importar qué tenía puesto yo.

No obstante, tres minutos después llamó mi madre, con una crisis nerviosa. Me dijo que ella se había imaginado que yo iba a hacer una de las mías, pero que jamás pensó que iba a llegar tan lejos. Que mi hermana se merecía tener la boda de sus sueños y que yo, con mi actitud, no estaba ayudando en nada a concretar



su tan ansiado proyecto.

—¿Qué va a pensar la gente cuando te vea con un solerito de liquidación? ¿Qué van a decir mis amigas cuando te vean envuelta en harapos de la galería Cabildo por todo el salón? ¿Por qué me hacés esto, Lucia?

Yo me quedé estupefacta. No entendía por qué tanto alboroto. No es que iba a ir con un vestido viejo (cosa que también se me ocurrió), iba a ir a comprar uno el fin de semana. Uno lindo y nuevo de algún color que no fuera negro.

—¿Y si tenés que tomar el vestido? ¿Y si no encontrás nada... para vos?

—¿Para mí?

—Sí, así, de cola anchita.

—¿Vos lo que decís es que no existen vestidos en mi talla?

—No dije eso. Vos dijiste eso. Sólo dije que a las chicas como vos les cuesta más encontrar.

—Mamá, creo que puedo encontrar un vestido sin tener que hacérmelo a medida con un mantel. Gracias.

Y le corté. Pero volvió a llamar.

—Si seguís molestando me voy a poner un jogging cortado a la rodilla.

Y le volví a cortar. Pero llamó una y otra vez.

—Jogging —le dije apurada, y volví a cortar.

Pero, increíblemente, llamó una última vez, y antes de que yo pudiera hacer algo, escupió:

—Sivenisconmigotepagoelvestido.

Lo pensé algunos minutos.

—¿Me pasás a buscar?

—En veinte minutos. Por favor, no vengas en jogging. Sabés que me pone de pésimo de humor.

Y me cortó ella.

La tarde empezó mal. Mi mamá me dijo, ocurrente, que sabía adónde podíamos ir. Estacionó sobre la avenida Santa Fe, nos bajamos, hicimos unos veinte metros caminando, pero al ver la vidriera del famoso local, me quedé dura.

—Acá van a tener para vos.

Debajo del nombre del local había una aclaración entusiasta: «¡Talles especiales!». Giré y miré a mi madre, furiosa.

—Yo no soy especial, mamá.

—No hables así de vos. Si vos no te querés, nadie te va a querer.

## 18 de mayo | En bolas

El principio de la adolescencia me recibió con la ansiedad oral de una aspiradora y la silueta de una heladera Whirlpool de mil cuatrocientos litros.

Nunca fui tan gorda como a los doce años de edad. Ni siquiera cuando corté con Rodrigo por primera vez y subí quince kilos.

En esa época, yo tenía los primeros asaltos y el inminente viaje de egresados a Córdoba, y la ropa empezó a ser un problema para mí. Antes de eso, mi mamá me compraba lo que ella quería y yo lo usaba sin chistar.

Las primeras salidas de shopping fueron un suplicio para mí. Mi mamá me encerraba en un probador y me iba pasando ropa enorme por arriba de la puerta, con la voz quebrada de enojo porque nada me entraba como ella hubiera querido. Sus reproches solapados, su cara de pena, su desilusión al ver que toda la ropa linda se me trababa en las rodillas, me hacía creer que era mi culpa incomodarla de esa manera.

Ese año, la frase que más escuché fue «talle como para ella», un torpe eufemismo para suplir «talle mil». Cada vez que mi mamá la decía, las vendedoras me miraban de arriba a abajo y tomaban uno de estos dos caminos: o bien decían que no tenían mi talle, o me mostraban el más grande que había para probarme empíricamente que mi cuerpo regordete era incapaz de meterse en ese escueto pantalón de hija perfecta.

De grande me enteré que podríamos haber ido a millones de negocios distintos. Que no todos los locales de ropa ofrecían talles únicos para adolescentes esmirriadas. Que había lugares, que sin ser especiales, tenían talles de pantalón numerados en vez de talles únicos imposibles. Pero supongo que ésa era la forma que tenía mi mamá para castigarme por estar gorda. Y estar gorda, al mismo tiempo, era mi forma de castigarla a ella por su decepción anticipada.

Ayer, por primera vez en más de quince años, me sentí de nuevo una adolescente adiposa. Hubiera preferido estar en el dentista o haciéndome una cirugía a corazón abierto antes de estar ahí. Pero mientras me miraba en el espejo de un probador oscuro, empaquetada en un disfraz de abuela espantoso lleno de canutillos y lentejuelas de los noventa, me di cuenta de que ya no tenía por qué sufrir. Que ya no tenía doce años ni estaba tan gorda. Que podía irme. O quejarme. O revolverle las doce polleras de crêpe por la cabeza. Es decir: que no tenía que comerme la milanesa llena de aceite nunca más. Así que dejé los vestidos y me fui.

Me volví sin zapatos, sin vestidos y sin accesorios. Pero rescaté media autoestima. Y a esta altura de mi vida, con este novio, esta madre y esta cadera, media autoestima vale muchísimo para mí.

## **21 de mayo**

Hoy fui tempranísimo a la oficina, para poder tomarme la tarde libre y salir de compras. Mi plan era buscar un vestido lindo, bonito y barato, y si no lo encontraba, usar el vestido negro que había descartado para la fiesta de año



Mientras subía por las escaleras me encontré con algunos compañeros de trabajo que bajaban a comer, desorganizados, en grupos de tres o cuatro, a las corridas. José me saludó como si nada y me pegó en la cola, como de costumbre.

—No me llamaste, lentejita. ¿Y el vestido? ¿Cuándo lo voy a ver?

Pensé que era un histérico y quería que escarmiente. Jamás le voy a decir que lo llamé ocho veces y le dejé ocho mensajes. Si no los escuchó, mejor para mí.

—Ay, no me acuerdo de nada. Volví borrachísima.

**2. Agregue los líquidos.** Llegué a mi escritorio, pero la oficina estaba vacía. Me tomé medio litro de agua y un café para recuperar la compostura y revisé algunos *mails*; me daba miedo haberme perdido algo importante por la llegada tarde. Pero no había nada especial, salvo una entrevista que tenía que pautar para el lunes que viene. Decidí llamar antes de bajar a comer con todo el mundo, aunque lo único que quería era una Seven up y un té.

**3. Mezcle los ingredientes formando una pasta homogénea.** Cuando abrí el celular, sin embargo, por curiosidad, miré los números que había marcado. Los dos últimos eran cualquier cosa. Números que no conocía ni tenían sentido porque empezaban con 903 o 6#90. ¿Habría llamado a China? No me acordaba. Pero cuando seguí, previsiblemente para todos pero dolorosamente para mí, encontré seis veces el número de Marcelo y todo empezó a cobrar sentido. Las imágenes se volvían cada vez menos borrosas y las palabras se empezaban a organizar como ejércitos alineados adentro de mi cabeza.

En ese momento, decidí ir al bar para hablar urgente con Marcelo y sacarme las dudas. Así que agarré mi cartera y el celular, y me fui, dejando todo prendido.

**4. Amase hasta integrar todos los elementos.** Mientras bajaba corriendo las escaleras, me empecé a acordar de algunos mensajes que creía haberle dejado a José. Las palabras venían a mí como apariciones. Una más subida de tono que otra, más privada, más atrevida, más fuera de lugar. Cada dos o tres escalones me agarraba la cabeza, me tapaba la cara y sentía que mi estómago crujía de pudor. Esta vez sí había metido la pata, en serio y hasta el fondo.

Sin embargo, mi angustia no tenía nada que ver con la vergüenza de que Marcelo se hubiera enterado de los rituales privados de mi pareja. Yo estaba angustiada porque probablemente lo había herido con mi error. Sin querer, lo había puesto a escuchar cosas que le iban a hacer mal, de la misma manera que me hubieran hecho mal a mí en el caso inverso.

**5. Prepare un bollo redondo.** Cuando llegué al bar, Marcelo, por suerte,

todavía no estaba comiendo. Había llegado más tarde porque iba a comer arriba. Caminé hasta su lugar y le empecé a hablar sin parar. Desbordada. Verborrágica. Pudorosa.

—Perdoname, perdoname. Yo estaba borracha. Me pasé por completo. No sé qué pasó. Perdoname.

Y me puse a llorar desconsoladamente. Marcelo entonces me llevó para el pasillo que va hacia los baños, al lado de los teléfonos, y me consiguió papel para que me secara las lágrimas. Me extrañó que no estuviera molesto. Al parecer, la situación le parecía graciosa. Se reía.

—No te preocupes, supuse que no eran en serio.

—Eran en serio, pero vos no tenías por qué escucharlos.

—Por qué no, eran para mí.

—No... Eran para José.

—Decían Marcelo.

Me quedé dura. Marcelo sacó su celular y me hizo escuchar uno. Me puse colorada desde la frente hasta el talón del pie. Nunca me había escuchado a mí, justamente a mí que soy tan pacata, decir semejantes cosas. Y todas juntas.

—Eran para mí.

Marcelo se acercó, me secó las lágrimas con la yema de los dedos y me dijo que estaba todo bien, que no llorara porque a mí la cara se me hinchaba de nada. Que él sabía, que él entendía, que él se olvidaba si yo quería que se olvidara. Le dije que sí. Me agarró de la cintura y me acompañó al salón otra vez. Quería parar de llorar pero no podía. Las lágrimas se escapaban como goteras por un techo desvencijado.

**6. Cómate el bollo, o guarde en un táper y congele.** Cuando llegamos a la mesa, Marina estaba sentada, incómoda y moviendo los dedos sobre la mesa, en el lugar de Marcelo. Piñata, desde su lugar, comía pechuga a la plancha y miraba sigilosamente cada detalle de la situación. Ella tenía un táper hermoso en la mano. Uno de los que ella le prepara cuando duermen juntos, de esos que tienen los sandwichitos miniatura, las uvas en bolsita, los juguitos infantiles.

Se la notaba fastidiada, enojada por la situación. Apenas nos vio, se paró y, rabiosa, le dijo a Marcelo:

—Vos te olvidaste la comida.

Y giró, me miró y me dijo a mí:

—Y vos sos una hija de puta.

Y me dio un cachetazo.

Me quedé inmóvil algunos segundos y luego me fui, apurada y avergonzada por el escándalo. Dejé todo ahí, en la silla de Marcelo: mi cartera, mi celular y parte de mi dignidad.

## 27 de mayo

Hoy, luego de una siesta larguísima, me desperté y encontré un mensaje de Rodrigo en el contestador.

—Che, te llamé al laburo y dicen que estás enferma, pero tampoco atendés en casa ni en el celular. Chíflame si vas sola al casamiento, tenía una mina para ir pero se pudrió todo. No seas boluda, no vayas sola si podemos ir juntos... ¿Estás con ese pibe todavía? Llamame.

Así que disqué y lo llamé.

—Hola, soy yo. Sí, claro que voy. No, no estoy más con él.

Y le conté todo.

—En realidad, el lio empezó hace siete meses. Hace doscientos cincuenta días, cuando sin querer escuché que mi mamá apostaba con Irina que yo iba a ir sola, gorda y de negro al casamiento. Ese día me quise morir. Porque no sabía que mi familia me veía así. Yo pensaba que ellos creían que tenía mala suerte en el amor. O que estaba con unos kilos de más (*keyword*: estaba), pero no que era una suerte de caso perdido (*keyword*: era).

—Ajá. ¿Pero qué tiene que ver eso con el tipo?

—Entonces me juré que iba a ganar la apuesta. Que iba a ir con un novio de verdad, un novio normal, un novio mío. No un amigo prestado, una ex pareja caritativa o un galán de último momento.

—¿Entonces? —preguntó Rodrigo, intrigado.

—Entonces salí con un compañero de oficina, Marcelo, pero todo salió muy mal. Después salí con Eduardo, dos veces. Después conocí a Matías. Matías me encantaba. Pero lo encontré en el baño con otra mina una semana después. ¿Te acordás? Marcelo me quiso avisar... pero no le presté atención. Pensé que quería meterse en el medio...

—¿Y para qué iba a querer meterse en el medio?

—Porque Marcelo quiere salir conmigo desde el primer día que puse un pie en esa oficina. Y no se cansó nunca de dejármelo bien claro. Me invitó a las salidas que organizaba con la gente de la oficina todos los viernes durante un año.

—Pero a vos no te gusta.

—Entonces estuve sola como un mes y salí con un tipo adicto a los celulares. Y después se me ocurrió..., por favor, no te rías..., inscribirme en un portal para buscar pareja. Qué boludo, te dije que no te rieras...

—Perdón.

—Y ahí salí con varios tipos patéticos hasta que conocí a Ezequiel. Y salimos un tiempo. Pero mientras, Matías me presionaba con que quería volver y Ezequiel no me tocaba. O sea, no quería acostarse conmigo. Y no, no era puto. No empieces. O sea, tenía un tipo que no me tocaba y otro que tocaba a la ex novia. ¿Entendés?

—Entonces te quedaste con Ezequiel.

—No, porque me dejó. Yo no me porté muy bien con él. En la primera cita me quedé dormida, por ejemplo. En esa época me volvía loca Matías.

—Y ahora no.

—No. Ahora no. Hace un tiempo, ya. Así que ahí volví a estar sola, como siempre. Hasta que acepté salir con la gente de la oficina, y ahí conocí a José, que no quería tener nada serio con nadie. Sólo acostarse.

—No me digas esas cosas. No puedo imaginarte con tipos.

—Ok, digamos que sólo quería verme de vez en cuando. Y le planteé que yo quería empezar algo serio y me dijo que sí, un poco para poder seguir acostándose, porque me dejó claro que a él le daba lo mismo. Pero después supongo que nos encariñamos, hasta me iba a acompañar al casamiento.

—Pero no estás más con él tampoco.

—No.

—Porque... ¿te dejó por otra?

—No. Lo dejé yo.

—¿Por qué?

—Para que se entienda tengo que volver hacia atrás, porque mientras pasaba todo esto, también pasaban otras cosas. Sólo que yo no me di cuenta.

—¿Cómo?

—Resulta que hace un par de meses, en una de esas reuniones en las que conocí a José, Marcelo nos presentó a su novia, Marina. Ayer Marina me pegó un cachetazo delante de todo el mundo.

—¿Por qué?

—Porque Marcelo me trajo de la fiesta de Matías cuando lo encontré en el baño, porque vino a casa a ver si me sentía bien, porque me trajo la comida cuando me quedé sin almorzar, porque me invitó a ir a jugar al bowling cuando estaba deprimida, porque me convenció de que me postule para un trabajo mejor, porque me llamó cada vez que estuve triste, no sé. Porque está demasiado pendiente de mí.

—Ah, está celosa.

—Sí, eso, y que un día le di un beso.

—Bueno, fue sólo un beso...

—Y una vez lo llamé cuando estaban de vacaciones. Y el otro día le dejé unos mensajes subidos de tono por error. Y una vez vino a casa de noche porque pensó que no estaba José... Y después está lo de los sueños, a veces sueño con él... Y nada más. Bueno, sí, le hice algunas escenas cuando me enteré de que tenía novia.

—¿Por qué?

—Bueno, eso mismo me preguntó José.

—¿Y qué le dijiste?

—Que no sabía por qué pero que me molestaba que estuviera con ella.

—¿Y entonces?

—Entonces después, a la tarde, Marcelo me avisó que me había dejado la cartera y el celular en el bar y que no me los podía traer... por lo que había pasado, que lo mejor era si me lo mandaba con un taxi... o que yo mande a alguien...

—¿Y?

—Y entonces me puse a llorar.

—¿Por qué?

—Porque pensé que iba a venir a traerlos.

—Como siempre.

—Sí.

—¿Y José?

—Cuando llegó, me vio llorando. Y ahí pasó lo que vino después.

## 28 de mayo

Cuando el sábado llegó José a casa, yo lloraba a moco tendido, y previsiblemente, empecé a hacer preguntas complicadas que yo no podía contestar.

—¿Por qué mierda llorás? ¡Y no me digas más que la cartera, que el maquillaje, que el celular, las invitaciones! ¡Si es tanto lío, mandás un taxi! ¿Por qué llorás? —preguntó José, indignado.

—¡Porque seguro me sacaron mis cosas, mis anteojos, mi maquillaje!

—¡Nadie te sacó tus cosas, vos las dejaste tiradas y otro las agarró!

—¡Pero eran mías! ¡Mías! —dije mientras me golpeaba el pecho, llorando.

—¡Pero las dejaste tiradas! ¡Lo que dejás tirado se supone que no lo querés! Además, dijiste mil veces que no te gustaba esa cartera.

—Bueno, pero es mía y la quiero. Y no dije que no me gustaba. Dije que no me combinaba con mis cosas. No era muy yo. Pero era linda. ¡Y era mía!

—¡Bueno, andá a buscarla!

—Me da vergüenza. Me la tendría que haber llevado antes, ahora ya no puedo volver a buscarla.

—¡Si tanto querés la cartera andá a buscarla! Si no la vas a buscar es que tanto no te importa. ¡Dejate de joder! ¡Es sólo una cartera!

Me fui a bañar llorando a moco tendido mientras José suspiraba, harto del cuento de la cartera fea. Mientras estaba en la ducha, sonó el teléfono. Le grité a José que fuera a atender pero no me hizo caso. Así que salí corriendo, toda mojada, antes de que cortaran. José estaba en la cama, tirado, semidesnudo, con esperanzas de tener sexo de reconciliación. Nunca lo vi tan precario y estúpido como en ese momento.



Cuando llegué al teléfono, sin embargo, me quedé dura: vi que el identificador de llamadas decía mi número de celular. Marcelo había encontrado «casa» en la agenda y llamó. Quería saber por qué no había ido a buscar las cosas, que pensó que yo iba a ir. Yo le dije que pensé que iba a venir él. Me explicó que no podía y yo le dije que tampoco, porque me estaba preparando para ir al casamiento por civil de mi hermana. Me dijo que ya sabía porque estaban las tarjetas. Le pregunté si me había revisado la cartera y se rió. Supongo que sí. Aunque lo haya negado.

Cuando corté estaba contenta. Mi vida no había cambiado en nada pero estaba contenta igual. Quizá no iba a recuperar mi cartera (que era fea y no me combinaba con nada), pero por lo menos estaba segura de que todavía era mía.

Sin embargo, ese llanto, esa agua y esa confirmación desató en mí una certeza enorme. No quería a ese hombre desnudo en mi casa ni otro segundo más. No porque fuese gritón, ni precario, ni fanático del fútbol. No quería que estuviera porque no me ponía contenta estar con él.

Me senté al borde de la cama, envuelta en una toalla, chorreando agua del pelo y de los ojos y mojando las sábanas recién cambiadas.

—¿José? Yo no te quiero.

—Ya sé.

—No, no sabés. Vos tampoco me querés. Estamos juntos porque hay que estar con alguien. ¿Entendés? Nosotros estamos juntos para no sentir los sábados a la noche que caminamos por la cornisa. Para no ver un plato y una taza en el lavaplatos, para no sentir las pantuflas frías, para no despertarnos el domingo al mediodía y ver los bordes de *pizza* retorcidos de la noche anterior, para no sentir envidia de esas familias que llevan los bolsos, felices, para pasar el día en el club. Estamos juntos para no preguntar cuánto es el mínimo de helado que traen a domicilio, para no revolver todas las bandejas de milanesas en el supermercado hasta encontrar la más chica, para no tener que ir solos a todos lados y soportar la mirada ajena que nos dice que somos fracasados, olvidados, el chico que en la clase de gimnasia nadie elige para jugar al quemado.

José se rió.

—Así que lo de la cartera venía por ahí.

—No sé por dónde viene, pero hay algo con esa cartera, es cierto.

—De coger ni hablar, ¿no? —me preguntó, un poco en broma, un poco en serio.

—Ni de coger, ni de ir a un casamiento, ni de cenar el sábado a la noche, ni de meterte en mis pantuflas. No quiero calentar un costado de la cama, una silla en un casamiento o un par de zapatos.

—¿Por qué lo tenés que hacer tan complicado todo, lentejita?

—Porque yo quiero alguien que se muera por mí. Alguien que no soporte estar con otra persona. Alguien que me mejore y que sea mejor porque está

conmigo. Eso quiero. O eso quise siempre. Y no quiero conformarme más. Si no es así, prefiero quedarme sin nada.

—Nada, entonces —dijo mientras se levantaba, para vestirse, un poco ofuscado.

—Nada.

## 31 de mayo

El casamiento por civil pasó sin pena ni gloria. Apenas si almorzamos unos cuantos en un restaurante y yo me excusé diciendo que tenía que trabajar. Recién hoy, en la fiesta de casamiento de mi hermana, todos se van a dar cuenta de que estoy sola de nuevo.

Durante el último año imaginé esta fiesta cerca de doscientas veces. Primero, entrando con Matías perfecto, bailando borrachos, burlándonos de la gente y chicleando a mi madre que estaría histérica por la derrota. Después me imaginé yendo con Ezequiel en dos variantes: una en la que no pasaba nada, y otra en la que se peleaba con Juan Pitt mientras la estúpida lloraba a moco tendido en el guardarropa. Me imaginé otra con Oscarcito, sólo porque estaba deprimida y quería autoflagelarme. Me imaginé una con Willy, el loquito del celular (yo me escondía porque no lo soportaba más, y él me mandaba mensajes de texto y me llamaba durante toda la noche). Me imaginé también una con Marcelo en la que él me corría la silla, me alcanzaba el abrigo y yo le buscaba torta en la mesa de dulce con diligencia sumisa de novia almirada. Y por último, me imaginé una fiesta con José. Una fiesta tan factible, tan cercana, que casi pude saborear la isla flotante y escuchar la música brasilera desde mi cama.

Pero no puedo negar que también me imaginé este final. Que en el fondo, mi gran miedo era que mi mamá tuviera razón justamente porque sentía que su profecía era cierta. Que, como dije mil veces, yo era la que se tropezaba con la mesa de dulces o la que se rompía un taco bailando en la pista, pero no la que llamaba la atención de los hombres con su melena colorada y su figura esbelta.

Sin embargo, esta vez tengo que asumir que haber perdido fue mi culpa. Y no porque lo haya dejado a José, sino porque hice las cosas mal desde el primer día. Si quería ganar, nunca busqué ni elegí al mejor candidato para llegar a la fiesta. Y si lo que quería era enamorarme, nunca dejé de buscar y de elegir como si estuviera comprando en una zapatería en liquidación.

Ayer le dije a Rodrigo que iba a ir sola, a José que no quería estar con él, y a Marcelo que por favor pasara a dejarme la cartera. Tenía esperanzas de que viniera. Tantas, pero tantas. Pero no vino. No quiso, no pudo, no lo dejaron. No sé.

Hoy se casa mi hermana y perdí. Y voy a tener que pasar por esa noche, por esa fiesta de la peor forma imaginable: sola.

# **JUNIO**

~~Faltan 15 días~~

No falta nada

## 1 de junio | La fiesta

En las bodas, se supone que la novia camina hacia el altar emocionada, con la cara abollada por las lágrimas y las piernas temblorosas, apenas imperceptibles debajo de un larguísimo vestido blanco. Lo que no se supone es que haya de por medio una apuesta, que la madre le diga gorda a la hermana de la novia, o que la familia esté más pendiente del novio de la hermana que del novio de la novia. Pero claro, son suposiciones.

Ayer mi hermana entró en la iglesia emocionada y caminó temblorosa como se suponía que caminará, pero sólo hasta la mitad del pasillo. En ese momento me vio sentada entre mi madre y mi tía, y se quedó clavada en el medio de la iglesia, como si se hubiera cruzado un fantasma. Podría jurar que abrió la boca y no la cerró hasta que terminó la ceremonia, pero quizás esté exagerando. Es muy difícil prestar atención cuando tu madre te pregunta dónde está tu novio durante toda la ceremonia.

—No lo quise traer. Me daba vergüenza mi familia.

—¡Mentira! ¡Seguro hiciste algo! —gritó mi madre.

—No, no. Me daba vergüenza. Nada más —le dije, tranquilísima.

—No hiciste eso.

—Te digo que no va a venir. Si mi novio veía a la abuela Amelia babeada y tratando de agarrar un canapé con su mano artrítica de borracha temblorosa, a vos peleándote con Silvia por el micrófono, a la tía comiéndose los langostinos con cabeza y a papá haciendo trencito, me mataba. De hecho, Rodrigo me dejó por culpa de ustedes. Me dijo que estaba muy enamorado de mí, pero que le daba vergüenza ser parte de mi familia. Lo juro.

—Si no viene, pierden tu hermana y vos. Lo sabías, ¿no?

La fiesta arrancó con mi hermana llorando a moco tendido en el guardarropa y mi madre explicándole a la gente por qué no aparecía. Entre desconcertada y furiosa, Irina me mandó a llamar unas cincuenta veces a través de diversos parientes, pero como estaba ocupada tomando daikiris y comiendo sushi, no fui.

Finalmente, mi madre le dijo que ella iba a pagar todo y mi hermana se calmó. Desde que somos muy chicas mi hermana consigue todo llorando, incluso que le paguen una apuesta que perdió.

Cuando por fin entró en el salón, la cara de Irina parecía una piñata de colores marmolados. El maquillaje le dibujaba unas arrugas negras en las mejillas y le hundía los ojos como si estuviera enferma de tuberculosis. Yo sonreía y bebía como un cosaco. Incluso me divertía. Todos la estaban pasando mal, menos yo, que no tenía que pagarle nada a nadie ni suplicarle a otros que paguen mis cuentas.

Sin embargo, cuando quise agarrar el quincuagésimo canapé, me di cuenta de que todos me miraban a mí, y no a ella. Y cuando digo todos, digo todos. Desde mi abuela hasta los compañeros de oficina de mi cuñado. Todos susurraban, se codeaban, y me espiaban con una pena sigilosa y elegante.

—Yo lo conocí a tu abuelo en el club. ¿Vos fuiste al club?

—No, abuela.

—Por eso perdiste —dijo mientras se metía un cucurucho de kanikama entero en la boca.

—¿Qué?

Al parecer, mientras mi hermana lloraba a los gritos, les contó todo sobre la apuesta a su marido, a sus amigas, a una moza, a mi tía, a mi abuela, a su madrina e incluso a la gente que no había podido ir a la fiesta pero la llamó al celular. A su vez, toda esta gente se lo contó a todos los demás invitados que, asombrados por lo jugoso del chisme, se pusieron a opinar con particular entusiasmo sobre mi derrota.

Atento al inminente desastre, Rodrigo se acercó con una botella de champagne y me dijo si quería sentarme con él. Al borde del llanto y sin otro panorama mejor, le dije que sí. Después de todo, de alguna forma rara y moderna éramos amigos. De hecho, si yo no hubiese cambiado de parecer, hoy seríamos un matrimonio con dos hijos.

Me acuerdo de esos instantes con terror infantil. Fueron, sin duda, el principio de una de las peores noches de mi vida. Y no es que yo no esté acostumbrada a la humillación y al papelón constante. De hecho, no conozco otra cosa. Pero la verdad es que nunca me había enfrentado a un desastre de tremenda magnitud. Era mi primer papelón masivo. Hasta ese momento, las vergüenzas más grandes de mi vida habían sido confesarle a mi novio que todavía era virgen, y que se me volara una pollera que me había prendido mal antes de salir de casa, dormida, para ir a la universidad.

A las diez y media de la noche, mientras comíamos el exageradísimo salmón millonario, yo ya estaba borracha como una cuba. Tan borracha que cuando Rodrigo amenazaba con sacarme el vino, le gruñía como un depredador. Mi abuela, mientras tanto, seguía con sus preguntas.

—Yo no entiendo cómo es que no conseguiste un novio en la facultad —decía mi abuela, con las comisuras goteando caspa de salmón grillado.

Por otro lado, mucha gente me manifestó su apoyo sincero, y en su afán por

alentarme, me arrojó a los abismos de la depresión. No me acuerdo de todo el mundo. Sólo de una pelirroja que intentó un abrazo y me dijo que su mamá la había bañado con sus primos hasta los doce. Otra mujer me dijo una frase que no sé como tomar: «Será lo que será, pero es tu madre». Y por último, un viejito me dio su tarjeta para que lo llame. Rodrigo, por su parte, no paró de repetir que tendría que haber esperado para dejar a José.

Pero luego del período depresivo, cuando se acabó el vino tinto y empezó a correr el champagne, llegó una marea de enojo severo. De repente me encontré contestándole muy mal a mi abuela, al resto de los invitados, e incluso al barman porque el trago que me había dado venía flojito de alcohol.

—Minnovio está preso, apuela.

—¿Cómo preso?

—Quso matr a mama.

Como si fuera poco, mi madre se quiso reconciliar de una manera insólita. Vino por detrás y, animada por el vino, me empezó a cantar temas relacionados con la victoria y con la derrota, subiendo y bajando los brazos como si fuese una porrista universitaria.

—¡Ganamos! ¡Perdimos! ¡Igual nos divertimos! ¡Ganamos! ¡Perdimos! ¡Igual nos divertimos!

¿Esta mujer sospecha lo mal que la pasé yo durante estos meses? ¿Tendrá alguna idea de las cosas que hice para ganar? ¿De las veces que me humillé, que me sometí a situaciones destructivas o que salí con gente impresentable sólo para cumplir?

—Lo que sí, no había necesidad de ponerse ese vestido de velorio.

Y empezó a tararear una marcha fúnebre más o menos de memoria.

—Mi vestido es perfeto. Fijte en el tuye que estás vestida comunarbol de Navidad. Tenés desinocho conores, mamá, panecés un cacatúa.

—Con esta figura —y dio una vuelta— se pueden usar todos los colores que quieras. El secreto es la silueta, hasta el verde manzana te queda lindo si estás delgada.

—No me gusptan los coliores, maam.

—¡Y como sigas comiendo, te van a gustar menos!

—Aborl de navidán.

Y me pegó en la mano para que soltara un profiterol. En ese momento me puse tan pero tan furiosa, que me comí ocho profiteroles seguidos, uno detrás de otro, en su cara. Pero ella no se rindió y regañona, me quiso asustar.

—Genial, ahora ni ese vestido te va a entrar.

—Ptuuuuuf.

Para no seguir discutiendo, me fui al baño. Un poco a esconderme de ella, y otro poco porque los profiteroles me habían caído mal. Yo no sé en qué baño me metí o cuánto tiempo estuve sentada en el inodoro pensando en todo lo que había

pasado en el último año. Me acordé de esa vez que me encerré a llorar en el *camping* con Marcelo, de la vez que encontré a Matías con la otra chica en la fiesta y del cepillo de dientes y la afeitadora de José que todavía descansaban en mi botiquín. Estaba borracha y pensaba desorganizada y torpemente, pero al menos pensaba.

Cuando salí del baño, tambaleándome, me di cuenta de que la toalla estaba tirada en el piso y me puse a buscar una nueva en un armario de chapa escondido detrás de una puerta divisoria. Pero no había toallas, por supuesto. Había algunos bolsos y algunas zapatillas, que presumo serían del personal de la fiesta. Sin embargo, en el medio de toda esa ropa raída y ese calzado sudado y oloroso, hubo algo que me llamó la atención. Brillando y destilando comodidad dominguera, encima del resto de las cosas, como si estuvieran acomodados sobre un almohadón real, descansaban un pantalón de jogging majestuoso con un viejo buzo imitación Nike.

Las ganas de ponérmelos eran tan grandes. Tan grandes. Eran como amuletos mágicos, como un imán, o como el anillo de Frodo. Me imaginaba mis piernas acariciadas por la frisa roñosa de la joggineta y me estremecía de placer. Podía ver la cara de mi madre al verme salir del baño con ese atuendo, y me moría de risa sola.

Así que no lo pensé más, me desvestí y me robé el jogging, un buzo y unas zapatillas cuarenta y dos que me hacían lucir como un payaso de circo.

La salida, lo juro, fue triunfal. Si no hubiera estado tan borracha, juraría que la música se detuvo y me iluminaron desde el techo. Pasé por al lado de mi madre y, trabada por el alcohol y la risa, me hice notar.

—Aper que te prece etsa ropa haora.

De más está decir que durante el resto de la fiesta, mi madre me persiguió por todo el salón exhortándome a volver a mi atuendo inicial. A cambio de sacarme el jogging, la obligué a pedirme perdón, le hice repetir que era una cacatúa colorinche y que mi vestido era más elegante que el suyo, pero la engañé. Me quedé con mi atuendo dominguero hasta las tres de la mañana. Incluso mi abuela se indignó:

—Nena, ¿qué hacés vestida de pintor?

Más tarde, sin embargo, hasta yo me cansé del chiste y quise volver a cambiarme. La gente murmuraba demasiado, mi hermana fruncía el ceño, furiosa, y mi madre había dicho «cacatúa» varias veces. Ya estaba bien para mí. Pero cuando volví al baño, el vestido ya no estaba. Alguien lo había guardado o se lo había robado descaradamente.

Para no soportar los reproches de mi mamá, se me ocurrió ir a dormir al guardarropas arriba de todos los abrigos (en ese momento tenía lógica) mientras Rodrigo me buscaba por todos lados. Creo que pasaron dos o tres horas, porque descansé bastante bien. Cuando me desperté asomaba encima mío una resaca

impresionante, pero ya había recuperado el habla y el equilibrio. De a ratos me sentía en mi propia cama. Hasta que tuve que compartirla con otra persona.

A las seis de la mañana, se abrió la puerta del cuarto y me cayó encima una mujer. Mi madre, preocupada porque su amiga Silvia estaba borracha, la había tirado adentro del guardarropas tal cual como había prometido. Silvia apenas podía articular una palabra entera, pero con todas sus fuerzas y con las vocales que pudo, sentenció:

—Mir aa lu cí na que conscí hijiputan, pero tu amaman es un caso apart, querida —dijo, mientras se prendía un cigarrillo encima de todos los abrigos y sacones de piel.

Asumí entonces que era hora de irme. Agarré mi tapado y me lo puse arriba del jogging, completando mi atuendo de linyera. Al dueño de las zapatillas le dejé una notita en un papel higiénico avisando que le iba a devolver sus cosas en la semana.

Afuera me esperaba un domingo gris. Un domingo como todos mis domingos. Un domingo que me encontraba otra vez soltera, en jogging, con el estómago lleno de comida chatarra y de alcohol.

Por un momento pensé que los últimos siete meses habían sido un mal sueño. Que nunca habían pasado. Que ese día yo me había puesto esa ropa para bajar a comprar algo al kiosco, mientras me sacudía una pesadilla de la cabeza. Una pesadilla que involucraba apuestas, candidatos ficticios, una dieta que nunca empecé y un poco de amor. Y por un momento me convencí de que ningún recuerdo era cierto. De que mi mamá no había sido capaz de tal cosa, o de que si lo había mencionado, mi hermana se había indignado con semejante proposición. Pero mientras cruzaba la calle, la realidad me golpeó sin anestesia.

Entre el ruido de los autos y la música que venía del salón, alguien me chiflaba desde la esquina, muerto de risa:

—¡Pero qué pinta! ¿Quién es el diseñador?

Atontada, giré solamente para confirmar la voz. Quería tanto que fuera ésa... Tanto, tanto. Por primera vez en la noche sonreí de felicidad genuina. Crucé la calle, un poco torpe y un poco ansiosa, y fui caminando hasta la esquina.

—Pensé que no ibas a venir.

—Yo siempre vengo al final de las fiestas.

—Es verdad, me tenías que llevar.

—Tu hermana te dejó como veinte mensajes en el celular, llorando a moco tendido —me dijo Marcelo mientras me devolvía el teléfono, que agonizaba de batería.

—¿La atendiste? ¿Te contó algo... de la apuesta?

—Hasta el último detalle. La tuve que calmar.

Marcelo se rió y me dio la mano con timidez. Nunca agarré una mano tan fuerte. Ni siquiera cuando era chica y cruzaba una avenida con mi mamá.



—¡Viniste!

—Siempre vengo... ¿Y? ¿Ganaste o perdiste?

Me encogí de hombros, dudosa.

—¡Ahora que ya sé todo, contame!

Hice un silencio, me miré las zapatillas enormes y suspiré.

—Supongo que gané.



CAROLINA AGUIRRE. Nació en 1978 y es una guionista y escritora argentina. Su primer blog, *Bestiaria*, fue finalista de los Weblog Awards y ganador como mejor blog del mundo en español para los premios Best of the Blogs que otorga la Deutsche Welle. Fue publicado en forma de libro por Aguilar en 2008. Con el seudónimo Lucía González escribió el blog *Ciega a citas*, que luego Aguilar publicó en forma de libro en Argentina, Uruguay y España. Fue traducido y publicado en Brasil y Portugal. En 2009, fue adaptado para la televisión, se transmitió en veinticinco países, fue nominado a los premios Emmy Internacional, y ganó la Rose D'Or en Suiza.

Como escritora, Carolina Aguirre colaboró con diversos diarios y revistas, entre ellos, *Joy*, *Orsai*, *Metrópolis*, *Gataflora*, *Revista In*, *Ciudad X* y *La mujer de mi vida*, y fue columnista de los diarios *La Nación* y *Crítica* de la Argentina. Actualmente es guionista en Pramer, Patagonik y diferentes productoras de televisión y publicidad.